

VENCER O MORIR

POUL ANDERSON

Guerra de ALADOS



NOVELA DE CIENCIA - FICCION





GUERRA DE

ALADOS

Poul Anderson

Título original: War of the Wing-Men

Traducción: Juan A. Ramió

Marqués de Barberá 1 - Barcelona

Núm. de registro: 2145-63

Depósito Legal: B.15714-63

Edición digital: Sadrac

R6 03/03

CAPITULO I

El gran almirante Syranax hyr Urnan, heredero comandante en jefe de la Flota del Drakko, Pescador de los mares del Este, Conductor al sacrificio, y Oráculo del Lodestar, extendió sus alas y los volvió a juntar de nuevo con un zumbido sorprendente. Durante un momento, los papeles que había encima de la mesa se levantaron a consecuencia del aire.

—¡No! —dijo—. ¡Imposible! Debe haber algún error.

—Como guste mi almirante. —El Jefe Ejecutivo Oficial Delp hyr Orikan, se inclinó con sarcasmo—. Los exploradores, no vieron nada.

El furor, se reflejó en el rostro del capitán T'heonax hyr Urnan, hijo del Gran Almirante, presunto heredero. Su labio superior se levantó hasta que sus caninos colmillos mostraron un destellante reflejo que se oscurecía en su hocico.

—No tenemos tiempo para perder con sus insolencias, Ejecutivo Delp —dijo fríamente—. Aconsejaría a mi padre que se desembarazase de un oficial que no muestra más respeto.

Bajo sus distinguidos correajes de oficial, la gran contextura física de Delp se irguió. El capitán T'heonax dio un paso hacia él. Las colas se

abrieron y las alas se extendieron aprestándose para la lucha, hasta que la habitación se llenó con sus cuerpos y su odio.

Con un cálculo que al parecer era accidental, T'heonax llevó su mano hacia la parte lateral de su cintura. Los ojos amarillos del Delp relampaguearon y sus dedos se crisparon sobre su tomahawk.

La cola del almirante Syranax se batió contra el suelo. Fue como el estallido de una bomba. Los dos jóvenes nobles tuvieron en cuenta el lugar donde se encontraban, y muy despacio, músculo tras músculo dejaron que éstos reposaran bajo las acariciadoras pieles y se relajaron.

—¡Ya basta! —espetó Syranax—. Delp, tu lengua te acarreará muchos disgustos.

T'heonax, ya me estoy cansando de tus impertinencias. Ya tendrás tiempo de solventar tus enemistades personales cuando yo sea pasto de los peces. Entre tanto, deja tranquilos a mis pocos oficiales de solvencia.

Fue ésta una aclaración hecha con más firmeza que cualquiera de las que nadie le hubiese escuchado desde hacía mucho tiempo. Su hijo y su subordinado se dieron cuenta de que esta criatura de pelo gris, de ojos mortecinos y reumática, había sido en cierta ocasión el conquistador del Maion Mavy. (Un millar de alas de jefes enemigos se habían estremecido de temor desde los mástiles más altos) y todavía era su jefe en la guerra contra los Flock. Ellos asumieron su máximo aspecto de respeto y esperaron a que continuaran.

—No tomes mis palabras muy literalmente, Delp —dijo el almirante a media voz. Se acercó hacia la estantería que había encima de la mesa y cogió una pipa de larga boquilla comenzando a rellenarla con largas hebras de algas secas del mar que llevaba en una tabaquera en su cintura. Entre tanto su rígido cuerpo ya anciano se aposentaba buscando la mayor confortabilidad en un sillón de lana, y cuero.

»Me sorprendí bastante naturalmente —continuó— pero estoy seguro de que nuestros exploradores saben todavía cómo servirse de un telescopio. Descríbeme de nuevo y con toda exactitud lo que ocurrió.

—Una patrulla hacía su reconocimiento habitual aproximadamente a treinta millas al nornoroeste de aquí —dijo Delp con mucha firmeza en sus palabras—. Esto fue era el área general de la isla llamada... No puedo pronunciar este nombre desprovisto de la mano de los dioses, señor; significa el Vuelo de las Banderas.

—Sí, sí —asintió Syranax— debes saber que he echado un vistazo al mapa de cuando en cuando.

T'heonax hizo una mueca. Delp no pertenecía a la corte. Este era su inconveniente. Su abuelo había sido un simple constructor de barcos, su padre nunca fue más allá de la capitanía de una simple escuadra. Fue más tarde cuando la familia se ennobleció por los heroicos servicios de la batalla Xarit'ha, naturalmente. Pero ellos habían permanecido en un rango de poco nivel. Un puñado de gentes que apenas podía sobrepasar a los de su.

alcurnia.

Syranax como respuesta a estos aciagos días de hambre y miseria, había escogido oficiales basándose tan sólo en la habilidad demostrada. De este modo el poco importante Delp hyr Orikan se había visto ascendido, en pocos años al segundo más alto puesto en Drak'ho. Su alzamiento, sin embargo, no había desterrado la rudeza de su educación, o bien, enseñado como comportarse con nobles *reales*.

Si Delp era popular con los marineros más comunes era al mismo tiempo el que se acogía con más disgusto por parte de muchos aristócratas. Para ellos continuaba siendo, un *parvenú*, un tosco, con el nervio que se acoplaba a un Sa Axollon. Una vez que las alas protectoras del almirante se plegaran con la muerte...

T'heonax saboreaba con anticipación lo que ocurriría a Delp Orikan. Seria muy fácil encontrar alguna acusación a su nombre.

El Ejecutivo continuó:

—Lo siento, señor —murmuró— no quise decir... somos aún tan profanos en lo que concierne a este amplio mar. Los exploradores vieron este objeto flotante. Era algo como nunca habían oído anteriormente. Dos de ellos regresaron volando para darnos cuenta de ello y pedirnos consejo. Fui a ver lo que ocurría por mí mismo. Señor, ¡es verdad!

—Un objeto flotante seis veces más largo que la más larga de nuestras canoas, como hielo, y aún, ni siquiera como hielo. —El Almirante sacudió su cabeza gris. Muy despacio puso la bujía en el encendedor. Pero fue con violencia innecesaria que condujo el pavilo al pequeño cilindro de madera de la pipa. Moviéndolo de una parte a otra, aproximó el fuego a la cazoleta de pipa y aspiró profundamente.

—El cristal de roca más pulido podría tener un aspecto muy parecido

a este artefacto

—se explicó Delp—. Pero no tan brillante. Pero no con tantos destellos.

—¿Y hay animales que se mueven en su interior?

—Tres, señor. Aproximadamente de nuestra talla, o un poco mayores tal vez, pero sin alas y sin cola. No son precisamente animales... creo. Al parecer llevan trajes y no creo que el artefacto brillante haya sido concebido a modo de barco. Se mueve entre las olas abominablemente y da la impresión de no poder cambiar su emplazamiento.

—Si no es un barco ni otro artefacto desprendido de algún puerto, entonces por todos los dioses, ¿de dónde viene? ¿de las profundidades?

—No lo creo, capitán —dijo Delp con irritación—. Si fuese así, los seres que hay en él serían peces o mamíferos o... bueno, capaces de nadar da todos modos. Pero no lo son, tienen el aspecto de una configuración típica terrestre no apta para el vuelo, a no ser por tener solamente cuatro miembros.

—Entonces, debo presumir que cayeron del cielo. —dijo con burla T'heonax.

—No me sorprendería en absoluto —contestó Delp en voz baja—. No hay otra dirección de donde hayan podido venir. —T'heonax se sentó sobre sus talones, con la boca completamente abierta. Pero su padre sólo movía la cabeza asintiendo.

—Muy bien —murmuró Syranax— me encanta ver que hay un poco de imaginación en todo esto.

—Pero ¿desde dónde vinieron, volando? —espetó T'heonax.

—Tal vez nuestros enemigos de Lannach tienen algo que ver con esto —dijo el Almirante—. Ellos cubren una parte mucho más grande del mundo cada año, que lo que nosotros hallamos cubierto en muchas generaciones; ellos tienen contacto con un centenar de tribus bárbaras allá abajo en los trópicos e intercambian noticias.

—Y mujeres —dijo T'heonax. Habló en esa mezcla de voz desaprobante, que era característica de la flota entera cuando miraba las vestiduras de los emigrantes.

—Eso no importa —respondió Delp.

T'heonax respondió con viveza:

—Tú, cachorro que te pones de parte de las clases bajas, ¿tú te atreves...?

—¡Cierra el pico! —gritó Syranax.

Tras una pausa continuó:

—He hecho investigaciones entre nuestros prisioneros. Entre tanto, será mejor que enviemos una canoa rápida antes de que este objeto lo encuentren otros.

—Pueden ser peligrosos —advirtió T'heonax.

—Exactamente —dijo su padre—. Si es así estarán mejor en nuestras manos que si por ejemplo los encontraran lo Lannach'onai e hiciesen con ellos una alianza. Dalp, coge el Temnis con una abundante y buena tripulación. Y lleva contigo a ese tipo del Lannach que capturamos, ¿cómo se llama ese lingüista profesional...?

—¿Tolk? —Se apresuró en contestar el Ejecutivo mostrando una pronunciación poco habitual.

—Sí Tal vez él pueda hablarles. Envía exploradores, una vez estés allí para que me tengan al corriente pero mantente lo suficiente alejado de ellos con la flota principal, hasta que estés bien seguro de que los seres que hay en ese artefacto, nos son inofensivos Mantente también alejado hasta que yo haya desbaratado cualquier temor supersticioso, acerca de los demonios marinos, pero sé rudo si debes serlo. Siempre podemos pedir excusas más tarde... o lanzar los cuerpos por la borda. Ahora, ¡vuela!

Y Delp, votó.

CAPITULO II

La desolación le tenía apresado.

Incluso desde este bajo y balanceante crucero del cielo asesino, Eric Wace podía ver una inmensidad de horizonte. Pensó que la inmensa dimensión de este anillo, donde el pálido cielo se encontraba con el gris que formaban las nubes y los túmulos tormentosos, y los grandes azotes de las olas, eran suficiente para aterrorizar a un hombre. El

aspecto que presenta la muerte que nos acecha había sido arrostrado anteriormente, sobre la Tierra, por muchos de sus antepasados; pero el horizonte de la Tierra, no era tan remoto.

No importaba que estuviese a un centenar de años luz de su propio sol. Tales distancias eran demasiado grandes para poderlas comprender; se convertían en simples números, y no asustaban a alguien que contaba en su haber un viaje en nave espacial por semana.

Incluso los diez mil kilómetros de océano abierto, a un mundo de un sólo grupo humano, gente emplazada allí por misión especial, no significaban más que otro número.

Más tarde, si vivía, Wace tendría que dedicar un tiempo agonizante, preguntándose cómo poder enviar un mensaje a lo largo de todo este vacío, pero por el momento estaba demasiado ocupado en mantenerse con vida.

Pero la distancia total del planeta era algo que él podía ver. Esta visión no se le había hecho presente antes en sus dieciocho meses de estancia, pero entonces había estado aislado tanto sicológicamente así como físicamente por una inconquistable maquinaria técnica. Ahora estaba solo en un bajel que se hundía y estaba dos veces mas lejos para poder mirar a lo largo de las desagradables olas de los limites del mundo de lo que lo había estado de la Tierra.

El crucero del cielo se conmovió y balanceó de una parte a otra bajo un impacto salvaje. Wace perdió su equilibrio y resbaló a lo largo de las planchas metálicas curvadas.

Con rabia fue buscando con sus manos el cable de la luz que azotaba las cajas de comida en la torreta de navegación. Si iba hacia un lado sus botas y vestidos le hundirían hacia abajo como una piedra. Se agarró a tiempo y se dispuso a descansar un poco, la ola inoportuna abofeteó su rostro como si fuese una mano húmeda y salada.

Temblando de frío, Wace terminó de arreglar y ordenar la última caja y ponerla en su sitio y luego fue arrastrándose hacia la escotilla de entrada. Era una pequeña y miserable puerta de emergencia pero el paseo de cubierta de cristal sobre el que los pasajeros habían paseado mientras los pilotos del crucero lo conducían a través del cielo, estaba lleno de agua y sus adornadas puertas de bronce sumergidas. El agua había llenado la sala de máquinas ahora totalmente averiada, cuando se hundieron. Desde entonces la nave había estado tomando agua alrededor de todos los retorcidos muros de contención, hasta que toda

la nave estuvo junto para un pargo y último viaje al fondo del mar.

El viento pasaba silbando por sus debilitados dedos y a través de sus mojados cabellos, intentando mantener abierta te escotilla mientras que Wace quería cerrarla tras él. Tenía una lucha contra el tifón. ¿Tifón? ¡Demonios, no! Tenía sólo la velocidad de un viento que hubiésemos considerado normal, pero con una presión atmosférica seis veces superior y que azotaba como una tormenta terrestre, ¡Condenado PLC 2987165 II!

¡Maldito el mismo PL, y condenado Nicholas van Rijn y aún todavía más condenado Eric Wace por ser tan loco como para trabajar por la Compañía!

Brevemente, mientras luchaba contra la escotilla, Wace miró por encima de la espuma de las olas, como si buscase una salvación. No divisó más que un sol rojizo y grandes bancos de nubes, sucios de tormenta, en el norte y unos cuantos puntos, que pertenecían probablemente a la tierra en que se encontraban.

Satán hería con sus rayos a esas gentes nativas que no venían para ayudarles. Al menos deberían esos rayos desaparecer mientras seres humanos se ahogaban, en lugar de quedar allí suspendidos en el cielo regocijándose.

Wace cerró la escotilla, se separó de ella con rapidez y bajó la escalera. A sus pies tenía que mantenerse con fuerza contra las fuertes sacudidas. Aún podía oír las olas batiéndose sobre la nave y la fuerza del viento.

—¿Está todo en orden?

—Sí, mi señora —dijo— tanto como lo haya estado nunca.

—Lo que no es mucho, ¿no? —la señora Sandra Tamarin ejerció todo su fulgor sobre él. Tras esto ella no significaba más que otra sombra en la oscuridad de la nave muerta—.

Pero pareces una rata ahogada, amigo mío. Ven, tenemos vestiduras secas para ti.

Wace asintió y se despojó de su chaqueta mojada y tiró a lo lejos sus botas llenas de agua. Se hubiese quedado helado sin ellas —no podían estar a más de cinco grados centígrados— pero parecía que esas vestiduras hubieran permanecido durante mucho tiempo sumergidas en el océano. Sus dientes castañeaban mientras la seguía a ella por el

pasillo.

Era un hombre alto y joven típico del norte de América, pelo rojizo, ojos azules y con rasgos de dureza en sus facciones que se manifestaban en todo su cuerpo lleno de muy desarrollados músculos. Había comenzado como aprendiz en unos almacenes a la edad de doce años, allá lejos en la Tierra y ahora formaba parte de la Compañía Solar de Especias y Licores en todo el planeta conocido con el nombre de Diomedes. No había sido una elevación a su rango conseguida a una velocidad sorprendente. Las tácticas de van Rijn eran elevar en categoría de acuerdo con los resultados, que era lo mismo que lograr que una mentalidad de reflejos rápidos, un revólver rápido y una visión clara de las cosas se viese favorecida por la oportunidad en el ascenso. Pero había sido la de él, una sólida y buena carrera con un futuro de ocupaciones sobre los menos aislados y desagradables puestos, ultimado con una posición ejecutiva y de categoría allá en el mundo al que pertenecía y… y ¿para qué servía todo esto si las aguas más desconocidas iban a tragarle en unas cuantas horas?

Al final del pasillo donde se elevaba la torreta de navegación, se mostraba de nuevo el cobrizo brillo del sol que irritaba sus nervios y que se veía en el cielo por debajo de las oscuras nubes, por la parte suroeste a medida que el día declinaba. Lady Sandra dejó su antorcha y señaló hacia un lugar sobre la cubierta. Al otro lado se hallaban las vestimentas exteriores, vestimentas reforzadas, suaves y protectoras que él necesitarla antes de aventurarse de nuevo en el exterior sometiéndose a la primavera equinoccial.

—Ponte todo esto —dijo ella— en cuanto el bote empiece a hundirse, tendremos que abandonarle a la mayor velocidad.

—¿Dónde está Freeman van Rijn? —preguntó Wace.

—Dedicado a los últimos minutos de trabajo sobre la balsa. Es un hombre muy mañoso con las herramientas, ¿verdad? Pero fue en un momento dado un simple obrero del espacio.

Wace se encogió de hombros y esperó a que ella se fuese.

—Te he dicho que te cambies —dijo ella.

—Pero…

—¡Oh! —una tenue sonrisa cruzó su rostro— nunca pensé en que hubiera un tabú desnudo sobre la Tierra.

—Bueno... no exactamente, creo, mi señora. Pero después de todo usted pertenece a la nobleza, y yo no soy más que un comerciante.

—De los planetas republicanos como la Tierra llegan los peores de los snobs —dijo ella— aquí todos somos seres humanos. Y ahora, cámbiate rápidamente. Me volveré de espaldas si lo deseas.

Wace se enfundó en sus vestiduras lo más rápido posible. La alegre despreocupación que ella mostraba, era un bálsamo inesperado para mí. Pensó en la suerte que siempre acompañaba a esa cabra gordinflona y vieja que era su compañero de viaje van Rijn.

¡No había derecho!

Los coleccionistas de Kermes hablan sido en su mayor parte una gran agrupación y sus descendientes habían hecho la verdad como algo inherente en ellos, especialmente los aristócratas, después de que Kermes se proclamase como un gran ducado autónomo durante la Ruptura. Lady Sandra Tamarin era casi tan alta como él y sus vestidos de invierno carentes de forma no llegaban a esconder por completo la silueta llena de feminidad. Tenía un rostro demasiado duro para ser bello: frente amplia, boca grande, nariz pequeña, pómulos salientes pero con grandes y rasgados ojos verdes bajo unas cejas muy negras, que eran lo más bonito que Wace hubiese visto nunca. Su pelo era largo, lacio, rubio ceniza y que estaba recogido en una especie de moño en aquel momento pero que Wace había visto flotando libremente bajo una corona a la luz de una candela.

—¿Ya estás listo, Freeman Wace?

—Oh... Lo siento, señora. Estuve pensando. ¡Sólo un momento y estoy preparado! —

puso sobre él la túnica que debía cubrirle todo el cuerpo, pero la dejó sin llegar a cerrar la cremallera. Todavía quedaba un cierto aspecto humano en sus vestiduras—. Sí, ya estoy.

Le pido perdón.

—No tiene importancia —ella se volvió. En el pequeño espacio en que podían moverse, sus cuerpos se rozaron. Ella miró al exterior hacia el cielo—. Esos nativos, ¿aún no están aquí?

—Eso creo señora. Demasiado altos para mí para poder estar seguros pero ellos pueden elevarse a varios kilómetros de altura sin inconveniente.

—Me lo he preguntado a mí misma pero no he tenido la oportunidad de enterarme.

Pensé que no podría haber animales voladores de la talla de un hombre, y estos Diomedanos tienen seis metros de anchura con las alas extendidas. ¿Cómo? ¿Ahora pregunta usted esto?

Ella sonrió.

—Sólo estamos esperando a Freeman van Rijn. ¿Qué otra cosa podemos hacer que hablar de curiosidades?

—Le... ayudaremos... a terminar esa balsa pronto, sino nos hundiremos.

—Me dijo que teníamos tan sólo baterías suficientes para un corto viaje, de modo que pronto estará listo. Por favor, continúa hablando. Los aristócratas de Kermes, tienen sus costumbres y tabús, incluso para morir correctamente. ¿Qué otra cosa es un hombre, sino un cúmulo de costumbres y tabús? Su voz seca tenía cierta vivacidad, ella sonreía un poco, pero él se preguntaba hasta qué punto la postura que ella adoptaba era real.

¡Al demonio con esa farsa! hubiese querido decir él. Estamos hundidos en el océano de un planeta, cuya vida nos es venenosa. Hay una isla a unos cuantos cientos de kilómetros de aquí, pero sólo conocemos su dirección vagamente. Quizá podamos o tal vez no, terminar la balsa a tiempo, salvar los depósitos de combustible y quizá podamos aunque no es seguro, cargar en ella nuestras raciones tipo humano a tiempo; y todo esto dependerá de la tormenta que se está formando en el norte. Estos eran nativos que acechaban por encima de nuestras cabezas hace unas cuantas horas, pero desde entonces han dejado de mostrarse... ante nosotros, o... vigilarnos, cualquier cosa menos ofrecernos ayuda.

Alguien le odia a usted o al viejo van Rijn, quiso decir. No a mí, yo no soy lo suficientemente importante para que me odien. Pero van Rijn es la compañía solar de Especias y Licores, lo que significa un gran poder en la Liga Polesotécnica, la que es el más grande poder en la galaxia conocida. Y usted es Lady Sandra Tamarin heredera del trono de un planeta entero —si usted vive— que ha despreciado muchas ofertas de matrimonio de su decadente y desmoronada aristocracia, prefiriendo públicamente buscar por otras partes un padre para sus hijos, de manera que el próximo Gran Duque de Kermes pueda ser un hombre y no un motivo de burlas. Y muchos cortesanos deben temer su acceso.

Oh, si, hubiese querido decir él, había muchísimas gentes que saldrían

ganando, si tanto Nicholas van Rijn o Sandra Tamarin, no lograban volver Era una galantería calculada por su parte haberle ofrecido un viaje en su nave particular desde Antares donde se encontró ella en la Tierra haciendo altos en el camino que siempre resultaron interesantes. Cuando menos podía buscar concesiones comerciales en el Ducado.

Cuando más, no, apenas podría lograr una verdadera alianza; había demasiado demonio metido en él. Incluso él (más fuerte inteligente e inocente) nunca permitiría que reposara sus gruesas posaderas sobre los sillones de tus padres.

Pero yo voy errante, mi querida, hubiese querido decir él; y la causa es que alguien en la tripulación del barco, había sido sobornado. El esquema del soborno estaba bien perpetrado; ese alguien buscaba su oportunidad. Llegó cuando tomaste tierra sobre Diomedes, para ver cómo es un verdadero e inesperado nuevo planeta, un planeta donde hasta las principales configuraciones continentales habían sido apeas determinadas en los mapas, durante los escasos cinco años que un puñado de hombres habían estado aquí. La oportunidad llegó cuando se me dijo de conduciros a usted y a mi viejo endiablado jefe a aquellas montañas a mitad de camino alrededor de este mundo, que ha sido designado como un escenario espectacular. Una bomba en el generador principal, una tripulación cruel, ingenieros y mayordomos de tripulación desaparecidos en el soplo de la muerte, la cabeza de mi copiloto destrozada al hundirnos en el mar, la radio destruida, y lo último que queda de los despojos va a hundirse mucho antes de que en Thursday Landing empiecen a inquietarse por nosotros y vengan a buscarnos. Y aun en el caso de que sobrevivamos, ¿es que habrá la pequeña oportunidad de que unas cuantas naves espaciales, atravesando un mundo casi desconocido en los mapas, dos veces mayor que la Tierra, puedan llegar a ver a tres seres humanos para volar sobre él?

De todos modos, hubiese querido señalar, puesto que todos nuestros esquemas y adaptaciones no nos han conducido más que a esto, no estaría de más que los olvidásemos durante el poco tiempo que nos queda y en su lugar me besara.

Pero su garganta se cerró y él no dijo nada de todo esto.

—¿Así pues? —Una nota de impaciencia se reflejaba en la voz de Sandra—. Estás muy callado, Freeman Wace.

—Lo siento, mi señora —murmuró— creo que no soy muy apto para

entablar conversación bajo… hum, estas circunstancias.

—Siento mucho no estar calificada para ofrecerte el consuelo de la religión —dijo ella con punzante sarcasmo.

Una gran ola blanca subió por encima de la cubierta exterior, y alcanzó la torreta. Ellos notaron como el acero y el plástico temblaban a consecuencia del golpe. Durante un momento, mientras P! agua se agolpaba ellos permanecieron en un ciego y tenebroso runruneamiento.

Luego, mientras se esclarecía, y Wace vio cuan lejos los despojos habían llegado y se preguntaba si llegarían a ser capaces de poder alcanzar la balsa de van Rijn, que se hallaba fuera de la escotilla, y había una blancura que cegaba sus ojos.

Primero no lo creyó y luego no lo hubiese creído porque no se atrevía, pero más tarde ya no podía negarlo.

—Lady Sandra —habló con inmenso cuidado; el *no debía* dar las noticias a gritos a ella como un terrestre de más baja estofa.

—¿Sí? —Ella no separó la vista de la contemplación de la parte norte del horizonte completamente vacío, excepto de nubes y de luz.

—Allí, mi señora. Hacia el sureste. Creería… navega, batiéndose contra el viento.

—¿ *Qué*? —Fue como una exteriorización por parte de ella. Algo que hizo reír en voz alta a Wace.

—Un barco o algo similar —señaló él— que viene en esta dirección.

—No sabía que los nativos fuesen marineros —dijo ella en voz queda.

—No lo son, mi señora… en los alrededores de Thursday Landing —replicó él— pero este es un gran planeta, aproximadamente cuatro veces el área de la superficie de la Tierra, y sólo conocemos una pequeña parte de un continente.

—¿Entonces, tú no sabes como son estos marineros?

—Mi señora, no tengo ni la menor Idea.

CAPITULO III

Nicholas van Rijn llegó dando gritos al oír los de su compañero de



viaje.

—Condenación —gritó— ¿un barco dijiste? Mejor seria que fuese un tiburón si no te equivocas, ¡Condenación! —Fue hacia la torreta y miró hacia fuera a través del plástico y con incrustaciones de agua salada. La luz era muy tenue y también debido a la proximidad de las nubes cargadas de tormenta que azotaron con el aire su rostro.

—Así pues ¿qué es eso, dónde está ese pestilente barco?

—Allí señor —dijo Wace— ese velero.

—Velero ¡Pólvora y balas en tu cabeza de cemento eso es un barco... no, espera, condenación, es un verdadero barco aunque muy rudimentario con un mástil principal y todo, ja! y qué manera de manejarlo tienen, debe tener un timón bastante grande, ¡que todos los dioses nos ayuden! ¡Vaya una especie de barco!

—¿Qué otra cosa podía esperar usted en un planeta sin mortales? —dijo Wace. Sus nervios eran demasiado sensibles para él, para recordar la deferencia que debía al príncipe de los mercaderes.

—Hum... eso no son más que embarcaciones de salvamento, tal vez alguna otra especie de barcos raros, rápidamente, dame vestidos secos, esto está demasiado frío para monos desnudos.

Wace se dio cuenta de que van Rijn estaba metido en una especie de charca y que el agua amarga del mar llegaba a cubrir hasta su talle junto con sus piernas.

—Yo sé dónde están, Nicholas —dijo Sandra yendo hacia la parte del pasillo.

La embarcación se ponía más peligrosa cada minuto que pasaba a medida que el agua entraba a través de todas las partes de la misma.

Wace ayudó a su jefe a desvestirse del sobretodo que llevaba. Desnudo, van Rijn recordaba un gorila de dos metros de alto muy velludo y con un vientre, con sus espaldas muy encorvadas. Gritando a grandes voces su indignación y el frío y la humedad y la lentitud de sus asistentes. Pero unos grandes anillos destellaban en sus gruesos dedos y unos brazaletes en su muñeca y una pequeña medalla de San Dimas colgaba de su cuello. Por el contrario a Wace que encontraba más práctico un corte de pelo muy corto y afeitarse muy bien, van Rijn dejaba que su aceitoso y negro pelo se encaracolase y, llevarlo largos a la última moda, también dejando crecer su acerados bigotes

por debajo de su nariz.

Entró en el departamento de navegación con fuerza y murmurando hasta que encontró una botella de ron.

—¡Ahhh! Yo sabía que esta maldita botella la había escondido yo en alguna parte, puso la botella en sus labios y dio tres o cuatro tragos. ¡Bueno, muy bueno! ahora me siento como un hombre humano y respetable.

Dio media vuelta haciendo recordar un majestuoso planeta cuando Sandra volvió. Los únicos vestidos que ella había encontrado que pudiesen convenirle a él, eran los suyos propios, los de él, una especie de camisa con grandes lazos y con adornos en la parte del talle, unos pantalones con grandes reflejos de seda y unas medias, zapatos y un sombrero de plumas.

—Gracias —dijo él con cortesía— ahora Wace mientras me visto, ve a la sala de estar y allí encontrarás una botella de Perfectos y una caja de Perfectos y una pequeña botella de jugo de manzanas. Por favor, ve a buscarlos y luego ve afuera a encontrar a nuestros huéspedes.

—¡Bendito San Pedro! —gritó Wace— la sala de estar está ya llena de agua.

—¿Ah? —van Rijn suspiró— entonces necesitamos solamente la botella de jugo de manzanas, ahora ve rápido, haz lo que puedas. —Hizo restallar sus dedos.

Wace dijo con gran rapidez.

—No tenemos tiempo, señor, tengo que hacer aún todo el recorrido de la nave y buscar nuestras municiones, estos nativos podrían ser hostiles.

—Si ellos han oído hablar de nosotros, es posible —accedió van Rijn. El comenzó a ponerse sus vestiduras interiores de seda natural—. Brrrr. Cinco mil bujías daría ahora mismo por estar en mi oficina de Amsterdam!

—¿A qué santo las ofrecerías? —preguntó Lady Sandra.

—A San Nicholas, mi nombre de pila... patrón de los errantes y...

—San Nicholas lo querría mejor por escrito —dijo ella, van Rijn tuvo una mirada acerada pero uno no puede hablar ni contestar a la

heredera de una nación, con importantes concesiones comerciales para ofrecer.

Pasó algún tiempo antes de que estuviesen fuera. Van Rijn se vio apurado para salir por la escotilla de emergencia y tuvo que ser empujado. El período de rotación de Diomedes era sólo de doce horas y media y esta latitud de 30 grados norte estaba aún en el lado del equinoccio de invierno; así el sol estaba llegando a la parte baja del mar a una velocidad endemoniada. Llegaron a la parte superior y dejaron que la garra del viento restallase junto con las olas sobre ellos. No podían hacer otra cosa.

—No es un lugar para un pobre hombre viejo y gordo —susurró van Rijn, el tifón se llevaba las palabras por encima de él y las hacía volar por encima de él y las hacía volar por encima del mar encrespado. Mejor sería que me hubiese quedado en casa en Holanda donde se está tan tibio y no pierdo mis pocos últimos años de vida en malgastarlo aquí.

Wace dirigió sus ojos hacia las olas. El barco se acercaba. Al mismo tiempo podía apreciar la maestría de la tripulación y van Rijn no se abstuvo en alabarlos.

—Yo les pondría en el club Sunday Yacht, condenación, ¡sí! y meterlos en las próximas regatas apostando por ellos.

Era un barco de más de treinta metros de largo con una buena elaboración en sus velas pero no tenía la velocidad y la prestancia de otros barcos.

—Los diomedanos —el tono de Sandra estaba aún en sus oídos bajo el amenazador viento y el zumbido de las aguas—. Tú has hablado con ellos alguna vez durante un año y medio, ¿no? ¿Qué podemos esperar de ellos?

Wace se encogió de hombros:

—¿Qué podemos esperar de una tribu de humanos allá en la edad dé piedra? Podrían ser poetas o caníbales o ambas cosas. Todo lo que conozco es la tribu de Tyrlanian que son unos cazadores emigrantes. Ellos siempre se mantienen según la letra de sus leyes; no son muy escrupulosos en cuanto si espíritu, naturalmente pero son en general una tribu decente.

—¿Hablas su idioma?

—Lo hablo cuanto me permite mi paladar humano y mi cultura tecnoterrestre, mi señora. No quiero decir que pueda comprender todos sus conceptos pero me salgo del paso. La deshecha nave espacial se movía, oyeron como crujían los muros y el agua que entraba por dentro y al mismo tiempo sintieron como una convulsión bajo sus pies.

Sandra cayó contra él. Entonces él pudo apreciar unas gotas heladas en sus cejas.

—Esto no quiere decir que comprenderé el lenguaje local —terminó él — estamos más lejos de Tyrlan que Europa de China.

La canoa estaba ahora casi sobre ellos, nunca hubiesen podido llegar más a tiempo. Lo que quedaba de la nave espacial iba a hundirse en algunos minutos, llegó a tiempo, los marineros echaron unas cuerdas, una áncora de mar y unos fornidos brazos hicieron todos los esfuerzos para sacarles del agua. Despacio entonces un diomedano se acercó con una cuerda. Otros dos iban a su lado muy cerca, desde luego se notaban ser guardias. El primero de ellos se acercó y miró a los humanos.

Tyrlan estando muy al norte, muchos de sus habitantes, aún no habían vuelto de los trópicos; y éste era el primer diomedano que Sandra había encontrado. Ella estaba muy mojada, ella tenía mucho frío e incapaz de poder disfrutar de la presencia y de la gracia inhumana de sus movimientos pero no obstante miraba con mucho detenimiento.

Posiblemente tendría que vivir con esta raza durante mucho tiempo si es que ellos no la mataban. Era de la talla de un pequeño hombre, con una cola espesa de un metro de larga y terminando en una especie de timón grasiento y unas tremendas alas que se plegaban sobre su espalda. Sus brazos estaban bajo las alas cerca de la mitad del cuerpo y tenían un aspecto que recordaban algo humano, bajo sus manos llenas de músculo con cinco dedos. Las piernas eran menos familiares, curvadas hacia atrás desde los pies con cuatro talones que podrían casi haber pertenecido a un pájaro de proa. La cabeza al final del cuello que hubiese sido dos veces más largo que el de un humano, era redonda, con una amplia frente de ojos amarillos y con unas membranas bajo unas espesas cejas, una nariz negra en una cara que tenía unos bigotes de gato cortos y una gran boca con dientes oseznos de los comedores de grasa. No tenía oídos externos pero tenían una cresta llena de músculos en la cabeza que les ayudaba a controlar el vuelo. Les cubría una especie de piel morena; era realmente un macho mamífero. Vestía dos cinturones que pasaba a través de sus «espaldas»

y un tercero que ataba en su talle y un par de bolsas de cuero que colgaban del mismo. Llevaba un cuchillo, un hacha de pedernal. A través de la espesa oscuridad era muy difícil adivinar qué clase de armas llevaban sus compañeros, era algo largo y delgado, pero que seguramente no era un rifle, pues en este planeta no había cobre ni hierro.

Wace se inclinó hacia delante y forzó su lengua para pronunciar algunas sílabas de tyrlaniano.

—Nosotros… somos… amigos. ¿Me… comprende… usted?

Toda una retahíla de palabras totalmente extrañas fueron contra él. El se encogió y extendió sus manos. El diomedano se volvió a través de la nave espacial y su cuerpo se inclinó hacia dejante mientras balanceaba sus alas y su cola, y rápidamente ató su propia cuerda al mismo lugar en que estaban atadas las anclas de la nave espacial.

—Un nudo cuadrado —dijo Van Rijn casi, tranquilamente— me hace ganas de volver a casa.

En el otro final de la cuerda ellos comenzaron a atar la canoa. El diomedano volvió su rostro a Wace y señaló a su bajel. Wace asintió pero de pronto se dio cuenta que el gesto era probablemente sin ninguna significación allí y dio un paso muy precario en aquella dirección. El diomedano cogió otra cuerda y la pasó sobre él. Señaló hacia allí a los humanos e hizo gestos.

—Ya comprendo —dijo Van Rijn—, no se atreven a acercarse más. Es demasiado factible que sus barcos estallen contra nosotros. Nosotros tenemos que atarnos esta cuerda alrededor de nuestros cuerpos y ellos nos izarán. ¡Bendito es Cristóbal, qué cosas le tienen que hacer a un pobre viejo hombre con los huesos ya demasiado duros!

—Pero sin embargo queda nuestra comida —dijo Wace.

El crucero del cielo se movió y bajó todavía más, el diomedano se movió con nerviosismo.

—No, no —gritó Van Rijn—. El tenía la impresión de que si gritaba bastante podría hacerse entender y penetrar en la barrera lingüística.

Sus brazos se extendieron.

—Nunca me comprendes, ¿especie de idiota? Vale más que nos ahoguemos en lo que queda de nuestro barco en este pestilente

océano, que intentar comer vuestra comida.

¡Moriremos! ¡Tendremos dolores de vientre! ¡Suicidio! —Señaló su boca, dió unos golpes en su abdomen y señaló las raciones.

Wace se dio cuenta de que estas demostraciones eran demasiado peligrosas. Aquí tenían un planeta con oxígeno, nitrógeno, hidrógeno, carbono, sulfuro y unas proteínas bioquímicas que formaban genes, cromosomas, células, tejidos, protoplasma para dar una definición razonable, y el humano que intentase comer un fruto o carne de los diomedanos, moriría diez minutos más tarde de cincuenta cualquiera reacciones alérgicas. No eran las apropiadas proteínas. En realidad sólo unos determinados alimentos harían que los hombres no alcanzasen enfermedades crónicas como asma y otras manifestaciones que podrían alcanzarse en el aire que ellos respiraban o en el agua que bebieran.

Había estado durante muchas horas hoy, reuniendo todos los aprovisionamientos de comida que tenían en el crucero para traerlos a los barcos. Este lujurioso bajel atmosférico en el cual había llegado con Van Rijn estaba presto para hacer unas orgías de «picnic» cuando les asaltasen las ganas. Estaba lleno de pan, mantequilla dulce, queso Edam, salmón ahumado, melocotones, frutas en conserva, chocolate, pudín, cerveza, vino y Dios sabe cuántas otras cosas para permitir que tres seres humanos pudiesen estar allí durante meses.

El diomedano extendió sus alas haciéndolas chocar y al mismo tiempo aleteando para mantenerse en pie.

El mercader esperaba estólido señalando de vez en cuando con el dedo hacia las cajas amontonadas. Finalmente el diomedano alcanzó la idea o simplemente dio con ella. Pero quedaba muy poco tiempo que perder. El señaló hacia la canoa, uno de sus compañeros llegó, deshizo las ataduras y comenzó a transportar cajas.

Wace ayudó a Sandra a atar la cuerda alrededor de ella.

—Me temo que se mojará muchísimo antes dé alcanzar el barco, mi señora —dijo él tratando de sonreír.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Así pues este es el bravo pionero entre las estrellas. Yo se lo diré a mi corte de poetas cuando vuelva a casa si es que vuelvo.

Cuando ella hubo cruzado y la cuerda había descendido, Van Rijn hizo

señas a Wace.

El, Van Rijn estaba discutiendo con el jefe diomedano. Todo esto se llevaba a cabo en el verdadero y real lenguaje entre ellos, Wace no lo sabía pero ellos habían alcanzado un punto en que los gritos de indignación se lanzaba de uno a otro. Así como Wace hubo alcanzado el barco, Van Rijn se sentó sobre el crucero del cielo y no quiso moverse.

Y cuando el más joven, Wace hizo su llegada al barco empapado de agua, el mercader había ganado evidentemente la batalla. Un diomedano podía levantar aproximadamente cincuenta kilos en distancias cortas en el aire. Tres de ellos improvisaron una cuerda que se ataron de unos a otros y colgaron de ella a Van Rijn para transportarlo por encima del agua. El, van Rijn aún no había alcanzado la canoa cuando el crucero del cielo se hundió.

CAPITULO IV

La embarcación llevaba sobre ella un centenar de nativos todos armados, algunos vistiendo cascos y corazas construidas de cuero laminado, una catapulta que apenas se veía a través de la oscuridad, estaba montada en la cubierta; además tenía una cabina hecha de troncos y recubierta de algas marinas que terminaba por la parte final en una especie de carabela de estilo medieval. En el techo dos hombres dirigían un largo timón.

—Está bien claro, hemos encontrado un barco de navegación —gritó Van Rijn—, no es tan bueno pero en fin. Con un comerciante puedo hablar; con un oficial pestilente y con bridas de plata en su cerebro sólo puedo gritar. —El, entrecerró los ojos dirigiéndolos hacia la noche donde el restallido de la tormenta se hacía sensible.

—Soy un pobre pecador —gritó— pero esto no lo he merecido. ¿Me oyes?

Después de un poco se ató a los humanos y se les dirigió hacia una cabina. La embarcación había comenzado a correr ante el tifón. El balanceo, el murmullo de las olas y el viento y los truenos, habían hecho eco en la conciencia de Wace. El quería, solamente encontrar un lugar donde estuviese seco, quitarse sus vestiduras empapadas en agua y dejarse caer en una cama y dormir durante un ciento de años.

La cabina era pequeña. Tres humanos y dos diomedanos dejaban apenas sitio para sentarse. Pero era tibia y una lámpara de piedra colgaba del techo y arrojaba una tenue luz llena de sombras grotescas

con el movimiento. El nativo que habíase encontrado primero con ellos estaba presente. Su daga de cristal la llevaba en una mano y la sostenía como un león al acecho; pero la mitad de su atención parecía estar concentrada en el otro que estaba apoyado y era más viejo, con mechones grises en su pelo, y que estaba atado en uno de los rincones con un trozo de cuerda.

Los ojos de Sandra se estrecharon. El diomedano con el cuchillo miraba a través de la habitación y Van Rijn juró:

—Tú, especie de idiota, ¿quieres dejarnos ver cómo es un arma?

El primer autóctono dijo algo al que estaba atado. Este último hizo una especie de contestación con un gruñido y luego se volvió hacia los humanos. Cuando habló no sonaba lo que decía como si fuese el mismo lenguaje que el de los otros.

—¡Así, pues! ¡Un intérprete! —dijo Van Rijn—. ¿Tú, hablar inglés? ¡Hw, hw, hw! —El se dio un golpe en su muslo.

—No, espere, más vale probar —dijo, y entonces Wace se expresó en tyrlaniano.

—¿Me comprende usted? Es posiblemente la única conversación que podamos tener juntos en común.

El cautivo levantó su cabeza encrestada y asentó sobre sus manos y sus talones.

Lo que respondió era *casi* familiar.

—Hable muy despacio, por favor —dijo Wace, y entonces sintió cómo todo el sueño que antes la acechaba salía de él.

Algo que él pudo comprender le llegó.

—Usted no usa una versión del Carnoy que yo haya oído antes.

—¿Carnoy? Espere, si, uno de los tyrlanianos ha mencionado una confederación de tribus lejos del Sur y que tienen tal nombre. Estoy usando la lengua de un tipo de Tyrlania.

—No conozco esta raza, ellos no invernan en nuestros campos. Ni tampoco los carnoy como cosa regular, pero de vez en cuando lo hacen cuando todos ellos están en los trópicos alguno llega a pasar por aquí, así pues —y entonces él dijo algo ininteligible.

El diomedano con el cuchillo dijo algo, impaciente y dio una contestación cortante. El intérprete dijo a Wace:

—Yo soy Tolk, un *moohera* del Lannachska.

—¿Un qué de qué? —dijo Wace.

No es fácil incluso para seres humanos conversar cuando tienen que emplear un argot diferente de una lengua extraña. El denso acento impuesto por las cuerdas bucales humanas y las orejas del diomedano —que les oían en una especie de subsonido, pero no llegaban a alcanzar la completa conversación; la declinación de las máximas respuestas era diferente—, al fin Wace necesitó unas cuantas horas para poder hacerse entender en una información de unas cuantas frases.

Tolk era un especialista lingüista de la gran tribu de Lannach, era una de sus funciones aprender cada una de las lenguas que llegaban a su tribu y que eran muchas. Su título podría ser tal vez denominado heraldo, pues sus deberes incluían una gran cantidad de asuntos ceremoniales y presidía todos los mensajeros del cuerpo. Los flock estaban en guerra con los draconay, y Tolk había sido capturado en una escaramuza reciente. El otro diomedano presente se llamaba Delp y era un alto oficial de mucho rango de los draconay.

Wace posponía el hablar mucho acerca de sí mismo, no sólo por el deseo de mostrarse un tanto reservado en cuanto a él, mas que porque se daba cuenta de la tarea tan difícil que sería hacerse comprender. Pidió a Tolk que le advirtiera a Delp de que la comida que habían sacado del crucero, así como era esencial para los hombres de tierra, podría matar a los diomedanos.

—¿Y por qué tendría que decirle yo esto —preguntó Tolk con un gesto de desprecio desde el punto de vista humano, era muy desagradable.

—Si no lo haces —dijo Wace, puede repercutir sobre ti cuando él sepa que no lo hiciste.

—Es verdad.

Tolk habló a Delp. El oficial dio una respuesta rápida.

—Dice que no se os hará ningún daño a menos que vosotros lo queráis así —explicó Tolk—, dice que tú tienes que aprender su lengua de forma que puedas hablar con él.

—¿Qué es lo que está diciendo? —interrumpió Van Rijn.

Wace se lo explicó. Van Rijn explotó.

—¿Qué? ¿Qué dice? ¿Quedarnos aquí hasta que la muerte y todos los demonios del mundo? ¡Pero maldito sea, ya le explicaría yo!

Wace se levantó sobre sus pies. Las alas de Delp, aletearon hasta volverse a poner en su sitio. Mostró sus dientes. La puerta se abrió y un par de guardias miraron al interior.

Uno de ellos llevaba un tomahawk y otro llevaba una especie de sable de madera que destellaba.

Van Rijn se llevó la mano hacia su revólver. La voz de Delp cundió en la habitación.

Tolk tradujo:

—Dice que tengamos calma. —Tras haber hablado un poco más y con unos considerables, esfuerzos para poder adivinar en algunos momentos la parte entre Wace y Tolk, se explicaron:

—El no desea ningún mal, pero él también tiene que pensar en su pueblo. Sois algo nuevo. Tal vez le podáis ayudar o tal vez vosotros seáis tan malos para él que no os permita marcharos. He de tener tiempo para descubrirlo. Os tenéis que despojar de todo lo que lleváis encima y dejarlo a su cargo. El por su parte os proveerá de otros vestidos puesto que se da cuenta de que no tenéis pieles que os cubran.

Cuando Wace hubo interpretado todo esto para Van Rijn el mercader dijo con sorpresa:

—Creo que no tenemos elección en este momento. Podríamos desembarazarnos de muchos de ellos. Tal vez podríamos apoderarnos del barco por completo. Pero no podemos navegar todo el camino hasta nuestras tierras por nosotros mismos.

—Sin nada más que lo que tenemos nos moriríamos de hambre por el camino. Si yo fuese más joven... por el buen San Jorge, lucharía sobre los principios generales. Mano a mano le llevaría aparte y tocaría el xilofón sobre sus costillas y haría que la nación por completo me ayudase. Pero ahora soy demasiado viejo y gordo y estoy cansado y es muy duro ser viejo, muchacho.

Frunció el entrecejo sobre su inclinada frente y asintió de una forma llena de experiencia:

—¡Pero, condenación! ¿Dónde están los enemigos que se pagan los unos a los otros y dónde están los honestos comerciantes que tienen una oportunidad para sacar unos pequeños provechos aunque sea en estas ocasiones?

CAPITULO V

—Primero —dijo Wace—, debes comprender que el mundo tiene una forma de pelota.

—Nuestros filósofos saben esto desde hace tiempo —dijo Delp con complacencia—

incluso los bárbaros como los Lannachoia tienen una Idea de la verdad. Después de todo, ellos cubren cientos de kilómetros cada año en emigración. Nosotros no somos tan móviles, pero, no obstante, tenemos que trabajar en los principios de Astronomía antes de que podamos navegar más lejos.

Wace dudó si en Draconay podrían localizarse ellos mismos con gran precisión. Era sorprendente que su tecnología neolítica hubiese acabado no solamente en piedra, sino en cristal y en cerámica; ellos llegaban a moldear incluso algunas resinas sintéticas.

Tenían telescopios, una especie de astrolabios, y tablas de navegación basadas en el Sol, en las estrellas y en dos pequeñas lunas. Sin embargo, los compases y los cronómetros requerían hierro, en realidad, no existía en absoluto en Diomedes. Automáticamente él observó un rico mercado en potencia. Los primitivos tyrlanianos eran muy ávidos por los útiles y las armas de metal, pagando cantidades exorbitantes en pieles, en gemas y en jugos muy útiles en farmacia y que hacían del planeta uno de mucho valor para la atención de la Liga Polesotécnica. El Draconay podía usar otros objetos más sofisticados: desde relojes y reglas, hasta máquinas Diesel, y eran capaces de poder proporcionar precios más altos. El pudo enterarse de dónde estaba: la nave *Gerunis*, cuartel general del oficial en jefe de la flota; y esta extraordinaria, por el momento, criatura que se sentaba en la cubierta y hablaba con él, era en realidad su carcelero.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que se estrellaron? ¿quince días diomedanos?

Esto sería más de una semana en el aspecto terrestre. Un cierto

porcentaje de la comida de Tierra ya se la habían comido, él se había empeñado en aprender la lengua de Draco, de su compañero de prisión, Tolk. Era una suerte que la Liga había, necesariamente, hacia mucho tiempo, desarrollado los principios por los cuales la instrucción podía ser dada en muy poco tiempo, cuando pronunciaban debidamente una imaginación entrenada, podía alcanzar a comprender las cosas que se dijesen tan sólo una vez. Tolk mismo usaba un sistema casi idéntico; él no podría nunca haber visto metal, pero el Heraldo era semánticamente sofisticado.

—Bueno, entonces —dijo Wace titubeando y ce metiendo errores en su vocabulario, pero adecuado. sus propósitos— entonces, ¿sabes que este mundo en forma de pelota da vueltas alrededor del Sol?

—Unos cuantos filósofos creen esto —dijo Delp—. Yo soy un práctico, y nunca me ocupo mucho de alguna de estas cosas.

—El movimiento de nuestros mundo no es muy usual. En realidad, en muchos aspectos es un lugar no muy delimitado. Vuestro sol es más frío y más rojo que el nuestro, así, pues, vuestros hogares son más fríos. Este sol tiene una masa... ¿Qué dices...? oh, llámalo un peso... no mucho más que el nuestro; y está aproximadamente a la misma distancia. Sin embargo, Diomedes, como nosotros llamamos a vuestro mundo, tiene un año solamente un poco más largo que el nuestro. Setecientos ochenta y dos días diomedanos, ¿no es eso? Diomedes tiene dos veces más que el diámetro de la Tierra, pero está falto de materiales pesados que nosotros encontramos en nuestros mundos.

Por otra parte su gravedad. Según tengo entendido, yo sólo peso una décima parte más aquí que lo que pesaría en mi mundo.

—No lo comprendo —dijo Delp.

—Oh, no importa —dijo Wace con cierto pesar.

—¿Qué es lo que hay de raro acerca del movimiento de Ykt'hanis —dijo Delp. Este era el nombre que dedicaban a su planeta y no significaba «Tierra» sino, en un lenguaje donde los nombres eran comparados, podía ser traducido por «Oceanest» y era femenino.

Wace necesitó algún tiempo para contestar. Las palabras técnicas se escapaban de su vocabulario. Era, sobre todo, que la inclinación axial de Diomedes estaba casi a noventa grados, de manera que los polos estaban virtualmente en el plano elíptico. Pero este hecho acoplado con el frío del pobre sol ultravioleta, había hecho el módulo de vida.

En cualquiera de los polos, casi la mitad del año se gastaba en una noche total. La luz del día sin fin, era muy especial por la noche, pero eran invernadores inexpresivos.

Incluso a cuarenta y cinco grados de latitud, un cuarto de año estaba en la oscuridad en un invierno muy triste que el mundo no había conocido nunca. Tanto al norte como al sur, era únicamente donde los diomedanos podían vivir. La emigración anual les requería una gran cantidad de tiempo y energía, y cayeron sobre una guerra acerada del nivel paleolítico.

Aquí, a treinta grados al norte, el invierno absoluto duraba un sexto del año —algo parecido a dos meses terrestres— y no había más que unas cuantas semanas de vuelo hacia las tierras ecuatoriales de reproducción y volver en el mismo tiempo. Así pues, loa Lannaska era un pueblo muy cultivado. Los Drak'honai eran oriundos da mucho más al sur.

Pero no podían hacer mucho sin metales. Naturalmente, Diomedes tenía abundante magnesio, berilio y aluminio, pero, ¿de qué les podía servir todo esto si no desarrollaban primero la técnica electrolítica que requería cobre y plata?

Delp inclinó la cabeza:

—¿Quieres decir que siempre es equinoccio en tu tierra?

—Bueno, no siempre. Pero según vuestras medidas del tiempo, casi.

—Entonces por eso no tenéis alas. El Lodestar no os puso alas porque no las necesitabais.

—Oh..., tal vez. De todos modos no nos hubieran servida para nada. El aire terrestre es muy voluble para una criatura de tu talla o de la mía y poder volar por su propio poder.

—¿Qué quiere decir voluble? Aire es... aire.

—Tan denso es el aire, que si tuviera unas cantidades proporcionales del oxígeno o de nitrógeno, me envenenaría. Afortunadamente la atmósfera de Diomedes contiene un setenta y nueve por ciento de neón. El oxígeno y el nitrógeno son menos constituyentes en la proporción: sus presiones parciales no llegan a sobrepasar las de la Tierra. Lo mismo ocurre con el dióxido de carbono o anhídrido carbónico y el vapor de agua.

Wace continuó:

—Hablemos de nosotros. ¿Comprendes que las estrellas son que otros soles como los vuestros, pero infinitamente más lejos? ¿y que la Tierra es un mundo de tales estrellas?

—Sí. He oído a los filósofos comentarlo. Lo creeré.

—¿Te das cuenta de hasta dónde llega nuestro poder para poder cruzar el espacio entre las estrellas? ¿Sabes hasta qué punto podemos recompensaros por vuestra ayuda si nos lleváis a casa, y hasta el punto en que nuestros amigos os pueden castigar por retenerme aquí?

Por un momento Delp extendió sus alas, su pelo brilló sobre su espalda, y sus ojos se abrieron de par en par. Pertenecía a una tribu muy orgullosa.

De pronto se irguió. A través de todas las diferencias raciales el humano pudo darse cuenta del embarazo en que se rallaba.

—Tú mismo me dijiste terrestre que cruzasteis el océano desde el Este, y que en miles de kilómetros no visteis más que una isla. Es hasta donde alcanzan nuestras exploraciones. Posiblemente no podríamos volar hasta tan lejos, llevándoos a vosotros o bien un mensaje de vuestra parte a vuestros amigos sin un lugar donde descansar de cuando en cuando.

Wace asintió, despacio y pensativamente.

—Ya me doy cuenta. Y no podríais llevamos en una canoa rápida antes de que se agotasen nuestras provisiones.

—Me temo que no. Incluso con vientos favorables durante todo el camino, una embarcación es mucho más lenta que las alas. Nos costaría medio año o más tal vez, recorrer las distancias de que hablas.

—Pero debe haber algún medio...

—Tal vez. Pero recuerda que estamos sosteniendo una dura guerra. No podemos emplear muchos trabajadores o guerreros para salvaros a vosotros.

—Tampoco espero que el almirante lo intente.

CAPITULO VI

Al Sur estaba Lannach, una isla del tamaño de Bretaña. Cerca de allí

estaba Holmonach, un archipiélago, que describía una curva de cientos de kilómetros hacia el Norte, hacia las regiones más heladas. Así, pues, las islas actuaban como un límite y refugio, que estaba definido por el mar de Achan, protegiéndole de las grandes corrientes frías del océano.

Aquí estaban los Drak'honai.

Nicolás Van Rijn, se hallaba sobre el puente principal de cubierta del *Gerunis*, sin separar su mirada del grueso principal de la Armada de los Fleet hacia el Este. Sus atuendos de ruda tela, mal confeccionados, y sus pantalones que uno de los astros de aquellos seres le había hecho sin muchos esmeros, le irritaban su piel acostumbrada a loa más costosos tejidos. Ya estaba cansado del jamón en dulce y los melocotones en conserva, aunque cuando tales reservas se agotasen, empezaría a morir de hambre. Solo el hecho de pensar que le habían capturado, hecho prisionero, y que sus deseo» no eran tenidos en cuenta por nadie, significaba una angustia enorme para él. Y no era motivo de menos angustia, el pensar en el dinero que estaba perdiendo la Compañía por la falta de vigilancia personal.

—¡Bah! —exclamó—. ¡Si ellos pusieran todo su empeño en llevarnos de nuevo a nuestro mundo, lo podrían hacer!

Sandra lo miró extrañada.

—¿Y qué harían entretanto los Lannach, mientras los Drak'honai ponían todo su empeño en devolvernos a nuestro mundo? —respondió —. Es algo muy importante para ellos esta guerra y los Drak'honai todavía podrían perderla.

—¡Por la asquerosa boca de Satán! —dijo, extendiendo su peludo puño al aire—.

Mientras ellos disienten por sus pequeños e insignificantes territorios, la Compañía Solar de Especies y Licores, esta perdiendo un millón de acciones diarias.

—Pero da la casualidad de que la guerra es un asunto de vida o muerte para ambos bandos —dijo ella.

—También para nosotros —dijo él malhumorado, sacando la pipa y recordando al mismo tiempo que el tabaco lo había perdido en la inundación de agua—. ¡Cuando encuentre quién puso la bomba en mi crucero...! —No pasó por su imaginación el ofrecer excusas a Sandra por haberla metido en este asunto. Además, quizá, fue ella quien

indirectamente había causado la situación en que se hallaban—. ¡Bueno! —terminó en un tono más tranquilo—, es verdad que debemos arreglar los asuntos aquí, creo yo. Hacer que ellos terminen la guerra, de modo que puedan hacer importantes cosas, como la de llevarnos a casa.

Sandra frunció el ceño a causa del brillo de las aguas, diciendo al mismo tiempo:

—¿Quieres decir que debemos ayudar a los Drak'honai...? No es algo que me importe mucho. Además ellos son los agresores. Por otra parte vieron a sus esposas y sus hijitos muriendo de hambre. —Suspiró y terminó diciendo—: Es algo muy difícil de arreglar.

Pero, puesto que tenemos que hacerlo, hagámoslo.

—¡Oh, no! —dijo Van Rijn inclinando su barbilla—. Ayudaremos al otro bando. A los Lannachska.

—¡Qué! —exclamó ella separándose de la barandilla y mostrando ante él su mejilla como si hubiese mal oído—. Pero... pero...

—Mira —explicó Van Rijn—. Entiendo un poco algunas de las cosas de la política. La política aquí no es muy diferente de la de nuestra galaxia. Es una cultura de aristócratas poderosos, estos Flock, pero toda la fuerza del poder está en el trono, el Almirantazgo.

Ahora el almirante es viejo, y su hijo, el príncipe heredero, tiene muchas cosas que callar.

Tengo unos oídos muy finos, y además ellos olvidan que nosotros oímos mucho mejor que ellos en esta atmósfera que parece sapa de guisantes. Sí, ya lo sé. Es un tipo muy duro ese T'heonax.

—Así, pues —continuó Van Rijn— ayudaremos a los Flock contra los Drak'honai. ¿Qué hay de malo en ello? Los Drak'honai ya están ganando. Los Flock no hacen sino tenerse en una guerra de guerrillas en las partes más agrestes de Lannach. Ellos son todavía muy numerosos, pero los Flock tienen toda la fuerza y los sitios más estratégicos en sus manos, y no necesitan más que mantener un *status quo* para ganar. De cualquier modo,

¿qué podemos hacer nosotros, y quienes Dios no nos concedió alas, en una guerrilla?

—Bueno... sí —accedió ella—. Lo que quieres decir es que nosotros no

podemos ofrecer nada a los Drak'honai si no es comerciar y tratar en ellos más tarde, en el caso de que nos llevaran a nuestro mundo.

—Exactamente. ¿Y qué prisa tienen ellos en ponerse en contacto con la Liga? A ellos les importa un comino de desconocidos como nosotros procedentes de la Tierra. Les es más importante consolidarse a sí mismos en sus conquistas, que entenderse con poderosos extranjeros. Además, yo sé lo que harán con nosotros; conozco sus intenciones. Tal vez T'heonax nos deje morir de hambre, o quizás nos corte el cuello. Tal vez arroje nuestros res tos por la borda y diga más tarde que nunca oyó de nosotros. O

quizás, cuando una de las embarcaciones de la Liga le encuentre, él diga, ya sacamos a algunos humanos del mar, les tratamos tan bien como pudimos pero no pudimos restituirles a la Tierra en el momento que era necesario.

—¿Pero es que podrían, realmente? Quiero decir, Freeman Van Rijn, ¿cómo nos llevaría usted a la Tierra, con cualquier clase de ayuda diomedana?

—¡Bah, detalles! No soy ingeniero. Los ingenieros los alquilé. Mi trabajo no consiste en hacer lo imposible, sino en que otros no le hagan. Sólo hay una cosa, y es que ¿cómo voy a organizar algo, si no soy más que un prisionero de un rey que no tiene ningún interés en ponerse en contacto con mis conciudadanos? ¿Eh?

—No obstante la tribu Lannach se halla muy subyugada, y le permitirán, como usted dice, escribir su propia tarjeta, en otras palabras hacer su voluntad. Sí. —Sandra rió con una pizca de genuino humor—. ¡Muy bien, amigo! Ahora sólo me queda una pregunta que hacer, ¿cómo podremos llegar a los Lannach?

Ella extendió una mano como si mostrase los alrededores. No era un panorama muy prometedor.

El *Gerunis* era una embarcación típica: una gran estructura, un grupo de troncos unidos los unos a los otros con bastante espacio abierto entre ellos para permitir la flexibilidad del barco, y éstos atados a otros. Un muro de troncos puestos de pie, atados a los transversales, definían una vasta superficie y soportaban la cubierta principal. La proa y la popa se elevaban por cada una de sus partes, mostrando sobre sus planas superficies la artillería y en último extremo el desmedido timón.

Entre éstas, proa y popa, se extendían un grupo de camarotes

construidos también con troncos, y atados antes entre sí con cuerdas que confeccionaban ellos mismos con las algas y plantas marinas que los pescadores recogían en el mar. Estos camarotes los utilizaban para almacenar comida, herramientas y para cobijar tanto a los guerreros como mis esposa y pequeñuelos que iban con ellos.

Las dimensiones de la parte superior eran aproximadamente de sesenta metros por quince y que terminaban en una parte inclinada que tenía la forma de una plataforma y con un gran perfil en la parte frontal del barco. Si tenían un viento favorable —recordando la fuerza de los vientos en la mayor parte de los planetas— la embarcación que aquí podríamos llamar parecida a un verdadero barco podría hacer varios nudos a la hora y con un viento suave podría remarse. Llevaba consigo el barco un centenar de diomedanos, más sus esposas y sus hijos. De éstos, diez parejas eran aristócratas con departamentos privados en la parte de popa; otros veinte eran marineros con una cierta especialidad en las cuestiones de navegación, y que estaban separados en una habitación para cada familia en la cubierta principal. El resto eran marineros comunes, que tenían una barraca en la parte superior para, todos ellos.

No lejos de allí flotaba el resto de la escuadra. Eran navíos de varios tipos, algunos de ellos construidos de una forma muy rudimentaria y que estaban unidos al Gerunis, y otros eran cargos, algunos llevaban grandes concavidades en las cuales almacenaban el pescado y las algas marinas. A menudo estaban varios juntos formando una isla temporal Rodeándoles o patrullando entre ellos estaban las canoas más pequeñas. De otra parte las alas se batían en el cielo, donde un destacamento aéreo vigilaba las operaciones completamente a la observación, formaban el corazón militar de la fuerza del Draco.

Más allá de este escuadrón que estaba a su alrededor, las otras divisiones de la flota ensombrecían el agua tan lejos como pudieran alcanzar los ojos del hombre. La mayoría de ellos estaban pescando. Era un trabajo brutal donde las largas redes se sacaban a fuerza de músculo. Casi toda la vida del Draco era un trabajo lleno de fuerza muscular y en el cual había que doblar la espalda.

—Me gustaría verlos trabajar como esclavos —observó Van Rijn—, de pronto dio un golpe al timón que estaba hecho a conciencia.

—Aunque esto es de buena madera y aún está verde, ellos la trabajan con mucha calma, con útiles de piedra y de vidrio. Me gustaría alquilar a algunos de estos individuos, si la Unión de trabajadores pudiera permitirme el llevarlos allí.

Sandra dio un golpe en el suelo con el pie. Ella no se había quejado del peligro de muerte. Del frío, del malestar y de la dificultad del lenguaje de Tolk, que se hacía entender a través de Wace. Pero había unos límites.

—¡Si no reflexionas en lo que dices, o haces que tengan tus palabras sentido, Freeman me iré a otra parte! Te pregunté cómo podríamos salir de aquí.

—Nos rescatarán los Lannascka —dijo Van Rijn—, o más bien, ellos vendrán a robarnos. Así de este modo será mejor. Luego si fracasan, nuestro amigo Delp no podrá, decir que fue nuestra la culpa, y que nosotros no tenemos nada que ver en ser deseados por todas las partes.

Ella se irguió.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo van a saber ellos que nosotros estamos aquí?

—Tal vez se lo dirá Tolk.

—Pero Tolk es más prisionero que nosotros, ¿no es así?

—Así es. Sin embargo... —Van Rijn se frotó las manos— hemos hecho un pequeño plan. Tiene una buena cabeza ese Tolk. Casi tan buena como la mía.

Sandra le miró.

—Y querrás dignarte el decirme cómo te las has arreglado para hablar con Tolk, bajo la vigilancia del enemigo y además no sabiendo hablar draco?

—Oh, habló Draco muy bien —dijo Van Rijn con cierto humor— ¿no me oíste decir y admitir las conversaciones que se hicieron a bordo? Piensas así porque armé mucho lío, pero me pasé muchas horas tomando lecciones de Tolk. ¿Te crees que soy tan sordo y tan tonto como para no aprender fácilmente? la mitad del tiempo estamos hablando y me está enseñando su lenguaje de Lannach. Nadie en la embarcación lo conoce, así que cuando ellos nos oyen hablar y pronunciamos extraños ruidos, piensan que tal vez Tolk intenta hablar palabras de nuestro mundo, ¿no es eso? Ellos piensan que ella desespera de poder enseñarme, aún a través de Wace, y poder meterme en la cabeza su lenguaje de Draco. ¡Ja, ja! son idiotas los condenador Ayer le expliqué a Tolk un chiste sucio en Lannachamay.

Se puso muy serio y se disgustó. Eso prueba de que este pobre viejo Van Rijn, aún tiene sentido, y que está bien aún. Y no digamos nada del resto de su anatomía.

Sandra permaneció rígida durante un momento, intentando comprender lo que quería decir, al querer aprender simultáneamente dos lenguas no humanas, una de ellas prohibida.

—No veo por qué Tolk parecía disgustado —murmuró Van Rijn—, era un buen chiste.

Escucha: Había un marinero que viajaba en uno de los planetas coloniales y...

—Ya puedo adivinar por qué —interrumpió Sandra con rapidez—, quiero decir... por qué Tolk no pensó que era un cuento gracioso. ¡En...! Freeman Wace estuvo explicándomelo el otro día. Aquí en Diomedes, no tienen la preocupación de la sensualidad constante. Ellos se reproducen una vez cada año solamente en los trópicos.

No tienen familias en el sentido en que nosotros los tenemos. No piensan del mismo modo que nosotros —ella se sonrojó— y no tienen ese interés que dura en nosotros todo el año, en las cuestiones de que antes hablábamos y que para nosotros parecen muy normales. Van Rijn asintió.

—Todo esto lo sé, pero Tolk ha visto algo en lo de la flota y dentro de ésta, se casan y nacen en cualquier momento del año, como los humanos..

—Esta impresión me cansó —dijo ella, despacio— y me preocupa. Freeman Wace dice que el ciclo da reproducción es en ellos hereditario. Por instinto, por glándulas, o como se le quiera llamar. ¿Cómo podrían los de la flota vivir diferente a como les dictan sus glándulas?

—Bueno, no lo sé, pero lo hacen. —Van Rijn encogió sus anchos hombros.

—Tal vez logremos que algún científico se preocupe de estos asuntos más tarde, y forme una tesis acerca de ello.

De pronto, ella, se cruzó de brazos y miró a lo lejos. Sus ojos adquirieron un tono gris.

—Pero no has dicho... qué va a pasar? ¿Cómo va a hablar Tolk de

nosotros al Lannach? ¿Qué haremos?

—No tengo la menor idea —le dijo a ella con cierta despreocupación —, yo ya me las arreglaré.

El miró también a lo lejos, hacia el horizonte rojo del cielo. Varios kilómetros más lejos oyeron un enorme zumbido, al mismo tiempo algo que se transportaba como si fuese un enorme castillo de madera, y que flotaba en el aire sobre toda la extensión de los barcos del Draco. Un batir de alas se levanta desde allí y llegaba hasta el *Gerunis*.

—Pero creo que podremos encontrar rápidamente alguna solución —dijo Van Rijn—

porque su reumática majestad llega aquí para decidir lo que tendremos que hacer.

CAPITULO VII

Las tropas de guardia del almirante, un centenar de ellos al servicio de él, aterrizaron con una exactitud magnífica y extendieron sus armas, tomando una posición estratégica sobre el barco. Piedras pulidas y cueros aceitosos se reflejaron sobre la cubierta, irradiando una luz que recordaba el reflejo del mar, y el aire de sus alas atravesó por el barco. La tripulación del *Gerunis* se arremolinó respetuosamente cerca de los recién llegados, sobre el techo de la cabina de sobrecubierta y lanzó el grito ritual de bienvenida.

Delp her Orican avanzó sobre la popa y se inclinó ante su señor.

Su esposa, la hermosa Rodoni Sa Axollon y sus dos hijitos llegaron tras él, arrastrándose sobre cubierta con las alas ahuecadas. Todos ellos vestían los trajes escarlata y los anillos de pedrería que eran el vestido de ritual ante su señor.

Los tres seres humanos se mantuvieron al lado de Delp. Van Rijn había sugerido que ellos no deberían inclinarse.

—No hay derecho a que un miembro de la Liga Polesotécnica deba inclinarse sobre las rodillas y los codos. De todos modos yo no estoy hecho para: esto.

Tolk de Lannach se sentó encogido al lado de Van Rijn, sus alas estaban atadas y un y un lazo alrededor de su cuello estaba agarrado por el otro extremo a la mano de un potente marinero. Sus ojos eran débiles y miraban fijamente al almirante como si fuesen los de una

serpiente. Y los Jóvenes machos armados que formaban la corte de honor de guardia de Delp, su capitán, se mostraban un tanto intimidados en sus maneras —no por la presencia de Syranax, sino hacia su hijo el heredero aparente sobre el que el almirante se inclinaba—. Sus armas, sus espadas, sus tomahawks y las bayonetas de madera estaban alzadas y las mostraban con un gesto de respeto total, Wace pensó que Van Rijn debería amar la discordia.

Syranax se aclaró la garganta, miró a todos y señaló con su hocico hacia los humanos.

—¿Cuál de vosotros es el capitán? —preguntó. Tenía una voz profunda, pero ya no llegaba desde el fondo de sus pulmones y había un cierto carraspeo en ella. Wace se adelantó. Su respuesta era la que Van Rijn le había dicho que diera con rapidez y sin explicar.

—El otro varón, es nuestro jefe, señor. Pero él no habla vuestra lengua muy bien. Yo puedo tener alguna dificultad con ella, así que deberemos usar a vuestro prisionero Lannacho como intérprete. T'heonax movió la cabeza.

—¿Cómo podrá saber él lo que querías decirnos?

—El ha estado enseñándonos vuestra lengua —dijo Wace—. Como sabéis, señor, las lenguas extranjeras son la principal ocupación en su vida. A causa de esta habilidad natural, así como a su especial experiencia con nosotros, él será capaz muchas veces de adivinar lo que nosotros queremos decir cuando buscamos una palabra.

—Parece razonable.

La cabeza gris de Syranax, se movió.

—Sí.

—¡Yo no estoy seguro! —T’heonax, miró con cierta dureza a Delp.

Había vuelto a enfrentarse con él.

—...así pues, hablemos —Van Rijn se levantó—. Mi buen amigo... um... e... *pokkar*,

¿cuál es la palabra? MI almirante, nosotros hablar... buenos... hermanos buenos hermanos, ¿es así como decir, Tolk?

Wace lo miró a pesar de lo que Sandra le había susurrado, cuando se

les llevaba por la fuerza hada aquí para recibir a los visitantes, no podía creer que tan mal acento y tan mala gramática se pudiera llegar a comprender.

Y ¿por qué?

Syranax se movió con impaciencia.

—Sería mejor si hablásemos a través de su compañero —sugirió.

—¡Narices! —gritó Van Rijn— ¿él?, no, no, ni hablar, hablar yo mismo. Directamente a usted, como corresponde a su título. Nosotros hablar como hermanos.

Syranax suspiró. Pero no se le ocurrió llevar la contraria al humano. Un aristócrata extranjero, era no obstante, un aristócrata, y a los ojos de casta era normal que una pudiese aclamar sus derechos de hablar por sí mismo.

—Les hubiese visitado antes —dijo el almirante— pero no hubiesen podido conversar conmigo y había otras muchas cosas que hacer.

A medida que ellos se desesperaban más y más, los draconianos se hacían más peligrosos en sus emboscadas. No pasa ningún día que tengamos alguna batalla, aunque sea sin importancia.

—¿Eh? —Van Rijn hacía como si llevase la cuenta comparativamente con sus dedos—

xammaganai... déjeme ver, *xammaganai*... *xammaganai*... ¡ah, sí! ¡Una pequeña lucha!

Nunca he visto luchas, viejo almirante, quiero decir honorable almirante. T'heonax se puso severo.

—¡Vigila tu lengua, terrestre! —gritó. Había ido a menudo a visitar a los prisioneros y ellos aun permanecían bajo sus órdenes. No quedaba mucho por hacer, pero Wace decidió. T'heonax no era capaz de admitir que un ser pudiese posiblemente existir siendo en algo superior a T’heonax. Syranax, yacía sobre cubierta en una posición Ieonina.

T'heonax permaneció a su lado vigilando la presencia de Delp.

—He estado recibiendo continuamente noticias vuestras —continuó el almirante— son,

¡ah! muy notables. Sí, no hables. Se dice que vinisteis de las estrellas.

—¡Estrellas, sí! La cabeza de Van Rijn, se inclinó con movimiento un tanto imbécil.

—Venimos a las estrellas. Desde muy lejos.

—¿Es verdad, también que vuestras gentes han establecido unos puntos al otro lado de los océanos? Van Rijn miró a Tolk. El lannach expuso las preguntas como si fuera un chiquillo. Después de varías explicaciones, Van Rijn asintió.

—Sí, sí, venimos del otro lado del océano. Desde muy lejos.

—¿No vendrán vuestros amigos en vuestra búsqueda?

—¡Ellos buscarán, muchísimo, por Satanás! Mirarán por todas partes. Debes tratarnos bien o nuestros amigos lo descubrirán —exclamó Van Rijn con un aspecto un tanto desmayado y apoyándose en sus palabras en Tolk.

—Oreo que el terrestre debe excusarse por su falta de tasto— exclamó secamente el heraldo.

—Puede ser una falta de tacto hecha a conciencia —susurró Syranax —. Si sus amigos pueden, verdaderamente localizarle mientras él todavía vive, dependerá mucho de la clase de trato que reciba de nosotros, ¿no es así? El problema es, si ellos podrán encontrarle pronto. ¿Qué, dices terrestre? —El lanzó la pregunta secamente.

Van Rijn retrocedió, levanto sus manos como para defenderse de un golpe.

—¡Auxilio! —gritó— ayúdanos, llévanos a casa, viejo almirante... honorable almirante...

Te pagaremos con mucho, mucho pescado.

T'heonax murmuró al oído de su padre:

—La verdad está saliendo a flote, aunque yo ya lo había sospechado antes. Sus amigos no tienen muchas posibilidades de encontrarle antes de que perezca por el hambre. Si lo hicieran, no estarla pidiendo cualquier cosa con la insistencia que lo hace.

—Lo hubiese hecho de todas formas. Nuestros amigos no están muy experimentados en estos asuntos. Bien, es bueno saber con la facilidad

que la verdad puede sacarse de él.

—Así, pues —dijo T'heonax con cierta alegría, no preocupándose del susurro— el problema estriba en conseguir el máximo rendimiento de la bestia antes de que muera.

La respiración de Sandra se alteró. Wace la tomó por el brazo con la boca abierta, y cortó a Van Rijn cuando iba a hablar:

—¡Cierra el pico! ¡Ni una palabra más, atontado! —como quiera que el mercader se resignara a no hablar, se esforzó en una tímida sonrisa.

—No hay derecho —explotó Delp— por el Lodestan, señor, ellos son invitados, no enemigos; ¡ *no podemos servirnos de ellos*!

—¿Qué otra cosa harías? —preguntó T'heonax.

Su padre les miró y se mantuvo a la expectativa romo si sopesase los argumentos de ambas partes. Algo como un chispazo, estalló entre Delp y T'heonax. Corrió este fogonazo, a través de las líneas de hombres que estaban sobre el *Gerunis* y las tropas de guardia en un imperceptible movimiento.

Van Rijn pareció desmoronarse de pronto. El tomó una aptitud un tanto mecánica, con los ojos cerrados y fue de rodillas ante Delp.

—¡No, no gritaba!, ¡llévanos a casa, ayúdanos y te ayudaremos!

—¿Qué es esto?

Era el gruñido salvaje de T’heonax. Fue hacia delante.

—Has estado comerciando con ellos, no es así?

—¿Qué quieres decir? —Los dientes del ejecutivo chocaron unos contra otros, a pocos centímetros del hocico de T’heonax. Sus alas se levantaron afiladas como cuchillos.

—¡Qué clase de ayuda iban a darte estas criaturas ¿Qué es lo que estás pensando? —

Delp extendió sus alas y las mostró a los vientos al mismo tiempo que se inclinaba y dejando que los acontecimientos se resolvieran. T'heonax, no lo comprendía, bien.

—Alguien podría creer que tienes la intención de desembarazarte de algunos rivales dentro de la tropa —susurró T'heonax.

En el silencio que cayó sobre la embarcación, Wace pudo oír la entrecortada respiración de los rivales. Podía oír el ruido de las otras embarcaciones con sus cables, el chocar de las olas y el viento.

Si un príncipe poco amado por su pueblo, encuentra una excusa para arrestar a un subordinado en quien confían los demás, es posiblemente un hombre que tendrá que luchar. De esta forma ocurrían las cosas en Diomedes.

Syranax, explotó de nuevo:

—Hay algún malentendido —dijo gritando— nadie va a atacar a nadie ni contra nada, entre las criaturas sin alas. ¿Qué hay de la otra embarcación, de la vuestra? ¿Qué podría hacer Delp por cualquiera de nosotros, de todos modos?

—Esto queda por ver —respondió T'heonax— pero una arza que puede volar a lo largo de los océanos en menos de un día equinoccial, debe conocer muchas artes.

Entonces se volvió rápidamente hacia Van Rijn, con la resolución del inquisidor cuya sospecha ha desaparecido, dijo cortésmente:

—Tal vez podamos llegaros a casa si nos ayudáis. No estamos seguros de como poder hacerlo. Tal vez vuestro artefacto pueda ayudarnos a llevaros a vuestro planeta. Nos enseñaréis el modo de usarlo.

—¡Oh, sí! —dijo Van Rijn, y cruzando sus manos las puso sobre su cabeza—. ¡Oh, sí, buen señor. Lo haré.

T'heonax dio una orden. Uno de los hombres del Draco se acercó con una gran caja.

—Me he estado ocupando de todas estas cosas —explicó el heredero —. No he intentado hacer mofa de esto, ni tampoco jugar con ello, son todo cuchillos y algunos otros objetos brillantes.

Momentáneamente sus ojos se dirigieron hacia su padre.

—¡Tú nunca has visto cuchillos como éstos, padre, cortan de un modo tajante o raen la piel, no hacen más que cortar suavemente. Pueden cortar un árbol entero.

Abrió la caja. Toda una fila de oficiales, olvidó su dignidad a la are estaban obligados, y se amontonaron a su alrededor. T'heonax les echó hacia atrás.

—¡Dejad el espacio libre para poder hacer una demostración —exclamó—. Arqueros, artilleros, cubrid por todas partes, estad prestos para disparar si es necesario.

—¿Quieres decir luchar hasta abrirnos camino? —susurró Wace—. ¡No se puede!

Intentar avanzar un paso entre Sandra y la amenaza de las armas, que se dirigía hacia ellos. Nos llenarán de flechas antes.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —murmuró Van Rijn *sotto voce*.

—Os creéis que porque soy un hombre ya viejo y porque haya hecho unos cuantos errores, ¿no tengo cabeza? Detente, muchacho y cuando estalle el jaleo pega fuerte.

—¿Qué...? Pero...

Van Rijn se volvió de espaldas y dijo en un lenguaje draco y que apenas se entendía, pero con una amabilidad poco común:

—Aquí un... ¿cómo le llamáis...? cosa... Aquí una... cosa. Hace fuego. Hace agujeros, por Satanás.

—¿Un lanzallamas portátil, tan pequeño? —exclamó. Durante un momento una sombra de terror se reflejó en la voz aguda de T'heonax.

—Ya te lo dije —dijo Delp—, podemos ganar mucho más tratando honorablemente con ellos. Por el Lodestar pienso que podríamos llevarlos a casa también si lo intentásemos.

—Podrías esperar hasta que esté muerto, Delp, antes de tomar el Almirantazgo —dijo Syranax.

Sí lo dijo en tono de burla, cayó como una bomba. Los marineros que estaban más próximos y lo habían oído, se estremecieron. Los guardias aéreos echaron mano a sus arcos y a su artillería. Rodonis sa Axxalon, extendió sus alas cubriendo con ellas a sus hijos y gritó. Las mujeres que había sobre cubierta se metieron en las cabinas y las cerraron sin comprender exactamente lo que ocurría, debido al terror.

Delp se sobrepuso.

—¡Basta! —gritó—. ¡Quedaos ahí! ¡Calma! Por todos los demonios en el reino de las Estrellas. ¿Es que nos han vuelto locos estas criaturas?

—Ven, toma el revólver... nosotros llamamos revólver... aprieta aquí...

—la bala salió y se estrelló contra el poste principal. Van Rijn saltó hacia un lado al mismo tiempo, pero pudo ver también que la bala había profundizado en unos centímetros sobre la madera.

La llama blanquiazul había hecho su aparición sobre la cubierta y había dejado un olor de pólvora. Al mismo tiempo que todos los hombres se echaban hacia un lado, antes de que él pudiese dejar de apretar el gatillo. Los draconianos, gritaron.

Los buscadores de curiosidades cubrieron el cielo. Sin embargo ellos eran técnicos sofisticados a su modo. Estaban excitados más que asustados.

—¡Déjame ver eso! —T'heonax cogió el revólver.

—¡Espera, buen señor, espera! —Van Rijn abrió la recámara y con sus manos gruesas sacó las balas de la misma—. Primero vamos a asegurarnos.

T'heonax lo miró por una parte y otra el arma.

—¡Qué arma! —suspiró—. ¡Qué arma!

Manteniéndose en una postura un tanto vigilante, esperando que Van Rijn mostrara la cantidad de ideas que llevaba en su mente. Wace se dio cuenta de que los draconay eran bastante temerosos. Era bastante natural de todas formas. Pero un revólver de esta clase le daría solamente un efecto serio en un campo de tácticas de lucha.

—Ya lo arreglé —dijo Van Rijn—, uno, dos, tres, cuatro, cinco, ya está… ¿cuatro?

¿Cinco? ¿Seis?

Entonces empezó a dar vueltas arriba y abajo entre los montones de ropas, sábanas, encendedores, estufas y otros objetos que llevaban en el equipo. ¿Dónde están las otras tres armas?

—¿Qué otras tres? —dijo T'heonax mirándole fijamente.

—Tenemos seis —Van Rijn contó cuidadosamente con sus dedos—. Sí, seis. Se las di todas al buen señor Delp que está aquí presente.

—¿Qué?

Delp, fue corriendo hacia el humano.

—Eso es mentira, hay solamente tres, y las tienes ahí.

—Auxilio —dijo Van Rijn detrás de T'heonax.

El cuerpo de Delp, chocó contra el del hijo del almirante. Ambos draconay se mezclaron el uno con el otro en una confusión de alas y colas.

—Está buscando que se promueva un motín —gritó T'heonax.

Wace arrojó a Sandra sobre la cubierta y él mismo se puso al lado de ella, el aire estaba llene de las flechas y otros objetos que se arrojaban.

Van Rijn se volvió rápidamente hacia el marinero que estaba a cargo de Tolk, pero éste drako se había ido en defensa de Delp. Van Rijn no tuvo más que cortar las redes que le aprisionaban.

—No —dijo en un perfecto lannachamay—, ve a buscar una armada para que venga a buscarnos aquí. Rápido antes de que nadie se dé cuenta.

El heraldo asintió, hizo zumbar sus alas y se fue hacia el cielo.

Van Rijn llegó junto a Wace y Sandra, diciéndoles:

—Por aquí.

Hizo una señal hacia una de las cabinas, entonces vio la revolución que las tropas marineras estaban organizando.

—Rayos y truenos, peste y veneno. —Empujó a Sandra hacia la cabina y se refugiaron los tres.

Cuando estuvieron dentro entre mujeres asustadas y niños, miraron hacia fuera la lucha y Van Rijn dijo:

—Es una pena que Delp esté perdiendo. No tiene oportunidad de salvarse. Y es un buen tipo; podríamos haber hecho buenos negocios con él.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó Wace— hiciste estallar una guerra civil solamente para que se escapase tu mensajero?

—¿Es que conocíais un medio mejor? —preguntó Van Rijn.

CAPITULO VIII

Cuando el comandante Krakna cayó en la batalla contra los invasores, el Concilio General del Flook, escogió a un Trolwn para sucederle. Este concilio estaba formado por los más viejos y su elección al escoger a uno más joven, no tenía importancia, puesto que los Lannascha, pensaron que era natural que fuesen conducidos por un joven macho. Un comandante necesitaba la fortaleza física de dos para verlos a través de una dura y peligrosa emigración cada año; raramente se debilitaba. En cualquier avalancha debida al impulso de su edad se inclinaba ante el concilio general, los líderes del clan que se hablan hecho demasiado viejos para, hablar a la cabeza de sus escuadras, pero no demasiado viejos y débiles, para hacer algún viaje a través de las jornadas de invierno.

La madre de Trolwan, pertenecía al grupo de Treekan, una rica línea de sangre que tenía grandes propiedades en Lannach. Ella misma había añadido a esta riqueza los beneficios de algún comercio. Ella sabía que su padre era Tornak de Wendru; a ella no le importaba mucho, pero Trolwen tenía un aspecto muy remarcado de un verdadero y valiente guerrero. Sin embargo, había sido un buen guerrero en todos los sentidos tanto en la tormenta como en las batallas más duras de cualquier día, y esto había hecho que el Concilio le hiciese como el líder de todos los clanes. A partir de los diez días había sido jefe de una causa perdida; pero posiblemente su tribu se hubiera replegado hacia la colina de las montañas, con más lentitud de lo que hubiesen hecho sin él. Ahora conducía a la mayor parte de las tribus Flook, que estaban guerreando contra los Fleet.

El equinoccio de vernal acababa de pasar, pero los días aún se alargaban. Cada mañana el sol se levantaba más al Norte, pero un aire tibio se mezclaba con la nieve hasta que todos los campos de Lannach estaban inundados de agua. Solamente empleó ciento treinta días para pasar del equinoccio al último levantamiento de Sol; a partir de entonces, durante los días sin noche del Alto Verano, no habría más que agua para todos los campos.

Y si Trkaska no era fundado por el líder, expuso con cierta tristeza Trolwen, no habría manera de seguir adelante, el Flook estaría acabado.

Sus alas se movieron con cierta ligereza y rapidez en el cielo como si fuese el latido de un errante. Bajo él no había más que la blancura de unas nubes misteriosas, con el mar mucho más lejos por debajo y que reflejaba unos tonos tenues. Por encima de él se mostraba la claridad de la noche y las estrellas. Las dos lunas habían hecho su aparición.

El tenía un poco de frío, la humedad llegaba hasta sus pulmones y sintió como un azote en sus músculos, pero tenía la alegría ordinaria de un vuelo normal. Pensaba mucho en matar.

Un comandante no debía mostrar indecisión, pero él era joven y el Cris Tolk del Geral comprendería.

—Cómo podremos saber que esos seres están aún en el mismo barco —preguntó en un tono bajo conteniendo el ritmo de la respiración de su vuelo de ruta.

El viento seguía susurrando y ensombrecía sus palabras.

A medida que bajaba a través de las nubes, vio el enorme Fleet aún muy lejos por debajo de él, pero cubriendo las aguas, estas islas llamadas los Pups que eran unos bancos ricos de pesca al Este. A medida que ellos se fueron acercando oyeron de pronto una explosión de gritos procedentes de las embarcaciones y de las canoas al mismo tiempo que los draconnay habían oído los gritos de sus propios centinelas y todos fueron a las armas. Trolwen plegó sus alas y se detuvo. Tras él en un lado del Clan escuadrón gritaban tres mil lannacha machos. A medida que descendía iba mirando y buscando.

¿Dónde estará este doble monstruo terrestre? *Allí.*

La visión devoradora de un animal en vuelo, hizo ver a tres horribles formas en una de las cubiertas de la embarcación que les hacían señales y saltaban.

Trolwen, extendió sus alas.

—Pronto, aquí —gritó.

Los escuadrones se pusieron en formación de batalla, se recogieron y se lanzaron en picado hacia la embarcación. A medida que iban bajando cada uno de los jóvenes de la escuadra escogían uno de los guardas, pero no se lanzaron al ataque hasta que Trolwen cayó sobre la esfera de los defensores.

Los drasca estaban formando sus propias filas a una velocidad aterradora y con disciplina.

—¡Por todos los demonios encendidos, si pudiésemos haber empleado un simple escuadrón —gritó Trolwen— y no un escuadrón de batalla después de un vuelo tan largo.

—Un simple escuadrón apenas hubiera podido llevar a los terrestres vivos —dijo Tolk—

no desde la misma base de los enemigos.

—Tenemos que aparentar que no merece la pena... cumplir el compromiso, cuando nos retiremos.

—Ellos saben muy bien, muy bien para qué hemos venido —dijo Trolwen—. Mira cómo se enardecen en la embarcación.

La tropa de Flook había hecho una formación de batalla y las de Dracca alcanzaban la superficie del agua. Un destacamento se puso alrededor de los humanos y luego se pusieron al acecho del ataque que les llegaba. El resto sobrevoló para repeler el asalto del enemigo.

Era una lucha muy igual sobre la cubierta. Ambos bandos estaban equipados del mismo modo: Armas, técnicas parecían ser capaces de mucho mayores peligros que cualquier otra clase. Espadas de madera con pequeños pedernales en la punta, pequeñas dagas, tomahawks daban unos golpes muy débiles y también se pegaban con tiras de cuero. Si uno de los machos se veía muy atacado, podía volar hacia arriba; no se intentaba en absoluto mantener las filas que habían formado, era una lucha completamente libre. Trolwen no tenía un especial interés en esta fase de la batalla, siendo muy superior en número cor la cantidad de guerreros que había traído sabía que podía tomar la embarcación, si sus escuadrones aéreos podían estar al acecho de los draska.

Pensó de un modo convencional, lo mucho que una batalla en el aire se asemejaba a una danza: estaba llena de intrigas, era hermosa y terrible. Coordinar los esfuerzos de un millar o más de guerreros alados, alcanzaba los más altos niveles del arte.

La espina dorsal de tal fuerza eran los arqueros. Cada uno de ellos llevaba, asiéndolo con fuerza, un arco en los talones, tensaba la cuerda con sus manos, y mientras mantenía su vuelo, cogía una flecha de su carcaj con les dientes y se aprestaba a disparar, antes de tener que soltar la flexión del arco. Tales cuerpos de lucha, aprestados desde su nacimiento para la lucha con los arcos, podían fácilmente lanzar una cortina de hachas que nadie nunca podría atravesar vivo. Pero después de haber hecho zumbar el silbido de la muerte con sus flechas, teman que volver hacia atrás y coger de manos de los porteadores, más flechas para proseguir el combate. Este era el punto más vulnerable de su trabajo; y el resto de la armada se dedicaba a protegerlo.

Algunos llevaban para defenderse bolas de piedra, otros una especie de lanzas con puntas muy afiladas. Las armas volantes eran la innovación más reciente, observada entre las tribus extranjeras en los terrenos tropicales. En esto los drask iban a la cabeza: sus armas tenían un mecanismo de repetición, sobre bayonetas de madera. Al mismo tiempo, las unidades militares consideradas separadamente, estaban mucho mejor organizadas en los Flook.

Por otra parte, se mantenían en contactos los unos con los otros por medio de las llamadas de un cuerno, que les integraba a su armada. Infinitamente más flexibles el cuerpo de los silbadores, iba de una parte a otra, de jefe en jefe, haciendo de los Flock una enorme y temida organización.

La batalla se desarrollaba por todas partes, arriba y abajo, mientras el Sol se levantaba y las nubes se separaban y el mar tomaba un brillo especial. Trolwen hizo restallar sus órdenes: Hunlu a reforzar el flanco derecho, Torcha a atacar la embarcación del almirante, mientras Syrgen cargaba por el a la opuesta. Una vez hubo hecho esto, lanzando un grito terrible se lanzó al combate él mismo, mientras un grupo de draska lo hacía hacia el mismo lugar. Golpeó despiadadamente con el «tomahawk» a uno de ellos y vio cómo el ala de aquel enemigo se hundía en las aguas que ondulaban allá abajo.

Así terminaban y lo habían hecho siempre las batallas. Cuando las armas arrojadizas se terminaban, se lanzaron los unos contra otros, si ninguno de los bandos había abandonado, y reducían la batalla a un cuerpo a cuerpo. En ocasiones, el caos se extendía entre ambos bandos tan despiadadamente y tan enorme que ambos bandos se desintegraban.

Pero los Fleet estaban aquí, pensó Trolwen, con todos sus arsenales: con más armas arrojadizas de las que sus tropas volantes, que además eran inferiores en número, podían haber llevado consigo. Si esta lucha no terminaba pronto...

La embarcación con los terrestres a bordo, había sido alcanzada. Las canoas Draka se aproximaban para hacerles retroceder. Una de las canoas irrumpió el fuego: el temido, irresistible aceite hirviendo de los Fleet, salía de una vasija de cerámica, las catapultas arrojaban masas informes que estilaban en llamas con el impacto. Estas eran las armas que habían aniquilado a las tropas más temibles de los Flock y se habían apoderado de las ciudades costeras. Trolwen frunció el ceño con notoria expresión y angustia cuando los vio.

Pero los terrestres ya estaban fuera de la embarcación, y seis potentes porteadores les llevaban a cada uno de ellos en una malla especial. Cambiando a menudo de porteadores, esos fardos con los humanos dentro podían ser llevados a las montañas de los Flock sin el menor riesgo. ¡Las cajas de comida cogidas a toda prisa del lugar donde se hallaban, eran menos difíciles de llevar. Un silbador hizo saber él éxito de la expedición a todos los guerreros.

—¡Vámonos!

Las órdenes se hicieron sentir de boca de Trolwen, y cada uno de los guerreros se integró al escuadrón a que pertenecían.

—Huniu y Syrgen, id en formación al lado de los porteadores. Dwarn vuela con la mitad del escuadrón por encima; la otra mitad que proteja el ala izquierda. Guardias de retaguardia...

Los perfiles de la mañana estaban todavía muy lejos de desaparecer. Su pesadilla había sido que el grueso de las fuerzas del Fleet les persiguieran. Una batalla mientras corrían de vuelta a sus hogares podía haber perjudicado notablemente a la armada. Pero tan pronto como estuvieron en plena retirada, el enemigo rompió el contacto con ellos y se retiraron a sus cubiertas.

—Tal como predijiste, Tolk —dijo con voz más tranquila Trolwen.

—De acuerdo, jefe Flock —dijo el Heraldo con su calma habitual—, ellos tampoco estaban muy tranquilos, y no tenían verdadera ansiedad por mezclarse en tal contienda de retirada. Los hubiese alejado mucho, dejando sus embarcaciones indefensas. Además, todos ellos creían que tu idea era obligarles a tal desplazamiento. De modo que han decidido simplemente que los terrestres no merecen la pena para que ellos se arriesguen, y se metan en peligros mayores; por otra parte estoy seguro de que esta idea, los terrestres por su parte han estado inculcándola constantemente en ellos.

Esperemos que no sea una creencia correcta. Pero de todos modos, Tolk, tú previste este acontecimiento. Tal vez debieras ser tú el comandante en jefe.

—Oh, no. Yo no. Fue el terrestre gordo quien predijo esto.

Trolwen rió.

—Entonces, quizá debiera ser él comandante.

—Quizá —dijo Tolk, pensativamente—. Quiza él lo quiera.

CAPITULO IX

La costa norte de Lannach discurría en amplios valles que se extendían hasta el mar de Achan. Allí. en aquellos bosques ricos y variados, y aquellas laderas llenas de hierba, se habían levantado estas cabañas en las que habitualmente vivían los clan de los Flock.

Donde Sagna Bay abría su corte más profundo sobre la tierra, allí se habían reunido muchos seres para formar grandes unidades. Así, pues, se terminaron ciudades que fueron Ulwen, y más separadas, Mannenach y yo de los Carpenters.

Pero sus puertas se vieron derribadas y sus techos abrasados completamente, las canoas Drak'ho estaban sobre las playas Sagna, patrullas de guerra rondaban por la vacía Ulwen y patrullaban por el bosque Anch vigilando estrechamente los alimentos que habían cosechado durante la estación de invierno en Duna Brae.

Sus barcos hundidos, sus casas asaltadas, y sus terrenos de caza y de pesca inaccesibles, los Flock se retiraron hacia las tierras altas. Sobre las onduladas vertientes de lava del monte Oborch o en les fríos cañones de los montes Misty habían unos cuantos emplazamientos donde los más pobres habían vivido. Las hembras, los más viejos y los más jóvenes, podían dirigirse a aquellas partes; se podían instalar tiendas de campaña y ocupar cavernas. Buscando todos los recursos que pudiesen sacarse de esta región desde Hark Heath hasta Ness, y en ocasiones pasando hambre, los Flock podrían continuar viviendo un poco más. Pero el corazón de Lannach estaba en la costa Norte, terrenos que ahora ocupaban los Drak'honai. Sin ellos los Flock no eran nada, una simple tribu de salvajes azotada por el hambre hasta otoño, cuando el Tiempo de Nacimientos les dejaba a todos sin recursos.

—Todo no va bien —dijo Trolwen comprendiendo la situación.

Caminaba por un estrecho sendero hacia la ciudad. ¿Cómo se llamaba?, Salmenbrok, que pendía de las más agrestes crestas de la montaña. Más allá, piedra negra volcánica, cubierta todavía de mantos de nieve, y que se remontaba tortuosa hacia un cráter que se escondía entre sus propios vapores. El terreno crujía bajo sus pies, sólo un poco, y Van Rijn oyó un murmullo en las entrañas del planeta.

Este no es un lugar para un hombre de su edad y de su condición. Tendría que estar en casa, en su sillón que se hundía, con un buen

cigarro y una bonita muchacha, un buen trago y líos canales de Amsterdam serenos a su alrededor. Por un momento el recuerdo de la Tierra fue tan agudo que no pudo menos que estremecerse, e implorar piedad para sí mismo. Era muy duro tener que dejar los huesos en una tierra de pesadilla, cuando él no había pensado más que en hacer enterrar su cuerpo bajo la esponjosa tierra de su mundo... Duro y cruel. Sí, y cada día la Compañía debía estar cayendo más y más hondo hacia el rojo sin poder estar él para vigilarlo. Estos pensamientos le hicieron volver a la realidad.

—Dejad que esclarezca esto un poco en mi cabeza —pidió.

Se halló más a su gusto en Lannachamael de lo que lo había estado en el discurso del Drak'ho. Aquí por casualidad, la gramática y los sonidos guturales, no re diferenciaban mucho de los de su lengua madre. Ya empezaba a hablar con más soltura.

—Volvisteis de la emigración y encontrasteis al enemigo que os estaba esperando —

continuó.

Trolwen movió la cabeza con gesto de dolor.

—Sí. Itherto era conocido por nosotros de un modo vago solamente; las regiones que les pertenecen están muy al sur de las nuestras. Sabíamos que habían estado obligados a abandonar porque de pronto sus recursos. —el pescado que forma la parte principal de su dieta— sus recursos hablan alterado sus propios hábitos, cambiándoles de las aguas Draka a Achan. Pero no sabiendo que los Fleet estaban limitados por nuestra región.

El pelo largo y lacio de Rijn se movió al contestar:

—Es como la historia de nuestro mundo. En la edad media sobre la tierra, cuando las sardinas se desplazaban en bancos enormes a otros lugares, por razones incomprensibles, cambiaba también la historia de las regiones marítimas. Los reyes caían y las guerras se desarrollaban sobre los nuevos terrenos de pesca.

—Ha tenido una importancia enorme para nosotros —dijo Trolwen—. Pocos clanes en la región Sagna tienen... han tenido embarcaciones, y han pescado sus alimentos con anzuelo y con línea. Ninguno de esos Drakska lo haría, aunque supieran que iban a obtener más pescado. Pero para nuestra tribu esto tiene una importancia menos acentuada. Para ser más exacto nos regocijábamos, hace varios años, cuando la

pesca aparecía en gran cantidad en el mar de Achan. Son pescados grandes y de muy buen sabor y su aceite y sus huesos tienen muchas aplicaciones.

»En esos mares encontramos el alimento de nuestras crías y para nosotros mismos, y el trabajo que es duro no pesa sobre nuestras espaldas. Nuestros marineros han luchado contra las inclemencias del tiempo, y en algunos casos contra la debilidad de las embarcaciones, pero hemos llevado a término muchos deberes con la mayor ilusión, porque era en bien de los nuestros. Los cantos de nuestros nombres en las duras jornadas se han convertido hoy en tristeza, al pensar en que nuestros hijos puedan, como está empezando a ocurrir, a carecer mañana de los alimentos necesarios.

»Pero tal ocasión no está apropiada como para regocijarnos, como si... o, como si los grandes dioses nos hubiesen doblado en una noche nuestras crías.

Sus dedos se cerraron convulsivamente alrededor de la empuñadura de su

«tomahawks». Después de todo, era muy joven.

—Ahora veo que los dioses nos enviaron los alimentos con rabia y con desdén; pues la Fleet siguió las trazas de lo que nosotros debíamos usar como alimentación..

Van Rijn, detuvo el discurso gritando de tal modo que ahogó por un momento los rumores de lava distante.

—¡Cuernos! ¡Detente! No te manifiestes como un hombre sin cabeza, por favor... ¡ah!

Si el pescado no lo traéis en gran cantidad, ¿por qué no dejáis que los Flook puedan navegar sobre las aguas de Chan?

Sabía él, que esto no era una verdadera pregunta, sólo era un estímulo. Trolwen, deliberó consigo mismo durante unos momentos y al fin se manifestó con explosivas obscenidades antes da responder.

—Nos atacaron en el momento en que volvíamos de nuestras casas durante la primavera. Ellos habían ocupado ya nuestras líneas costeras, y aunque ellos no lo hubieran hecho, hubieseis permitido vosotros que una horda de extranjeros... cuyas costumbres son completamente extrañas... Les dejaríais que habitasen en el quicio de vuestras puertas? ¿Cuánto podría durar tal convenio?

Van Rijn asintió de nuevo.

—Suponed solamente que una nación con un gobierno de tiranía y sus gentes sucias y poco cultas fuese a pedir sobre vuestros campos que necesitaban todo cuanto teníais.

Personalmente él podía ser tolerante. En cierto modo y en algunas ocasiones, los Draconay se acercaban más a las formas de los humanos que los Lannascha. Su cultura era una consecuencia natural de la economía: Utensilios que no pasaban de lo neolítico, un gran barco lo bastante potente para llevar a varias familias, representaba una inversión de capital enorme. No era posible, en modo alguno para los individuos determinar y ganar su vida por sí mismos: estaban a merced del Estado. En tales casos el poder estaba siempre concentrado en manos de algunos aristócratas e intelectuales; entre los Draconay, estas clases se habían fundido en una.

Los Lannascha, por otra parte, más típicamente diomedanos en primer lugar, eran cazadores. Tenían muy pocos obreros de oficio especializados; los individuos podían sobrevivir, usando los útiles o herramientas construidos por sí mismos. Las bajas calorías de aquella temperatura era factor suficiente para que la caza hiciese que estas gentes se esparciesen a todo lo largo de la región, y cada pequeño grupo quedaba independiente del resto. Ellos se manifestaban con ciertas convulsiones, durante la caza por ejemplo, pero ellos no tenían que estar sacrificando día tras día hasta que caían agotados, como tos pescadores de redes o como los hombres del bosque, o los marineros de cubierta que tenían que trabajar en la Fleet; así, pues, no había una justificación económica en Lannach para las clases de jefes y vigilantes.

De este modo, su política natural era un pequeño dan que se transmitía de generación en generación. Tales grupos de sangre, casi libres e independientes del Gobierno, habían perdido la organización del gran Flook. Y la *raison d'etre*, aparte de algunos pequeños oficios que podían hacer cada uno en su casa, había tomado gran incremento en todos cuando cada uno de los diomedanos en Lannach volaba hacia el Sur en invierno.

¡O volvía para la guerra!

—Es interesante —murmuró Van Rijn medio en inglés—, entre nuestras gentes como en la mayor parte de los planetas solo la agricultura adquiere civilización. Allí ellos no construían granjas: Vosotros cazáis, cogéis frutos, cogéis granos, y hasta un poco de

pescado. Pero alguno de vosotros sabe escribir y escribe libros. Ya veo también que tenéis máquinas, casas y vestidos hechos con tejidos. Podría ser el estímulo el contacto que tenéis todos los años con gentes extranjeras en los trópicos lo que os da ideas.

—¿Qué? —preguntó Trolwen vagamente.

—Nada, me estaba preguntando a mí mismo por qué y puesto que la vida aquí es bastante fácil y puesto que tenéis tiempo para formaros y para construiros una civilización, no hacéis para conseguir bastante, comida. Os coméis todo lo que poseéis, y derribáis cuantos árboles hay en vuestros bosques. Nosotros esto es lo que llamamos una civilización fructífera allá en la Tierra, pero cuando se tiene bastante para comer.

—Nuestros números no aumentan lo suficientemente rápido —dijo Trolwen—, hace unos trescientos años a una hija de Flook se la educó para esto pero se fue a otras tierras. Perdemos muchas gentes en la emigración, ¿sabes? Por tormentas, por exhaustación, por enfermedad, por ataques bárbaros, por animales salvajes y algunas veces por el frío o por el hambre... —entonces hizo dar un zumbido a sus alas que equivalía a un encogimiento de hombros.

—¡Aja! Una selección natural. Todo esto está muy bien y es bueno si la naturaleza no te obliga a morir para sobrevivir ella, si no esto tendría un aspecto horrible de tragedia.

Van Rijn se mesaba su barbilla. Las mejillas por encima de ella habían adquirido un tono brillante.

—Así pues, esto da una noción de que hizo que vuestra raza creciese en inteligencia, invernar, trabajar o emigrar. Y si emigráis entonces ser lo suficientemente inteligentes y desenvueltos para poder luchar contra toda la clase de inconvenientes que se os puedan poner por delante.

Entonces Van Rijn resumió su ruidosa charla del siguiente modo:

—Pero nosotros tenemos que pensar en nuestros inconvenientes, especialmente en aquellos a que se refieren a mí mismo, y que no estoy dispuesto a soportarlos mucho.

¡Hum! Bueno, ahora háblame más. Hice que cundiese el pánico sobre la cubierta y que no se ocupasen de ti en aquel barco, te deje escapar y te hice venir aquí y de este modo te liberé. Ahora quieres llevar tus hogares y los de tus hombres a las tierras bajas. Y al mismo tiempo quieres desembarazarte de los Fleet.

—Luchamos muy bien contra ellos —dijo Trolwen, con cierta rudeza — podemos aún y queremos hacerlo. Había razones para comprender por qué sufrimos una derrota.

Estábamos cansados y hambrientos al volver después de diez días de vuelo. Siempre se está débil al fin de la jornada de primavera cuando se vuelve a casa. Nuestras posesiones más fuertes habían sido ocupadas. Los lanzadores de fuego de los Draska habían quemado todas nuestras defensas, y para nosotros fue imposible luchar contra ellos y lo sigue siendo por el momento por el agua, donde está su verdadera fortaleza. —Sus dientes entrechocaron con un reflejo carnívoro—. Y tenemos que sobrepasarles pronto, tenemos que acabar con ellos. Si no lo hacemos estamos perdidos. Y ellos lo saben.

—No comprendo aún muy bien esto —admitió Van Rijn—, la prisa está en que todos vuestros jóvenes han nacido al mismo tiempo, ¿no es así?

—Sí. —Trolwen avanzó desde el lugar en que se encontraba y se puso encima de los muros de Salmenbrok con un gesto lleno de rabia.

Como todos los emplazamientos de Lannascha, estaba fortificado contra los enemigos animales. No había empalizadas. Esto no hubiese tenido sentido aquí, donde todas las altas formas que tuviesen vida tenían alas. La mayor parte de los edificios estaban construidos de manera rudimentaria y de forma de las antiguas defensas terrestres. El suelo de las casas no tenían puertas y tenían simplemente unas pequeñas ventanas; la entrada se hacía por la parte de arriba o bien por una especie de escotilla sobre el techo.

Una fortificación estaba defendida no por muros exteriores, sino entrelazándolos juntos con una especie de puentes colgantes y pasajes subterráneos.

Aquí por encima de la línea de los bosques, las casas estaban construidas por unas piedras desprovistas por completo de algún relieve, y que habían sido recortadas sobre el mismo lugar, y esto abundaba más que las casas comunes que se encontraban en los clanes de los valles. Pero esta construcción estaba sólidamente hecha, y provista de un grado de confort y que indicaban cómo serían las casas de las bajas tierras.

Van Rijn dedicó mucho tiempo en admirar tales caracteres construidos todos en madera. Un torno de madera que giraba con una punta mordiente que estaba hecho de una especie de diamante cortado, y

una sierra también de madera cuyos dientes eran de vidrio volcánico renovable. Un molino de viento común chafaba algunos de los aumentos como nueces y granos salvajes y también vio otras máquinas más pequeñas y en mayor número para aplastar alimentos. Incluía su visión una gran vasija de piedra al lado de un arrecife con agua, y el agua podía volver a salir de nuevo para hacer dar vueltas al molino de viento cuando no hacía aire. Vio también un bonito ferrocarril, aunque de madera y que funcionaba por medio de hélices y por el cual discurrían pequeños coches sobre carriles que estaban construidos asimismo de madera tan dura como el hierro. Estas vagonetas llevaban pedernal y otras piedras que se cogían en canteras locales, madera de los bosques, pescado fresco de la costa, pieles y otros artículos de las tierras bajas y también mano de obra especializada de todas las islas.

Van Rijn estaba encantado.

—Eso está muy bien —dijo—. ¡Comercio! Ustedes son fundamentalmente capitalistas.

¡Ah! ¡Condenación! Creo que aún haremos negocio.

Trolwen se encogió de hombros.

—Hay casi siempre un viento muy fuerte aquí. ¿Por qué no vamos a permitir que sea él el que transporte nuestras cargas? Actualmente todos los aparatos que usted ve se tardaron muchos años en construir; no somos como esos draska que todo el trabajo se lo tienen que hacer ellos mismos.

La população temporal de Salmenbrok se arremolinó cerca de los humanos con un murmullo y un movimiento y al mismo tiempo un entrechocar de alas, mientras los pequeñuelos correteaban y se retorcían entre las piernas de los humanos y sus madres les chillaban diciéndoles que volvieran.

—¡Por mil demonios! —gritó Van Rijn—, haber si se creen que soy un político que viene a besarles el vientre.

—Venga por aquí —dijo Trolwen— hacia el Templo de los Varones. Las mujeres y los varones no pueden seguirnos, ellos tienen su propio templo.

El les condujo a lo largo de otro sendero y haciendo un reverente saludo a un pequeño ídolo que se hallaba en una urna. Por el aspecto que tenía aquel objeto había sido tallado hacía centenares de años. Los

Flook parecían tener solamente un más bien incoherente politeísmo en cuanto a las religiones y no se tomaban esto muy seriamente en estos días; pero eran tan estrictos en lo que concernía a lo ritual y tradicional, como clásicos son los regimientos británicos, cuyos rituales se parecían. Van Rijn fue tras él y miró al sendero que quedaba atrás. Las mujeres aquí tenían un aspecto que recordaba mucho a las del Fleet: Un poco más pequeñas y más delgadas que los hombres, sus alas más largas, pero sin una alzada de alas completamente desarrollada. En realidad en cuanto a las cuestiones raciales, las dos tribus se parecían mucho.

Y aún así, si todas esas gentes de la compañía. habían aprendido de Diomedes, no era una pura coincidencia, los draconay representaban una monstruosidad biológica. ¡Un imposible!

Trolwen siguió la curiosa mirada del hombre y suspiró.

—Usted puede darse cuenta ya en la situación en que se encuentran —murmuró—. La mitad de nuestras mujeres están esperando ya su próximo cachorro.

—Ejem. Ya, ese es su problema. Déjeme ver si lo comprendo bien. Vuestros jóvenes son todos nacidos en la caída del equinoccio.

—Sí, dentro de unos pocos días; son muy pocas las excepciones.

—Pero no falta mucho para que tengáis que ir hacia el Sur, y seguramente un recién nacido no puede volar.

—Oh, no, él va agarrado a su madre durante todo el camino; han nacido con brazos capaces de agarrarse muy fuerte. No hay ningún nacido del año precedente; una hembra que esté criando no queda preñada. Algún otro hijo de dos años es lo suficientemente fuerte para sobrevolar esas distancias, dan dolé períodos de descanso en los cuales el pequeñito sube en la espalda de alguien. Este es el período de Dap donde sufrimos la mayoría de las pérdidas. Los mayores de tres años necesitan solamente ser guiados y guardados: Sus alas aún no están muy adecuadas.

—Pero esto significa muchos inconvenientes para su madre, ¿no es así?

—Ella es asistida por unos miembros de un clan o de el más viejo que ha pasado ya de la niñez, pero que no es lo suficientemente viejo para sobrevivir a tan largo viaje. Y los hombres naturalmente van a la caza y a explorar, a la lucha y otras cosas.

—Así, pues, ustedes van al Sur. He oído decir que es bastante fácil el vivir allí, las nueces, los frutos y el pescado son buenos de recoger. ¿Por qué volvéis?

—Esta es nuestra casa —dijo con toda tranquilidad Trolwen. Tras un momento continuó—: Y las islas de los trópicos no podrían nunca llegar a abastecer a los millares que se reúnen allí cada invierno. En aquel momento los emigrantes están prestos a abandonar y puesto que ellos se han comido ya todo lo que tenían en la tierra.

—Ya me doy cuenta. Bueno, continuemos. El tiempo del solsticio es cuando vosotros voláis.

—Sí, entonces nos llega el deseo, ya sabes lo que es esto.

—Naturalmente —dijo Van Rijn.

No tenía intención de explicar que el módulo reconstructivo humano era como el de los Fleet. Trolwen quería imaginarse a Van Rijn gritando y pataleando sobre la tierra sólo una vez al año. Trolwen era libre de hacerlo.

—Y hay festivales y comercio con las otras tribus —el lannach suspiró—. Ya vale. Poco después del solsticio, cuando volvemos llegando aquí poco antes del equinoccio, cuando los grandes animales de los cuales dependemos, han despertado de su sueño de invierno y han engordado un poco. Ahí tienes el módulo de nuestra vida terrestre.

—Me suena un poco raro, como si no fuese demasiado gordo y viejo —dijo Van Rijn, sonándose la nariz con estrépito—. No te vuelvas viejo, Trolwen. Es tan solitario. Vosotros tenéis suerte muriendo en la emigración cuando empezáis a debilitaros, vosotros no vivís preocupados y desamparados más que con vuestras queridas memorias y recuerdos.

—Seguramente, y tal como se desarrollan los acontecimientos no es muy probable que me haga viejo —dijo Trolwen—. Estoy viendo llegar los acontecimientos y veo que no es tiempo más que de partos. Y si no se tiene comida y abrigo y todas esas cosas a punto la mayoría de los jóvenes morirán. Se les puede reemplazar —agregó Trolwen con un grado de énfasis que mostraba que después de todo no era un hombre simplemente alado y con cola. Su tono de voz se agudizó—: Pero las hembras que les llevan en su seno son de una importancia mucho mayor para nuestra fuerza. Una hembra que acabe de ser madre, debe descansar debidamente y comer lo que necesite o de lo contrario nunca alcanzará el Sur en la emigración, ¿comprendes? Y

fíjate qué tanto por ciento de nuestras hembras van a ser madres. Es una empresa ésta en que estamos metidos, de la trae depende te sobrevivencia de la nación de los Flok. Y esos cerdos draska criando todo el año como...

como pescados. ¡No!

—Verdaderamente, ¡no! —dijo Van Rijn—. Mejor será que pensemos en algo práctico rápidamente o de lo contrario yo también pasaré mucha hambre.

—Yo gasté muchas vidas de mis gentes para salvarte —dijo Trolwen —, porque todos nosotros pensamos que vosotros idearíais algo para ayudarnos.

—Bueno, el problema está —dijo Van Rijn— en que consigamos hacer llegar un mensaje a nuestras gentes en Thursday Landing, Entonces ellos vendrán aquí rápidamente, y yo les diré que barran a todos los que quiero entorpeceros.

Trolwen sonrió. Aún a pesar de la forma inhumana de su boca, fue una sonrisa sin calor y sin humor.

—No, no —dijo—. No es tan fácil. No puedo arriesgarme a enviar gentes en un loco intento para que crucen el océano. No, mientras los Drak'ho nos tengan cogidos por la, farsanta. Además, y perdona, ¿cómo sabré que tenéis interés alguno en ayudarnos una vez vosotros os sintáis a salvo?

Separó la mirada de la de su compañero, hacia la puerta de la cueva que era el Templo de los Machos. El vapor salía de la boca del templo. Dentro se hallaba la boca de un geiser.

—Yo mismo lo podría haber decidido de otro modo —añadió con rabia y en voz baja—.

Pero no tengo más que poderes limitados. El Concilio no permitirá que os ayudemos hasta que la guerra no haya acabado.

Van Rijn levantó la espalda y extendió sus manos:

—Confidencialmente, Trolwen, muchacho, en su lugar ya hubiera hecho lo mismo.

CAPITULO X

Ahora la luz se hacía más tenue. Pronto comenzarían a aparcar las luces de la noche, en cuanto el sol se ocultara bajo el mar y el cielo recordara blancos puntitos de colores.

Las dos lunas se podían ver ya tras la puesta de sol. Al mismo tiempo que Bodonis salía de su habitación, la resplandeciente Sk'huanax hacía su aparición en el horizonte y se deslizaba entre muchas estrellas hacia el lento y tranquilo Lykaris. Entre ellos, La que Espera y El que Persigue formaban un maravilloso doble puente entre las espaciosas aguas.

Rodonis había nacido en la vieja nobleza, y se le había enseñado a sonreír al culto de las Lunas. Bastante buena para los marineros comunes, que de no ser así hubiesen vuelto a sus primitivos sacrificios en las profundidades, pero en realidad, una persona culta sabía que había solamente un Lodestr. Sin embargo, Rodonis, bajo cubierta, se cubrió a sí misma con sus alas y susurró sus inquietudes a la resplandeciente madre Lykaris.

—Un canto te dedico, un canto sólo para ti, hecho por los más exquisitos poetas de los Fleet y cantado en tu honor cuando pronto te unas en matrimonio con El que te Persigue.

No te volverás a unir en matrimonio con El durante más de un año, los astrólogos me lo dijeron; habrá tiempo suficiente para crear un nuevo canto para ti que durará mientras sobrevivan los Fleet, ¡oh, Lykaris, y que sólo será así si me permites tener conmigo a mi Delp!

No se dirigió en su plegaria a Sk'huanax el Warrier, del mismo modo que un varón Drak'ho no hubiese pensado en dirigirse a la Madre. Pero ella le dijo a Lykaris con su imaginación, que no había ningún mal en recordarle y poner ante su atención el hecho de que Delp era un ser valiente que siempre había cumplido la que antes prometiera.

Las lunas brillaron. Un banco de nubes por el oeste recordaba las cimas de las montañas. Mucho más lejos se divisaba la silueta de una isla. Podía oír el ruido de los hielos hacia el norte. Era un panorama del mar grande y maravilloso; éste no era el querido verde Southwater donde el hambre dirigido a los Fleet, y ella se preguntaba si los dioses Achan permitirían nunca a los drak'honai volver a sus hogares.

El ruido de las olas, el crujir de los troncos de la embarcación, el chirriar de las cuerdas y cables que les tenían sujetos, el murmullo del viento, el balanceo, la remota queja de una flauta, y los ruidos más cercanos procedentes de la misma embarcación, ronquidos y

lloriqueos de los niños y las exhalaciones de alguna pareja satisfecha; todo esto era un alivio enorme en este frío vacío llamado el mar da Achan. Pensó en sus propios niños, dos pequeñas formas empeletadas y metidas en una camita ricamente tapizada, y esto le dio la fuerza que necesitaba. Extendió sus alas y se remontó en el aire.

Desde arriba, la Fleet por la noche no era más que el cúmulo de sombras, con el parpadeo de pequeñas luces donde algunos tripulantes trabajaban a altas horas de la noche. La mayor parte de ellos ya estaban acostados, deshaciéndose de las fatigas de un duro día de trabajo, manejando útiles y cabestrantes y bobinas, limpiando, salando y enderezando lo atrapado, plegando y desplegando las pesadas cuerdas de la embarcación, recogiendo algas y otros frutos comestibles, otros, en tierra firme, derribando árboles, dando forma y moldeando los troncos con útiles de piedra. Un miembro cualquiera de aquellas gentes tenía poco que esperar en la vida excepto los trabajos más brutales y pesados. Sus momentos de distracción eran casi tan extraños y violentos como el trabajo: los bailes, las pruebas atléticas más brutales, un constante deseo de las cuestiones amorosas, y los desgarrados cantos arrancados a pleno pulmón de sus gargantas que al mismo tiempo ingerían cantidades enormes de cerveza fabricada con cereales procedentes del mar.

Por un momento y mientras tales pensamientos cruzaban por su imaginación, Rodonis se sintió orgullosa de su tribu. Para una gran parte de nobles, un tipo de la clase baja, era un animal doméstico, con malos modales, sin un nombre, casi indecente, que había que tenerle a raya a fuerza de látigo para su propio bien. Pero volando por encuna de la gran bestia durmiente de un Fleet, Rodonis sintió un estremecimiento que se removía como una culebra por encima de ella. Estos eran los señores del mar, y los altos estandartes del Drak'ho se alzaban sobre las espaldas vigorosas de los componentes de la escuadra.

Quizá, simplemente era que los antecesores de su marido se habían elevado hasta más autos rangos desde los más humildes puestos de una embarcación no hacía muchas generaciones. Ella le había visto ayudar a los suyos muy a menudo, trabajando codo a codo con ellos en la tormenta y en la pesca. Ella se había dado cuenta de que río era una desgracia hacer los trabajos más humildes y al mismo tiempo poder flotar un barco para ella sola.

Si el trabajo era un placer para el Lodestar, como decían los libros sagrados, entonces,

¿por qué los nobles del Drak'ho lo consideraban una cosa detestable? Había algo de insano en las viejas familias, algo que desde luego no denotaba una verdadera nobleza de sentimientos. Esos sentimientos habían muerto y reemplazados por otros más bajos, centuria tras centuria. Era bien sabido que los obreros más humildes eran los que más descendientes tenían, los obreros especializados y los empleados a jornadas completas tenían menos, y los oficiales por herencia los que menos de todos. ¿Por qué el almirante Syranax no había tenido en su larga vida, más que un hijo y dos hijas? Ella, Rodonis, ya tenía dos pequeños en cuatro años escasos de matrimonio.

¿No era ésta una muestra evidente de que el Alto Lodestar favorecía a las personas honradas, que trabajaban con manos honradas?

Pero no, esos lannach'honai tenían todos un nuevo niño cada año, como maquinarias, a pesar de que muchos, de los pequeños murieran en la emigración. Y los Lannach'honai no trabajaban; en realidad no trabajaban; cazaban, se reproducían, y pescaban con sus encientes anzuelos. Eran gentes bastante vigorosas, pero nunca se sometían a un trabajo durante horas y días como un marinero Drak'ho. Y, naturalmente, sus costumbres eran verdaderamente detestables. *¡Animal!* Vigor indiscriminado y eso era todo. Para el resto de su vida el padre de su pequeño no era más que otro macho para ella —no importa que sepas quién es él de todos modos— tu mujer que no sirves para nada, de horribles modales! Y en él hogar no había modestia entre los sexos; había, incluso más distinción en las costumbres de cada día, porque ya no había más deseos. ¡Uf!

Y a pesar de todo, esos puercos Lannach'honai, hablan florecido, quizá, al Lodestar, no les importaba mucho. No, era demasiado frío un pensamiento, aquí, en el viento de la noche, bajo la cenicienta Sklmanax. Seguramente que el Lodestar había designado a los Fleet como un instrumento para destruir a esos Lannach bestiales y apoderarse de los territorios que ellos habían estado disfrutando.

Las alas de Rodonis batieron con un poco más de rapidez. La bandera del barco estaba un poco más, cerca ahora, y las torretas parecían picos de montañas en la noche.

Había muchas lámparas encendidas sobre Ja cubierta o en las silenciosas habitaciones.

Había marineros desplazándose interminablemente de una parte a otra y en todas direcciones.

La bandera del almirante ondulaba todavía sobre el mástil, lo que indicaba que éste vivía aún; pero la muerte le cercaba hora tras hora cada vez con más fuerza.

Como pájaros hambrientos de carroña, al acecho, pensó Rodonis con un suspiro.

Uno de los centinelas le silbó desde su limitada posición y se acercó. La luz de la luna se desparramaba por todos lados:

—¡Detente! ¿Quién eres?

Ella estaba preparada de antemano para tal alto conminatorio, pero de pronto, la lengua permaneció rígida en su boca. Ella no era más que una hembra, y un monstruo rugía más alto que ella.

Un golpe de viento azotó las cosas secas que colgaban de un poste: las alas de algunos oficiales marineros que ahora no tenían otras funciones que ocuparse de los remos o el timón, en el caso en que vinieran todavía. Rodonis pensó en los rojos trazos que se reflejarían en la espalda de Delp, y esto hizo que la rabia y la cólera montaran en ella hasta el punto de tenerlas que exteriorizar con un grito.

—¿En este tono hablar a una Sa Axallon?

El guardián no conocía su personalidad entre los miles de ciudadanos Fleet, pero distinguió la vestimenta propia da la clase de oficiales. Era una cosa bien sabida que nunca se había permitido que un contiendo a los trabajos más duros durante toda su vida pudiese entorpecer el camino de ese delicado cuerpo que, además, formaba parte de la alta esfera.

—¡Póstrate sobre la cubierta, condenado! —dijo con ira Rodonis—. ¡Tápate los ojos cuando te dirijas a mí!

—Yo..., mi señora —susurró él—. Yo no...

Ella se lanzó directamente hacia él. El no tema otra cosa que hacer que salirse del camino. La voz de Rodonis restalló como un látigo:

—Teniendo en cuenta, naturalmente, que el jefe de la compañía a la que pertenezcas haya obtenido mi consentimiento para que me hables.

—Pero... pero... pero...

Otros guerreros habían acudido en aquel momento, yendo de una

parte a otra en el aire, imposibilitados de hacer nada. Esas leyes existían, pero nadie las había llevado al pie de la letra durante centurias.

Un oficial sobre la cubierta mayor, se dio cuenta de la situación cuando Rodonis aterrizaba.

—Mi señora —dijo con la debida deferencia— no es muy aconsejable para una hembra sin escolta alejarse lo más mínimo y mucho menos visitar esta embarcación de terror.

—Es necesario —le dijo ella—. Tengo un mensaje para el capitán T'heonax que no puede esperar.

—El capitán se halla al lado de su honorable padre. Me temo que no...

—Serán tus dientes los que arrancará cuando sepa que Rodonis Sa Axallon haya podido provocar otro motín.

Ella cruzó la cubierta y se inclinó sobre la barandilla de borda como si estuviese vomitando su rabia por encima del mar. El oficial titubeó como si no hubiera comprendido.

Pero, de pronto, como si hubiera recibido un coletazo en el estómago exclamó:

—Mi señora. Inmediatamente... espere, espere aquí, sólo un segundo. ¡Guardia! ¡Aquí la guardia! Velad por mi señora. Cuidad que no le falte de nada.

Y desapareció.

Rodonis esperó. La verdadera prueba llegaba en este momento.

Hasta entonces no había habido problema. El Fleet estaba demasiado conmovido; sin oficiales, los marinos enfermos, ellos se hubieran negado a un nuevo levantamiento, cuando ella les hablase de ello y se lo pidiera.

El primer motín había sido muy malo. Tal horror —una verdadera revuelta contra el Oráculo del Lodestar— había sido desconocido durante más de cien años... y al mismo tiempo con el problema de una guerra entre ellos. El primer impulso había sido negar que cualquier cosa importante por pequeña que fuera hubiera ocurrido. Un penoso malentendido. Los partidarios de Delp, llegaron y se entregaron a la contienda de un modo quijotesco al mismo tiempo que se entregaban

a una lucha desesperada desprovista de lealtad para su capitán. Después de todo, no se podía esperar de unos marineros ordinarios de la clase baja que comprendiesen los más modernos principios y que el Fleet y su almirante pudiesen trascender a las situaciones de una embarcación individual.

De pronto sus lágrimas se extendieron por su rostro, recordando que Rodonis había estado hablando con Siranax y la conversación que había tenido hacía ya unos días se repitió en su memoria.

—Lo siento, mi señora —había dicho él— créame que lo siento. Se provocó a su marido, y él tenía más justicia de su parte que T'heonax, tenía más razón. En realidad, si que fue una simple lucha lo que ocurrió, que no había sido planeada, sólo una oportunidad para hacer saltar la chispa de antiguos rencores, y en las cuales, mi propio hijo era quien iba a salir perjudicado.

—¡Entonces, permita que su hijo cargue con la responsabilidad que tuvo! —dijo ella.

La blanca cabeza se movió balanceándose adelante y hacia atrás implacablemente.

—No. Tal vez él no es la persona más honesta y más responsable de sus actos en el mundo, pero es mi hijo. Y el heredero. No me queda mucho tiempo que vivir, y el tiempo de guerra no es el momento para arriesgarse en una batalla con motivo de la sucesión.

Por la salvación de los Fleet, T'heonax debe sucederme sin discusión de nadie; y, por esto, debe permanecer a la vista de todos como un irreprochable personaje de la oficialidad.

—Pero, ¿por qué no puede usted dejar libre a Delp también?

—¡Por el Lodestar, que lo haría si pudiera! Pero no es posible. Puedo dar amnistía a cualquiera, si... si lo quiero. Pero debe haber alguien que cargue con las culpas, alguien donde se cicatrice y donde recaiga el dolor de nuestras heridas. Delp tiene que ser acusado por haber imaginado e intentado un motín, y debe ser castigado, de modo que todo el mundo pueda decirlo; «De acuerdo, luchamos, habíamos luchado entre nosotros, pero toda la culpa la tuvo él, así que ahora podemos confiarnos de nuevo los unos a los otros.»

El almirante suspiró, un suspiro lleno de cansancio que salía de sus pulmones conmovidos.

—Bien sabe el Lodestar que no quisiera hacer esto. Quisiera... También os amo mucho a vosotros, y a ti, mi señora. Quisiera que volviésemos a ser amigos.

—Podemos —susurró ella— si deja libre a Delp.

El conquistador del Maion, la miró sorprendido y dijo:

—No. Y ahora ya he oído bastante.

Ella desapareció de su presencia.

Los días pasaron y allí continuaba la farsa de pesadilla del juicio de Delp y la pesadilla de la sentencia que pesaba sobre él, y la pesadilla de la espera de su ejecución. El ataque rápido de los Lannacho había sido como el momento del despertar de un febril sueño, pues era agudo real y verdadero, y el compañero de barco ya no era simplemente un enemigo furtivo sino un marinero que se enfrentaba con los bárbaros en las nubes y que azotaba a aquellas tropas haciéndolas retroceder y alejándolas de los hijos.

Tres noches después, el almirante Syranax cayó enfermo de muerte. Si no hubiese caído enfermo, Delp sería ahora un esclavo mutilado, pero en esta tensión nerviosa y en esta incertidumbre las cosas habían permanecido quietas por el momento y la sentencia aún no se había pronunciado.

En cuanto T'heonax tuviese el cargo del almirantazgo, pensó Rodonix en lo más profundo de su cerebro, ya no habría más demora. Al menos que...

—¿Quiere, mi señora, venir por este camino?

Todos ellos eran obsequiosos, los oficiales que la guiaban a lo largo de la cubierta y la introducían entre una gran pila desordenada de troncos. Sirvientes de la casa cruzaban y andaban arriba y abajo por los corredores, pasillos y ventanas que se iluminaban con lámparas, y la miraban con una especie dé terror. De cualquier modo las cosas más secretas eran siempre conocidas en aquella parte de la embarcación, y las sabían inmediatamente, como si las oliesen. Estaba oscuro, lleno de cosas y en silencio. ¡En tanto silencio! El mar nunca estaba quieto. Sólo en este momento Rodonix se dio cuenta de que ellas no habían nunca, en toda su vida, sentido ninguna atracción por el sonido de las olas y por el crujir de los troncos y de las cuerdas de las embarcaciones. Sus alas se tensaron; hubiese querido estallar en un chillido. Liberarse con un chillido.

Caminaba incómodamente.

Le abrieron la puerta. Entró, y se cerró tras ella con un sonido lleno de frialdad y de sobrecogimiento. Vio un pequeño y bien amueblado saloncito donde ardían muchas lámparas. El aire era tan denso, que casi le impedía respirar. T'heonax yacía sobre un cojín mirándola, jugando con una de los cuchillos de los terrestres. No había nadie más.

—Siéntese —dijo él.

Ella se encogió sobre su cola, con ojos interrogadores y fríos, aunque le miró de igual a igual.

—¿Qué era lo que quería decir? —preguntó él con indiferencia.

—¿Vive el almirante, vuestro padre? —preguntó ella.

—Me temo que no le quede mucho —dijo él—. El dios Aeakah'a le comerá antes del mediodía. —Sus ojos se dirigieron a donde estaba su padre—. ¡Qué larga es la noche!

Rodonix esperó.

—¿Y bien? —dijo él. Su cabeza se tiró hacia atrás con un movimiento un tanto repulsivo. Había cierta crudeza en su tono—. Dijo usted algo acerca de... otro motín?

Rodonix se irguió sobre sus pies. Enderezó su pecho y dijo;

—Sí —replicó con una voz escalofriante— la tripulación de mi marido no le ha olvidado.

—Tal vez no —replicó T'heonax— pero ellos han tenido suficiente lealtad para el almirante y no sa separaran de él, por el momento.

—Lealtad para el almirante Siranax, sí —le dijo ella— pero esto nunca faltó. Usted lo sabe tan bien como yo, lo que ocurrió no fue un motín... simplemente un movimiento de hombres que estaban en contra suya, de usted. A Siranax ellos siempre te han admirado, por no decir amado.

—El *verdadero* motín será contra su asesino.

T'heonax dio un salto.

—¿Qué quiere decir con esto? —gritó él—. ¿Quién es un asesino?

—Usted —escupió Rodonix entre sus dientes— usted a envenenado a su padre.

Ella esperó. Esperó durante un tiempo que mantuvo la respiración en su pecho. Ella no podía decir si el notable hombre violento al cual se enfrentaba la mataría por haber dicho tales palabras.

Casi lo hizo. El se tiró hacia atrás cuando su cuchillo se aproximó a la garganta de Rodonix. Apretaba con fuerza sus mejillas, y saltó sobre su cojín y se mantuvo allí al mismo tiempo con la espalda arqueada, la cola rígida, y las alas levantadas.

—Continúa —dijo él— di tus mentiras. Yo sé muy bien hasta qué punto odias a toda mi familia a consecuencia del marido sin ninguna clase de valor, que tienes. Todos los Fleet lo saben. ¿Crees que pueden creer tus venenosas palabras?

—Nunca odié a su padre —dijo Rodonix con un tanto de nerviosismo; la muerte había pasado muy cerca de ella— él condenó a Delp, sí. Yo pensé, que no tenía razón para hacerlo, pero él lo hizo por los Fleet, y yo... yo soy de un sector de oficiales también.

Debes recordar, que el día después de la batalla, te pedí que cenases conmigo para celebrar que los draconnay tuvieron que marchar.

—Así lo hizo usted —susurró T'heonax— un bonito gesto. Ahora recuerdo cuan condimentada dijeron los invitados estaba la comida. Y el pequeño recuerdo que le entregó usted a él, aquel disco brillante que pertenecía a los terrestres. Como si correspondiese a usted el entregarlo, todo aquello pertenece al almirantazgo.

—De acuerdo, pero esto fue el terrestre grueso quien me lo dio a mí —dijo Rodonix.

Ella estaba llevando deliberadamente la conversación hacia unos terrenos relevantes, buscando que ambos se calmasen—. El lo había cogido de su equipaje —me dijo—. El le llamó una moneda, un artículo de mercado entre su pueblo. Pensó que a mí me podía gustar recordarle a él con aquel objeto. Esto fue poco después de que... la avalancha... y poco antes de que él y sus compañeros se hubiesen cambiado del *Gerunis* a esta otra embarcación.

—Fue un regalo miserable —dijo T'heonax— el disco estaba bastante desprovisto de formas. ¡Va! —sus músculos se curvaron de nuevo—. Venga. Acúseme más todavía si se atreve.

—De todos modos no he sido bastante tonta —dijo Rodonix— he dejado cartas escritas, para que las abran mis amigos si no vuelvo. Pero consideremos los hechos, T'heonax. Usted es un macho ambicioso, y una de las personas que más están deseando que ocurra lo peor. La muerte de su padre hará de usted mismo un almirante, el propietario virtual de los Fleet. ¡Cuánto tiempo ha debido usted estar esperando esta oportunidad! Su padre está muriendo, azotado por una enfermedad al parecer desconocida por nuestros cirujanos: Ni siquiera una enfermedad debida a un veneno conocido, y tan feroz que le destruirá. Ahora se sabe que los atacantes no se llevaron toda la comida que tenían a bordo los terrestres; tres paquetes pequeños se quedaron aquí. Los terrestres nos advirtieron con mucha frecuencia y a todos que no deberíamos comer ni tan sólo la menor parte de sus raciones, eso sería tanto como señalarnos con la muerte. ¡Y usted, se ha ocupado de todas las cosas de los terrestres! T'heonax se irguió.

—Mentira —gritó él— yo no sé... Yo no he... Yo nunca... Podrá alguien decir que yo...

¿cualquiera podría haber hecho tal cosa como... envenenar... su propio padre?

— *De usted*, lo creerán todo —dijo Rodonix—. ¡Lo juro por el Lodestar!

—El Lodestar no le dará suerte ni protegerá a los Fleet si están mandados y a las órdenes de un parricida.

—Habrá motines sólo por esto, T'heonax.

El la miró fijamente mientras el salvajismo se reflejaba en su rostro.

—¿Qué es lo que quiere? —gritó él.

Rodonix le miró con la más fría de las miradas que nunca hubiese dirigido a nadie.

—Quemaré esas letras —dijo ella— y me callaré para siempre. Incluso me retractaré de lo que ha dicho de usted, y le defenderé si a alguien se le han ocurrido los mismos pensamientos que a mí. Pero él debe tener, a partir de este mismo momento y para siempre, una amnistía total.

T'heonax se relajó y la miró con crudeza.

—No podría luchar contra usted —dijo— podria haberla arrestado por hablar de forma tan llena de traición y matar a cualquiera que osara

hacerlo.

—Tal vez —dijo Rodonix— pero, ¿merece la pena?, podría marcharse de los Fleet y dejarnos a la merced de los Lannaconay. Todo lo que pido es que vuelva mi marido.

—¿Y por eso amenaza usted arruinar a los Fleet?

—Sí —dijo ella.

Después de unos momentos continuó:

—Usted no comprende. Ustedes los hombres hacen las naciones y las guerras y los cantos y la ciencia, todas las cosas pequeñas. Ustedes imaginan que son los fuertes, el sexo práctico. Pero una mujer vuelve una vez y otra bajo las sombras de la muerte para traer de nuevo una nueva vida. Ustedes son los duros, nosotras, tenemos que serlo.

T'heonax le dio la espalda, temblando.

—Sí —susurró él al final— sí, condenada seas. Ridícula mujer, horrible mujer, sí, puedes tener a tu marido, ahora mismo te daré una orden, en este Instante. Toma sus podridos pies y sácalos de mi embarcación antes del alba, ¿lo oyes? Pero yo no envenené a mi padre.

Sus alas se batieron en el aire llenas de poder, hasta que él se levantó hasta el techo de la embarcación manteniéndose allí y gritando:

—¡No lo maté!

Rodonix esperó.

En aquel momento ella cogió la orden escrita y salió de allí, fue hacia el puente, donde ellos cortaron las cuerdas que tenían aprisionado a Delp hyr Qrikan. El la estrechó entre sus brazos y lloró.

—Conservaré mis alas...

Rodonix Sa Axallon apretó su cresta, le habló al oído, le apretó con fuerza, le habló todas las cosas, le dijo que todo iría ahora, que volvían a casa y lloró un poco porque le amaba.

En su interior tenía un pequeño recuerdo de como el viejo Van Rijn le había dado la moneda, pero le había advertido contra... ¿contra qué había dicho...? contra metales pesados venenosos. «Para vosotros el hierro, el cobre y otros metales son objetos desconocidos. No soy un

químico; los químicos los alquilo cuando la química me es necesaria; pero creo que mejor comería arsénico que no lo que está tratando de masticar uno de vuestros niños en estas monedas».

Y ella recordó, sentada en la oscuridad, con una piedra en su mano, afilando la moneda, hasta que allí hubo las especias necesarias que pondría partí la cena del almirante.

Después, ella recordó que el terrestre no tenía tal maestría de su lenguaje. De pronto pensó con un sobresalto que él, el terrestre, podía muy bien haber dejado esta comida mortal a propósito, con la intención de que causara disgustos. Pero, ¿hasta que punto había llegado él a suponer los acontecimientos?

CAPITULO XI

Guntra de Snklan atravesó la puerta. Eric Wace miró. Tras él una sombra rara entre luces, y un cúmulo de formas inexpresivas.

—¿Sí? —dijo él.

Guntra mostró una armadura, dos metros de largo, una ligera construcción en formas de madera. Durante más de diez años ella había vigilado a cientos de mujeres y niños mientras reunían, recogían, separaban y secaban las hebras que recogían al lado del mar; formaban, tejiendo estas hebras, una especie de madera, lo llevaban a las fábricas y hacían un conjunto de todas ellas para formar el objeto deseado. Nunca se había sentido tan cansada. Sin embargo, una pequeña victoria se reflejaba en su voz cuando dijo: éste es el cuatro mil Canciller. No era su título, pero la mentalidad de los lannacha apenas podía imaginar a cualquiera que no tuviese un rango definido dentro de la organización de los Flock. Considerando la autoridad de las criaturas sin alas, parecía más natural llamarles cancilleres.

—Bueno. —El cogió el objeto de sus manos encallecidas—. Un buen trabajo. Cuatro mil son mas que nada; tu tarea está hecha, Guntra.

—Gracias —ella miró curiosamente todo lo que había a su alrededor. Era difícil recordar que no hacía mucho tiempo había servido, principalmente,. para almacenar comida.

Angrek del Trekkans llegó con un bloque de madera entre sus garras.

—Canciller —comenzó— yo... —se detuvo. Su mirada cayó sobre Guntra, que aún estaba en edad mediana y le habían considerado siempre bello. Los ojos de Guntra encontraron los suyos. Un raro brillo

se encendió en ellos. Sus alas se extendieron y él dio un paso hacia ella. Dio un salto casi imperceptible. Guntra se volvió y voló. Angrek quedó mirando tras ella, y luego arrojó el bloque de madera por el suelo y corrió.

—¿Qué demonios ocurre? —dijo Wace. Angrek se dio un golpe con su puño en la otra mano.

—¡Fantasmas! —murmuró— deben ser fantasmas... espíritus incansables que viven, siempre en todas partes... son poseedores del Drakska, y que ahora vienen a castigarnos.

Otro par de cuerpos ensombrecieron la puerta de la habitación, que permanecía abierta hacia la pálida y corta noche del verano que comenzaba. NichoIas van Rijn y Tolk, El Heraldo, entraron.

—¿Cómo va, muchacho? —preguntó Van Rijn, él estaba comiéndose una cebolla que había sacado de uno de los paquetes de las provisiones; la palidez que se reflejaba en el rostro de Wace, y, hasta en el de Sandra, por el momento no se reflejaba en Van Rijn.

Pero entonces, pensó Wace amargamente, hasta aquel momento el viejo de la barbilla aún no había hecho nada. Todo lo que hacía era pasearse y. hablar a los jefes locales y quejarse de que las cosas no iban lo bastante de prisa, todo lo rápido que él hubiera querido.

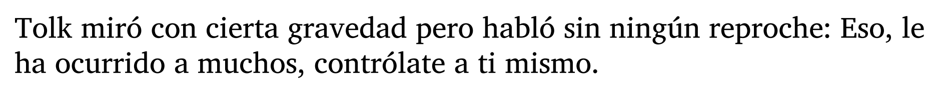
—Despacio, señor —el hombre más joven se guardo las palabras que bien a gusto hubiera querido decir. *Tú te arrastras como un gusano, y esperas volver a casa por medio de mi trabajo y de mi cerebro para luego venderme a otras factorías o dejarme perdido en algún otro condenado planeta.*

—Entonces habrá que darse prisa —dijo Van Rijn— no podemos esperar tanto tiempo tú y yo...

Tolk miró inquisitivamente y con una cierta expresión en sus ojos a Angrek. El obrero especializado estaba aún maravillado y sin comprender lo que ocurría y susurraba para sí cosas incomprensibles, al fin dijo:

—¿Qué ocurre?, ¿qué es lo que no va bien?

—El... una influencia —Angrek se tapó los ojos—. Heraldo —susurró — Guntra del Enklan estaba aquí ahora mismo y durante un momento nosotros... nos deseamos el uno al otro.


Tolk miró con cierta gravedad pero habló sin ningún reproche: Eso, le ha ocurrido a muchos, contrólate a ti mismo.

—Pero,¿qué es eso, Heraldo? ¿Una enfermedad? ¿Un juicio? ¿Qué he hecho yo?

—Esos impulsos innaturales no son desconocidos —dijo Tolk—. Ellos llegan a nosotros y se manifiestan en cada uno de nosotros de vez en cuando. Pero naturalmente, uno no habla de ello, uno se sorprende y hace lo que mejor puede para olvidar lo que ocurrió —

luego añadió—: Hace mucho tiempo ocurría bastante más a menudo. No sé por qué.

Vuelva a tu trabajo y olvida a las hembras.

Angrek se manifestó con una respiración entrecortada, cogió la pieza de madera que había traído, y se dirigió hacia Wace:

—Querría su consejo; esta forma no me parece la mejor para sus propósitos.

Tolk miró a su alrededor. Acababa de volver da un largo viaje, cruzando por encima de un vasto terreno para hablar a la tribu y para ver cómo se realizaban los trabajos.

—Se ha hecho mucho trabajo aquí —dijo.

—Sí —asintió Van Rijn con complacencia— es un ingeniero con mucho talento este amigo mío. Pero los trabajos en un nuevo planeta podrían mucho mejores si vosotros pudierais tener buenos ingenieros.

—No he llegado a completar muy bien los detalles de sus esquemas.

—Mis esquemas, mis esquemas —corrigió Van Rijn un tanto ufano— yo le dije que nos hiciera armas. Todo lo que ha hecho ha sido hacerlas.

—¿Todo? —preguntó Tolk, secamente. El miró su trabajo que estaba en sus comienzos. ¿Qué es esto?

—Un arrojador de dardos repetitivo, una metralleta le llamo yo. Mira, esta parte da vueltas en este sentido y de esta forma se pueden lograr tiros, bastante perfectos. Los dardos entran en este disco por este cinturón... de modo... y dan vueltas bastante de prisa. Dos o tres en un abrir y cerrar de ojos cuando menos. El disco está montado

perfectamente para poder apuntar en todas direcciones. Es una me ja idea verdaderamente. Creo que Miller o De camp, o algún otro lo construyó hace mucho tiempo. Pero es un objeto muy duro y muy malo para enfrentarse a él en una batalla.

—Excelente —aprobó Tolk— ¿y esto que hay?

—Y llevamos un balista. Es como las catapultas de Draco, o casi mejor aún. Esto arroja grandes piedras para romper un muro o hundir una embarcación. Y aquí, ¡aja! —Van Rijn cogió la armadura que Guntra había traído—. Esto no es un objeto que resalte mucho, tal vez, pero que significa bastante para nosotros y que no es tan útil como otras Maquinarias. Un marinero, en tierra, lo lleva a la espalda.

—Humm... si, ya veo qué clase de arnés puede hacer. Esto detiene los proyectiles que vienen desde arriba, ¿no? Pero entre tanto, nuestros marineros no podrán llevarlo mientras vuelen.

—Así es —exclamó Van Rijn— ¡desgraciadamente así es! Este es el inconveniente con vuestras tribus diomedanas. ¿Cómo creéis que podéis luchar y podéis hacer una verdadera guerra sin nada más que las fuerzas del aire, eh? Aquí, en Salmenbroe, yo me paso todos los días inculcando en la cabeza de oficiales estúpidos estas ideas y haciéndoles ver que la infantería tiene un gran papel y que desarrolla una importancia tremenda en estas guerras. Y además, que hay que crear verdaderos oficiales practicarles. ¡Pero por las entrañas de Judas, no hay tiempo para ello! En estos pocos diez días, tengo que intentar hacer lo que se necesita para ello, diez años.

Tolk asintió casi inmediatamente. Incluso Trolwen había necesitado mucho tiempo y muchas discusiones antes de meter la idea de un combate de fuerza, cuyo cuerpo principal estaba deliberadamente restringido a las operaciones terrestres. Era un concepto muy extraño. Pero el Heraldo dijo solamente:

—Sí. Veo su razonamiento. Son los puntos más fuertes los que decidirán quién tomara Lannach, las ciudades fortificadas que dominan todos los campos de la región desde las cuales nos llega la comida. Y para, poder tomar las ciudades necesitamos abrirnos nuestro propio camino.

—Usted piensa muy bien —aprobó Van Rijn— la historia de la Tierra, costó mucho tiempo a las gentes comprender que una victoria no se puede solamente alcanzar por los poderes del aire.

—Pero aún tenemos las armas de fuego de loa draska —dijo Tolk—.

¿Cuáles son los planes acerca de ellos? Mi misión, en los pasados diez días, han sido casi completamente el persuadir a las gentes fronterizas para que se unan a nosotros. Yo les comuniqué de su parte que nos podíamos enfrentar las armas de fuego, que tendríamos arrojadores de armas de fuego y armas nuestras. Mejor, tal vez, hubiese hecho en decirles la verdad.

Miró a su alrededor. La habitación donde se encontraban, convertida en una rústica fábrica, estaba demasiado llena de trabajadores alados para que él pudiese verlo todo.

Cerca, había una pila de agua tipo más primitivo, un tanto improvisada por Wace, estaba sirviendo para afilar en ella armas y tomahawk. Otra máquina, una piedra de afilar, era nueva para él: Daba forma a la cabeza de las hachas y a otras partes de ella, no tan buenas como los tipos que se hacían a mano, pero formadas de un tipo standar. Un martillo bordeaba las partes más salientes de los cantos cortantes; una sierra circular cortaba madera; una que daba vueltas por medio de cuerdas, rodaba a mayor velocidad de lo que la vista humana pudiera seguir. Todo ello formaba un complejo de maquinaria y de trabajo nunca visto en aquella tierra. Pero todo ello también hacía capaces de someterse a una lucha mucho más pronto de lo que los lannach podían imaginar y aprovisionándose de armamento mejor del que hasta ahora habían tenido y mucha más cantidad.

—Es una cosa muy notoria ésta —dijo Tolk— casi me asusta un poco.

—Esto hará que esta tierra se?, una nueva vida —dijo Van Rijn, expansivamente— no es esta máquina, o esta otra lo que ha cambiado vuestra historia. Es la idea básica que yo he introducido: Producción en masa.

—Pero el fuego…

—Nosotros entregamos sus armas de fuego. El sulfuro que ellos han cogido en las montañas Oborch, y allí hay pozos de aceite donde también han conseguidlo líquidos de arsénico muy buenos. Destilación, este es otro arte que los Drako han tenido y vosotros no tenéis. Ahora construiremos algunas armas Molotov construidas por nosotros mismos.

El humano continuó:

—Pero hay una cosa que es verdad, amigo mío. No tenemos tiempo para entrenar a vuestros guerreros a cosas a las que ellos no están acostumbrados y a estos materiales.

Pronto yo empezaré a morir de hambre, pronto vuestras hembras se harán pesadas y la alimentación debe empezar a reunirse para ellas. —El dio un suspiro patético— aunque creo que hará tiempo, mucho tiempo que yo estaré muerto cuando vuestro pueblo empiece a tener verdadero sufrimiento.

—No es así —dijo Tolk con un gesto expresivo— nos queda aún más de medio año antes del tiempo de nacimiento, es verdad. Pero nosotros estamos ya debilitados por el hambre, por el frío y por la desesperación. Nosotros hemos dejado ya de llevar a cabo ceremonias...

—¡Condenadas vuestras ceremonias! —exclamó Van Rijn—. He dicho cual es la ciudad de Ulwen la que debemos tomar primero, donde se sienta mirando altiva, Dunn Brsy y donde viven todas las bestias con cuerno, si llegamos a apoderarnos de Ulwen, tendremos bastante comida, y también un punto muy fácil de defender. Pero no, Trolwen y el Concilio dicen que debemos dirigirnos directamente hacia Matinesaeh, dejando Ulwen en manos de nuestros enemigos atrás, y luego volver directamente a Sajna Bay, donde sus embarcaciones pueden atacarnos. Pero, ¿por qué?

—Usted no puede comprenderlo —dijo Tolk con amabilidad— nosotros somos muy diferentes. Yo mismo, si la vida se ha desarrollado en el trabajo y éste ha podido conducirse y entendérselas con gentes extrañas, no puedo llegar a comprender su actitud. Pero nuestra vida esta constituía por el cielo del año. No es que nosotros tomemos a nuestros viejos dioses tan en serio como antes, pero sus ritos, la rectitud y la decencia de todo, la pertenencia...

Tenía un aspecto altivo dentro de la escondida sombra del techo donde el viento soplaba y se deslizaba por encima de las maquinarias que hablan formado en aquella dependencia.

—No, yo no creo que los fantasmas ancestrales vuelen por ahí durante las noches.

Pero creo que cuando yo doy la bienvenida al Alto Verano, en el gran rito del Mannenach, como han hecho todos mis antepasados desde que existen los Flok... entonces yo mantengo vivo al mismo Flok.

Van Rijn extendió su mano con desprecio y la dirigió hacia la barbica que había dejado crecer en su rostro. No se podía lavar o afeitarse. Y aunque lo hubiese querido, la piel humana no toleraba el Jabón diomedano.

—Yo te diré porqué tenéis todos esos ritos. Primero sois esclavos de las estaciones, mucho más que cualquier granjero sobre la tierra en nuestros viejos días. Segundo, puesto que podéis volar tanto y abandonar vuestros hogares dejándolos vacíos durante la estación de las oscuridades, los ritos es la posesión mas hermosa que tenéis. Es la única cosa que no os pesa demasiado para llevarla, con vosotros a donde queráis.

—Tal vez es así —dijo Tolk—, pero lo hecho continúa. Si hay cualquier ocasión de ensalzar al Pleno Día desde la Piedra del Mannenach, nosotros aprovechamos esa oportunidad. Las vidas extra que se pierden a consecuencia de que no se puede llevar Ja más precisa estrategia serán ofrecidas en esta guerra con contento.

—Si no nos cuesta el perder toda la guerra —exclamó Van Rijn—, demonios y condenación. Mi propio capellán en mi casa no se excita tanto y no se preocupa tanto, por las cosas que son normales. Porqué este pobre tipo joven que hay ahí estaba a punto de suicidarse, porque se excitó un poco a causa de una criada fuera del tiempo de las criadas, ¿eh?

—No se ha hecho —dijo Tolk—, aún no lo ha hecho.

El fue hacia la tienda.

Después de un momento, Van Rijn le siguió. Wace puso el punto de la discusión con Angrec, verificó las operaciones de otro modo, gritó a uno de les Jóvenes porteadores que estaba almacenando petróleo volatilizado dentro de los almacenes y salió. Sus pies eran muy pesados. Era demasiado para un hombre hacer, organizando, designando, superando y mezclándose con los inconvenientes de las armas. Van Rijn parecía pensar que era una rutina el trasladar a unos cazadores neolíticos a una era de maquinaria en unas cuantas semanas. ¡El Mismo lo tenía que haber probado! El tendría que atendérselas con aquellos seres. ¡Tendría que sudar mucha de la grasa que llevaba encima!

Las noches ahora eran tan cortas, solamente una palidez entre dos nubes rojas en el horizonte, que Wace no podía darse cuenta del transcurso del tiempo. Trabajaba hasta casi desfallecer, dormía un poco y volvía al trabajo.

Algunas veces se preguntaba si había sentido alguna vez la sensación del descanso y de la limpieza, y de la buena alimentación del confort y de la tranquilidad que se experimenta al encontrarse Mío, en algunas

ocasiones.

La mañana empezaba a despuntar por las colinas del Norte, donde una línea volcánica llena de vapores se reflejaban por todo el horizonte.

Las dos lunas estaban cayendo, cada una formando un disco aparentemente dos veces mayor que la talla de la luna terrestre. El monte Oborch mostrándose como un gran gigante en los flancos de las montañas y mezclándose entre sombras con la palidez del cielo. El viento llegó frío y tajante como una barra de hierro que se esgrimiese contra el rostro de Wace. La ciudad de Salmenbroch se divisaba a lo lejos.

El alcanzó la escalera que había construido él mismo, para poder subir por ella hacia la habitación que usaba normalmente, cuando Sandra se reunió con él al salir ésta de la torre que le servía de habitación a ella. Ella se detuvo, llevándose una mano a su rostro.

El no podía oír lo que ella estaba diciendo a consecuencia del aire. Wace se acercó a ella.

—Le ruego me disculpe, mi señora, no he podido comprender lo que decía.

—Oh... no era nada Wace. —Sus ojos verdes se encontraron con los de él, pero él vio que sus mejillas estaban coloradas, sólo dijo—: Buenos días.

—Lo mismo le deseo —él mostraba unas grandes ojeras—, no le he visto desde hace mucho tiempo, mi señora. ¿Cómo está usted?

—No puedo descansar —dijo ella—, me siento muy desgraciada. ¿No le importaría conversar un poco conmigo?

Ellos abandonaron el lugar donde se habían encontrado y se dirigieron hacia delante a través de la maleza que había por el suelo. Por encima de ellos en los muros había unos centinelas, pero éstos eran solamente seres, que vigilaban a otros impersonales esperando al enemigo desde el aire. Wace sé dirigió a Sandra:

—¿Qué ha estado haciendo? —preguntó él. —Nada que merezca la pena. ¿Qué puedo hacer? —Ella bajó la cabeza y miró a sus manos—. Trato de hacer algo pero no tengo medios, yo no estoy preparada como usted o como Van Rijn.

—¿El? —exclamó Wace—. Esto... —se detuvo arrepintiéndose de sus palabras—.

Bueno ya es bastante con tener a mi señora presente.

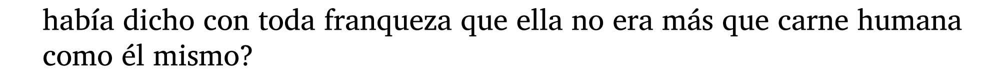
—¿Por qué, Freeman? —Ella se rió con un placer mitad divertido, y nada burlesco.

Nunca pensé que usted fuese tan galante en sus palabras.

—Nunca he tenido mucha oportunidad de serlo mi señora —murmuró él demasiado cansado y desprovisto de fuerzas para mantenerse en guardia.

—¿No?

Ella le miró de medio lado. El viento desbarataba sus cabellos y deshacía pequeños rizos de él. Ella aún no estaba azotada por el viento y el cansancio, pero los huesos de su cara se hacían mas visibles; había una cicatriz en una de sus mejillas y sus vestidos estaban confeccionados de una forma bastante rústica cosidas por un sastre que nunca había visto una forma humana antes. Pero de cualquier modo vestida de esta forma o al modo de una reina, ella le parecía a él más bonita que nunca. ¿Tal vez porque estaba más cerca? ¿Por qué le


había dicho con toda franqueza que ella no era más que carne humana como él mismo?

—No —dijo él entre dientes.

—No comprendo —dijo ella.

—Le pido perdón mi señora, estaba pensando en voz alta. Es una mala costumbre.

Pero uno lo hace en estos mundos fuera del círculo humano. Usted ve a los pocos hombres que le acompañan tan frecuentemente que ellos dejan de significar una compañía; uno se separa de ellos. Y naturalmente estamos siempre desprovistos de las maneras y costumbres más usuales, de modo que uno tiene que valerse por sí mismo y hacer varios trabajos, tal vez durante semanas enteras. Pero ¿por qué estoy diciendo todo esto? No lo sé. ¡Dios mío qué cansado estoy!

Se detuvieron en un pequeño montículo, a sus pies se abría un arrecife que estaba cortado a pico un centenar de metros hasta que iba a terminar en la blanca espuma de un río. Al otro lado del cañón había montañas y montañas, mientras sus nieves se derretían al sol. El viento llegó de nuevo y azotó el rostro de los seres humanos.

—Ya me doy cuenta. Sí, el sol sale para mí. —Sandra le miró con ojos graves y serenos— usted ha tenido que trabajar muy duramente durante toda su vida. No ha habido tiempo en usted para los placeres, para los finos modales y la cultura. No es así?

—No he tenido nunca un minuto de tiempo, mi señora —dijo él—, nací en un sitio apartado, a un kilómetro del viejo Tritón Docks. Nadie excepto los más pobres vivirían tan cerca de un puerto del espacio, del tráfico, los ruidos y el murmullo de los terrestres; sin embargo uno se acostumbra hasta que esto llega a formar parte de uno mismo y se mezcla en sus huesos. La mitad de mis compañeros han muerto o están en la cárcel, creo; la otra mitad están luchando y manteniéndose en trabajos no muy especializados, bastante sucios y que nadie quiere. No sienta conmiseración por mí. Yo fui muy afortunado. Entré de aprendiz en una casa comercial cuando tenía doce años. Al cabo de dos años pude ponerme en contacto con gentes que me dieron un trabajo sucio y duro, pero un trabajo para mí mismo. Esto fue en una embarcación del espacio, una expedición a Rhiannon. Aprendí por mi mismo un poco para los momentos difíciles, y me perfeccioné en el resto de las cosas que yo ya creía saber, y entonces llegué a alcanzar

un trabajo mejor y más descansado. Y así continuamente y continuamente, hasta que me pusieron al cargo de este trabajo fuera de la Tierra, un trabajo que pueda en su tiempo ser provechoso pero que hasta ahora no lo ha sido mucho. Pero siempre una escala, así, pues, aquí estoy en la cima de una montaña, con todos los diomedanos abajo, y quién sabe qué ocurrirá luego.

El movió la cabeza con cierta violencia preguntándose por qué todo lo que había encerrado durante mucho tiempo lo había dicho en este momento. Estando él tan cansado y extenuado, era como una borrachera. Pero ahí había algo más que esto... no, él no estaba buscando conmiseración... ni trataba tampoco de que ella pudiese llegar a comprender. Pero y si ella lograse comprenderle?

—Usted volverá a la Tierra —dijo ella tranquilamente— usted es de la clase de hombres que siempre sobreviven.

—Tal vez..

—Es algo heroico, lo que usted ha hecho ya. —Ella separó la vista de él, hacia las nubes que se movían alrededor de los picos del Oborch—, No estoy segura que pueda haber algo que le detenga a usted. Excepto usted mismo.

—¿Yo?

El empezaba a encontrarse embarazado, y deseaba hablar de otras cosas. El empezó a mesarse su barba rojiza.

—Sí, ¿qué otro podría? Usted ha llegado tan lejos y tan de prisa. Pero ¿por qué no se detiene? ¿Pronto? Tal vez aquí en esta montaña, usted no debe preguntarse a sí mismo hasta qué punto merece la pena ir lejos en la vida.

—No lo sé. Yo creo que se debe ir tan lejos como sea posible.

—Por qué, ¿es que es tan necesario convertirse en algo grande? ¿No es bastante ser libre? Con su talento y con su experiencia usted puede hacer mucho dinero, en muchos planetas donde los hombres permanecen más en sus casas que aquí. Como Hermes por ejemplo. En esta lucha por ser rico y poderoso, no es principalmente que usted quiere alimentar y dar cobijo al pequeño muchacho que una vez gritaba por hambre y por sueño allá en Tritón Docks. Pero a ese pequeño muchacho usted nunca podrá darte confort, amigo mío, hace mucho tiempo que murió.

—Bueno... no lo sé... creo que un día tendré una familia. Yo quiero darle a mi esposa algo más que una vida normal; quiero dejar a mis niños y a mis nietos con bastantes posibilidades para que continúen en la vida, para que ellos puedan mantenerse en el mundo y separarse de él si lo quieren.

—Sí. Así es. Creo que así es...

El vio antes de que ella separase su mirada de él, cómo la sangre había subido hasta sus mejillas.

—Tal vez los viejos duques de Kermes eran así. Sería algo extraordinario si tuviésemos todo un grupo de hombres como ellos de nuevo. Sería algo comenzó a andar rápidamente hacia abajo. Bueno ya maravilloso tener hombres así —de pronto ella dijo—.

Mejor es que volvamos, ¿no?

El la siguió, poco concentrado en el terreno que estaban pisando.

CAPITULO XII

Cuando los lannascha estuvieron prestos para la lucha, fueron llamados a Salmenbrok por los Silbadores de Tolk, hasta que el cielo se oscureció con sus alas. Entonces Trolwen se abrió camino a través de un hervidero de guerreros hasta Van Rijn.

—Seguramente que los dioses están hastiados de nosotros —dijo amargamente— casi siempre, en este tiempo del año hay fuertes vientos del Sur. Entonces señaló hacia los cielos que permanecían inmutables. Conoce usted algún injurio, algún método para hacer levantar aunque sólo sea pequeños soplos de aire. El mercader miró un tanto hastiado.

Estaba sentado en una mesa que ellos habían construido en una especie de cabaña que ellos habían edificado al otro extremo de la ciudad, puesto que él rehusaba subir escaleras o dormir en una cama húmeda, discutiendo con el capitán del Cuerpo Syrgen por un asunto de piedras preciosas que eran un medio de cambio local.

—Bueno —exclamó— y por qué tiene usted que extender su cola...? ¡ah, siete! No, por todos los demonios, recuerdo, aquí siete no es un buen número. Bueno probaremos de nuevo. Los tres dados con los que especulaba el asunto de piedras preciosas con el capitán Syrgen se movieron de nuevo entra sus manos y fueron al otro lado de la mesa.

—Hum, hum, siete otra vez. —Volvió a coger los dados y exclamó—: ¿Nos lo jugamos a doble o nada?

—¡Los tragadores de fantasmas se lo lleven! —Syrgen se levantó— usted ha estado ganando demasiado a menudo a mi parecer.

Van Rijn se levantó lleno de ira y exclamó:

—Por todas las furias o retiradas, eso o...

—No dije nada que pudiera herirte —le dijo Syrgen fríamente.

—Pero lo significante. Me has insultado, a mí.

—Ya vale —se interpuso Trolwen—. ¿Qué es lo que piensan que es esto, una fiesta?

¿Una sala de juego? Terrestre, todas las fuerzas de lucha de Lannach están concentradas ahora en estas colinas. No podemos alimentarles aquí durante mucho tiempo. Y además, con las nuevas armas que llevan en los carros de combate no podemos movernos hasta que no haya un viento del Sur. ¿Qué podemos hacer?

Van Rijn miró a Syrgen.

—Dije que me insultó. Y yo no tengo la imaginación muy presta cuando se me ha insultado.

—Estoy seguro de que el capitán se excusará por cualquier ofensa que le haya dicho con falta de intención —dijo Trolwen taladrándoles con la mirada.

—Verdaderamente —dijo Syrgen—. El habló entre dientes.

—Así me gusta —dijo Van Rijn, mesándose la barba—. Y luego para probar que vosotros no ponéis en duda mi honestidad, tiraremos los dados una vez más, ¿no es así?

Doble o nada.

Syrgen cogió los dados y los tiró sobre la mesa.

—Ah, un seis tiene —dijo Van Rijn— no es muy fácil de vencer esta tirada. Creo que he perdido de nuevo. No es muy sencillo ser un pobre hombre cansado, alejado de su tierra y de sus gatos siameses que son todo lo que le queda por amar en el mundo, aparte del dinero. ¡un... ocho! Un dos, un tres y un tres! ¡Bien, bien, bien!

—Dije que ya vale —dijo Trolwen, no dejándose llevar por el mal humor por muy poco.

Las nuevas armas son demasiado pesadas para nuestros porteadores. Tienen que ir por la vía. Sin viento, ¿cómo podremos transportarlas hasta Sarnabay?

—Muy simple —dijo Van Rijn contando las piedras— hasta que tengamos un viento favorable, ata cuerdas a los carros y que empujen todos los guerreros jóvenes.

Syrgen estalló:

—Un macho perteneciente a la clase libre empujara un carro como un… como un chrakal —Se dominó a sí mismo y continuó—: Eso no se ha hecho, nunca.

Hay mucho trabajo que hacer. Nuestra mayos fuerza está en la ciudad. Ahora que tenemos que. destruir todas las puertas y sacar de la ciudad al enemigo casa por casa y de habitación por habitación. Tú te quedarás aquí.

—¡Yo no!

Wace hizo una seña con el dedo pulgar a Angrek.

—Designa una escuadra para llevar a la señora hacia los carromatos —dijo en todo conminativo.

—No —gritó Sandra.

—Es demasiado tarde —dijo Wace— ya había calculado esto antes de que hubiésemos abandonado Salmenbrok.

Ella le dedicó unos de nuestros, pero al fin, con más calma se inclinó y murmuró en voz baja al viento y al murmullo de la batalla.

—Vuelve salvo, amigo mío.

El condujo a los guerreros hacia la torre.

Luego ya no tuvo un recuerdo más exacto de la lucha. Era una operación de mucha sangre, de hacha y cuchillo, a puños y diente, con las alas y con la cola, en los estrechos túneles y en las habitaciones como cavernas.

Recibió golpes y también los dio. Una vez durante varios minutos,

yació inconsciente y también en otra ocasión condujo un ataque triunfal hacia una gran amplia habitación donde se hallaba un grupo inmenso de enemigos los cuales batieron. El, no llevaba armas ni tenía alas, pero era más pesado que cualquier diomedano, y sus golpes raramente tenían que repetirse.

CAPITULO XIII

Los lannascha tomaron Mamenach porque ellos habíanse entrenado bastante para hacerse buenos luchadores en tierra, o al menos tener un concepto de la batalla con alas inmovilizadas. Era como revolucionar los distintos diomedanos la idea de luchar con los dientes solamente, con las manos vendadas. Sin estar preparado para ello, los draconay corrieron como ratas hacia los túneles en busca da cielo abierto.

Unas cuantas horas más tarde, destrozado por el cansancio, Wace subió hacia uno de los tejados al otro extremo de la ciudad. Tolk, se sentó allí esperándole.

—Creo... que hemos... terminado con todo —dijo el humano.

—Pero aún no es bastante —dijo Tolk con cierta amargura— mira la bahía.

Wace miró y vio el parapeto que se presentaba ante él. Ya no había embarcaciones, ya no había embarcadero, ya no había murallas en la contención de aguas; todo se había reducido a una inmensa humareda negra. Pero las embarcaciones y las canoas del Drako se habían metido en los canales, formando un puente para alcanzar la tierra; y por encima de estos marineros estaban intentando de! reconstruir las catapultas y los arrojadores de armas.

—Ellos tienen un comandante demasiado bueno —dijo Tolk—, él ha acogido la idea demasiado pronto, de que nuestros métodos tienen también sus debilidades.

—¿Qué es... lo que va... a hacer Delp? —dijo Wace.

—Espera y verás —sugirió el heraldo—. No hay manera de que nosotros podamos hacer nada.

Los draconnay eran superiores aún en el aire. Mirando arriba hacia el cielo, nubes de lluvia que llevaban consigo agua sangrienta, Wace les vio moverse para envolver el aire de Lannacha.

—¿Ves? —dijo Tolk—, es verdad que sus tropas volantes no pueden hacer mucho contra nuestra infantería, pero el jefe enemigo se ha dado cuenta de que la conversión también es verdad.

Trolwen era un táctico demasiado bueno para dejarse sorprender por tales cosas.

Luchando centímetro a centímetro sus tropas volantes retrocedían.

En la tierra cubierta por el constante bombardeo de los arqueros de las embarcaciones, los marineros estaban emplazando su artillería móvil. Ellos tenían más que los lannascha, y eran mejores tiradores. Unas cuantas cargas de infantería hicieron estallar una ruina de sangre.

—Ellos no poseen nuestra maquilaría de artillería, naturalmente —dijo Tolk—, pero de este modo nosotros no tenemos bastantes hombres para poder compensar la diferencia.

Wace miró a Angrek que se había reunido con ellos.

—No te quedes ahí —gritó—. Ve abajo y conduce a nuestra tribu. Debemos atrapar a esos condenados, lo podemos hacer, te lo digo yo.

—Teóricamente, sí —Tolk asintió inclinando la cabeza— puedo ver dónde una persona sobre la tierra, tomando ventaja puede abrirse camino a través de esas catapultas y de ésas armas arrojadoras de llamas, y de los guerreros que manejan el tomahawk. Pero en la práctica, bueno, no tenemos tales posibilidades.

—Entonces. ¿Qué harías? —susurró Wace.

—Consideremos primero lo que posiblemente ocurrirá —dijo Tolk—. Hemos perdido nuestros carromatos, si no los capturan los incendiarán en seguida. Así, pues, nuestras reservas están agotadas. Nuestras fuerzas han sido separadas en dos, y han arrojado de aquí a nuestras patrullas volantes, no nos queda mucho. Trolwen no puede reunirse nuevamente con nosotros, puesto que está en un número mucho más bajo de hombres.

Pero no podemos enfrentarnos con su artillería.

—Sin embargo —continuó—, si continuamos la lucha, debemos arrojar todas nuestras armaduras y nuevas armas y volver a las tácticas convencionales del aire. Pero esta infantería no está bien equipada para un combate normal. Tenemos pocos arqueros por ejemplo. Delp necesita solamente albergarse en las embarcaciones

detrás de las armas de fuego, pero su número de hombres es más grande y nosotros seremos incapaces de tocarle. Entretanto él nos tendrá cercados aquí, separados de alimentos y material.

Estaremos asediados. Todos estos excesos de víveres de guerra han quedado en Salmembroc y allí no tienen ninguna utilidad. Y además, posiblemente llegarán refuerzos mayores de los Fleet.

—Al demonio con eso —exclamó Wace— tenemos la ciudad, ¿no es así? Nosotros podemos tenerla y mantenernos en ella contra ellos hasta que nos pudramos.

—Y qué comeremos mientras ellos se estén pudriendo —dijo Tolk—. Tú eres un buen hombre del espacio terrestre, pero no un estudiante de la guerra. El hecho frío es que, Delp se las arreglara para separar nuestras fuerzas, dividirlas en dos o en más, y entonces habrá ganado. Yo propongo que partamos nuestras pérdidas retirándonos ahora, mientras podemos todavía hacerlo. Y entonces de pronto sus modales se interrumpieron, se detuvo y se cubrió los ojos con las alas. Entonces Wace se dio cuenta de que el heraldo se había hecho viejo.

CAPITULO XIV

Había baile sobre la cubierta, y unos cantos llenos de júbilo que se extendían a lo largo de Sarnabay por las desplegadas colinas. Arriba y abajo y todo alrededor, dentro y fuera, los pies y las alas hacían temblar los maderos de la embarcación. Arriba, sobre uno de los mástiles, un tañedor de flauta hacía salir su melodía; abajo un gran tambor de los grandes mares que hacía ver la paz a los remeros, ora hacía oír un ritmo lleno de ecos zumbantes.

En un anillo de cuerpos de alas plegadas, sudor de cuerpos y ojos que miraban hacia el cielo, un marinero teniendo estrechada a su hembra, mientras un centenar de voces profundas hacían oír el canto:

Una navegación, una navegación.

Una navegación hacia el mar del oso,

bonita muchacha, extendiendo tus alas brillantes como un sol y navega conmigo.

Delp se paseó sobre la popa del barco y miró hacia su tripulación.

Rodonix tomó del brazo a su marido y lo apretó con fuerza.

—Quisiera —dijo ella.

—¿Si?

—Algunas veces... oh, no es nada...

El par que danzaba al son de la flauta y otra pareja se acercaba para bailar también en el mismo lugar.

—Algunas veces quisiera poder ser como ellos.

—Y vivir en la cubierta del barco —dijo Delp secamente.

—Bueno, no, claro que no...

—Hay un precio en el apartamento, y los sirvientes, y los brillantes vestidos, y el lujo —

dijo Delp. Sus ojos se volvieron pálidos—, estoy a punto de pagar algo más por ello.

Su cola golpeó brevemente la espalda de su esposa, y entonces él batió las alas y se levantó en el aire. Una docena de machos armados le siguieron. Lo mismo hicieron los ojos de Rodonix. Bajo los muros castigados de Manenak, las embarcaciones del Draco yacían llenas de seres, el desorden de la guerra que no había limpiado para disfrutar de la casi dura victoria. Sólo, unos cuantos guerreros permanecían alertas, aunque ninguno de ellos necesitaba advertir mucho en el caso de que hubiese un ataque. Era una gloria para los marineros de la embarcación del Fleet, borrachos y con una mujer en sus rodillas que pudiesen prevenir para la lucha y luchar si hacía falta contra tres de los enemigos. Delp, volando a través de las aguas calmadas, bajo un alto cielo sin nubes, se encontró a sí mismo sopesando el precio moral de tal orgullo contra el hecho práctico de que un lannascha luchara con, gran fuerza, como si se hubiesen metido en él diez demonios.

Un grupo de canoas ligeras flotaba a lo lejos. Los draconnay esta vez habían ganado, el standar del almirante flotaba desde un mástil engalanado. T'heonax, había venido a la rectificación urgente de Delp, en lugar de hacerle ir a él mismo a la parte principal de los Fleet, lo cual podría significar que T'heonax estaba preparado para enterrar el viejo odio.

(Rodonix no le diría nada a su esposo de lo que había pasado entre ellos, y él no le conmino a hacerlo; pero era perfectamente obvio que ella había forzado el perdón del heredero en cierto modo).

Seguramente era mucho más obvio que el nuevo almirante había venido a echar un vistazo al capitán en el cual no confiaba, el cual había desbaratado las cosas dando la vuelta a las órdenes que había recibido aunque sólo fuese por obtener una victoria más importante. No era desconocido por un comandante de campo con tal prestigio izar la bandera rebelde y tratar de alcanzar el Almirantazgo.

Delp, que no tenía respeto para T'heonax, pero sí una reverencia positiva para el cargo que desempeñaba soportó aunque con cierta amargura esta imputación.

El aterrizó sobre la parte posterior del banco como estaba prescrito y esperó hasta que el Cuerno de la Bienvenida sonara en el aire. Esto tardó más de lo necesario en llegar.

Con cierta rabia, Delp se acercó y se postró.

—Levántate —dijo T'heonax en tono indiferente—. Mis mayores deferencias por tu éxito. Ahora querrías conferenciar un poco conmigo? —Entonces dio unos golpecitos con la pata, en el suelo—, por favor, hazlo.

Delp, miró alrededor hacia los rostros de los oficiales, los guerreros y la tripulación.

—En privado con los consejeros de más prestigio del almirante si a él le place —dijo él.

—¿Oh? Crees que lo que tienes que decir es tan importante? —T'heonax miró a un joven aristócrata que se hallaba cerca de él y le hizo un gesto con los oíos.

Delp, extendió sus alas recordó dónde estaba y asintió. Su cuello estaba tan rígido que le dolía.

—Sí, señor, así lo quiero —y salió.

—Muy bien.

T'heonax caminó con cierta soltura hacia su camarote.

Era bastante amplio para cuatro, pero sólo los dos hombres entraron con la joven corte de favoritos, que se extendieron en el suelo y cerraron loa ojos con un gesto de respeto.

—¿No quiere consejo el almirante? —preguntó Delp.

T'heonax sonrió.

—Así, pues, tú no intentas darle tu propio consejo, capitán.

Delp, contó mentalmente hasta veinte, apretó los dientes con toda su fuerza y luego dijo:

—Como quiera el almirante. He estado pensando en nuestra propia estrategia, en nuestra estrategia básica, y la batalla aquí casi me ha asustado.

—Almirante, yo... no importa. Mire aquí señor.

—No sabía que fueses temeroso. el enemigo llegó aquí y estuvo a punto de batirnos.

Ocuparon la ciudad. Hemos capturado armas de las que el enemigo trajo iguales o tal vez superiores a las nuestras incluyendo algunas otras que nunca he visto o he oído acerca de ellas, y además en cantidades increíbles, considerando por otra parte el corto período de tiempo que necesitaron para construirlas. Entonces también, ellos tenían estas tácticas abominables, en lo que a la lucha en tierra se refiere, no como una cosa incidental, como cuando nosotros tomamos las embarcaciones enemigas, sino como la parte principal de su esfuerzo.

—La sola razón que hay para que ellos perdiesen, fue la insuficiente coordinación entre la tierra y el aire, y la insuficiente flexibilidad. Ellos tenían que haber estado prestos para desembarazarse de sus corazas y entonces lanzarse al aire en un equipo de escuadrones perfectos atendiendo a una simple orden.

—Yo no creo que ellos dos cuiden este error si nosotros les damos otra oportunidad.

T'heonax frotó sus uñas contra su brazo y se las miró con cierta atención.

—No me gustan los pesimistas —dijo.

—Almirante estoy intentando solamente desestimarles. Está muy claro que ellos obtuvieron todas estas nuevas ideas de los terrestres. ¿Qué otras cosas pueden llegar a conocer los terrestres? ¿Y hasta qué punto podrán enseñarles?

—Hum. Sí. —T'heonax levantó la cabeza. Un momento de

incertidumbre y de inquietud se reflejó en su mirada.

—Es verdad. ¿Qué propones?

—Ahora en este momento están fuera de cuenta —dijo Delp con cierta avidez— estoy seguro de que el momento en que se han hallado les ha desmoralizado. Y naturalmente ellos han perdido todo el equipo pesado. Si les pegásemos duro ahora podríamos terminar la guerra. Lo que debemos hacer es infringirles una decisiva derrota a la armada total. Entonces ellos tendrán que abandonar, dejarnos, y decir que la nación, es nuestra, o morir como insectos cuando llegue el tiempo del nacimiento.

—Sí. —T'heonax sonrió de un modo placentero— como insectos. Como sucios, como puercos insectos, no les dejaremos emigrar, capitán.

—Ellos se merecen esta suerte —protestó Delp.

—Esta es una cuestión que hay que estudiar mucho, capitán, para que yo pueda decidirla y tomar una determinación concreta.

—Yo... lo siento, señor —después de un momento, añadió—: pero querrá el almirante, si es así, asignar el grupo total de nuestras fuerzas de lucha a algún oficial relevante, con órdenes tajantes da dar caza a los laconnay?

—¿Tú no sabes exactamente dónde se encuentran ellos?

—Podrían estar casi en cualquier parte de las tierras altas, señor. Así es, y de este modo tenemos algunos prisioneros, que podemos hacer que nos guíen y darnos alguna información. Los espías dicen que los cuarteles generales están en un lugar llamado, hum, Psalmenbrox, pero naturalmente ellos pueden mezclarse en aquellas tierras.

—Delp se movió inquieto. Para él, cuyo mundo había sido solamente las Islas y el horizonte llano, tenían cierto horror a las escabrosas montañas, había en esas montañas infinitos lugares donde poderse encontrar, ésta no sería una campaña fácil.

—Y ¿cómo te propones llevar a cabo todo esto? —preguntó T'heonax con cierto malhumor. No le gustaba que se le recordase al final de haberse librado una victoria y de haber tenido una buena cena, que había mucha muerte frente a él.

—Forzándoles a encontrarse con nosotros en un sitio claro, señor, sin

montañas y a cielo abierto. Quiero llevar a nuestra fuerza principal la más potente de lucha, y algunos guías nativos que veneran a ayudarnos a ir de ciudad en ciudad en aquellas latitudes, desmoronando sistemáticamente cuanto se presente a nuestro paso, quemando los bosques y llevando a cabo la guerra de esta forma. No dándoles oportunidad para subsistir en sitios de los cuales ellos dependen para alimentar a sus hembras y a sus niños. Más pronto o más tarde, y probablemente más pronto, ellos tendrán que coger a cada mecho y venir a enfrentarse con nosotros. Entonces será cuando les destrozaremos.

—Ya veo —asintió T'heonax. Y luego, con una cierta mueca añadió—: ¿y si ellos te destrozan a ti?

—No lo harán.

—Está escrito que el Lodestar brilla, pero no simplemente para una nación.

—El almirante sabe que hay siempre algún riesgo en la guerra. Pero estoy convencido que hay siempre algún riesgo en la guerra. Pero estoy convencido que hay menos peligro en mi plan que permanecer aquí esperando que los terrestres pongan en perfeccionamiento algún nuevo método endemoniado para destruirnos.

El dedo índice de T'heonax se dirigió hacia Delp.

—¡Aja! Te has olvidado de que su comida se terminará pronto. Los podemos tener, a los terrestres, como algo descontado.

—Me pregunto...

—Tranquilízate —gritó T'heonax. Al cabo de un momento continuó—: No olvides que esta fuerza expedicionaria enorme, que pretendes llevarte, dejaría a los Flet indefensos. Y

sin los Flet, las embarcaciones, y hasta incluso nosotros mismos, estamos deshechos.

—Oh, no temáis el ataque, señor —comenzó Delp con una voz calurosa.

—¿Temer? —T'heonax hizo un gesto de desagrado—. Capitán es una traición pensar que el almirante es un... no es lo suficientemente competente.

—No quise decir…

—No tendré muy en cuenta este asunto —dijo T'heonax con cierta calma— sin embargo podrías muy bien inclinarte ante mí, implorando perdón, o abandonar mi presencia.

Delp se irguió. Sus labios se apretaron el uno contra el otro, y el recuerdo de todos los que rabian sucumbido en la lucha hizo que las lágrimas se apretasen en su garganta.

T'heonax ante la mirada y la prestancia de Delp se encogió, y se prestó para pedir ayuda.

Muy despacio, Delp se dominó a sí mismo. Hizo acción de marchar. De pronto se detuvo. Los puños apretados y las membranas de sus alas con un sudor de sangre.

Como una máquina mal concebida, Delp cayó.

—¿Y bien? —sonrió T'heonax de pronto sobre el vientre.

—No.

—Yo me inclino —murmuró— comeré lo que tú no quieras. Declaro que mis padres eran los esclavos de tus padres. Como un pescado que no vale nada, suplico tu perdón.

T'heonax se envaneció. El hecho de que Delp hubiese sido tan inteligentemente atrapado entre su ruego y su deseo para servir a los Flet, lo hizo todo más dulce.

—Muy bien, capitán —dijo el almirante cuando la ceremonia hubo concluido— alégrate de que yo no haya hecho que esto ocurriera públicamente. Ahora hazme saber tu disposición, lo que tú pretendes. Creo que estabas diciendo algo acerca de una protección de nuestras embarcaciones.

—Sí… sí, señor. Estaba diciendo… que las embarcaciones no tienen por qué temer al enemigo.

—¿De verdad? Verdaderamente, ellas yacen muy bien en el mar, pero no demasiado lejos para poderlas alcanzar en pocas horas. ¿Qué hay que se pueda defender de la armada de los Flok, que sea desconocido a ti, en las montañas, y que si ellos nos atacaran tú no pudieses venir en nuestra defensa antes de que el ataque hubiese concluido?

—Sólo quería que eso ocurriera así, señor. —Delp recobró un poco de entusiasmo—, pero me temo que el que nos conduce en la lucha no es estúpido. Puesto que cuando...

quiero decir... en ningún momento en la historia naval, señor, ha habido una forma volante, que no se haya apoyado en las tropas de agua y que no haya sido, capaz de salvaguardar al mismo tiempo a la embarcación. Cundo más y siendo muy costoso, para ellos, han podido capturar una o dos embarcaciones... temporalmente, como en la escaramuza que hubo cuando el robo de los terrestres. Luego los otros bajeles se movieron y entonces ellos se alejaron. ¿Lo ve, señor? Las tropas volantes pueden hacer uso de las armas pesadas de guerra: Catapultas y arrojadores de fuego, y otras armas, que por sí solas pueden reducir a una organización naval. Donde quiera que la tripulación de las embarcaciones pueda permanecer bajo los abrigos del fuego que llega desde arriba, allí también habrá fuerzas volantes para desterrar, les.

—Naturalmente —asintió T'heonax— todo esto es tan obvio como que yo estoy desperdiciando mi tiempo. Pero mi idea es, yo me doy cuenta, que un pequeño grupo de guardias sería suficiente para soportar un ataque lannacho de cualquier clase.

—Y si tenemos suerte de mantener al enemigo fuera del mar hasta que yo llegue con nuestras fuerzas principales. Pero como dice, señor, ellos deben de ser lo suficientemente inteligentes para no intentarlo.

—Eso es comprometerse mucho, capitán —murmuró T'heonax— quieres decir, pretendes, no pretendes, no precisamente que yo te deje ir a las montañas, sino que te ponga al mando de ellas.

Delp inclinó su cabeza y dejó caer sus alas.

—Pido mis excusas, señor.

—Creo... sí, creo que sería mejor que te quedases aquí en Manenak con la flotilla que te corresponde.

—Como quiera mi almirante. No obstante quiere tener en cuenta mi plan?

—¡Que Acak'ha te coma! —espetó T'heonax— no siento ningún amor por ti, Delp, como sabes; pero tu esquema es bueno y tú eres el mejor para llevarlo a cabo. Lo tendré en cuenta.

Delp se irguió como si hubiese recibido un golpe en la espalda.

—Sal —dijo T'heonax— tendremos una conferencia oficial más tarde.

—Se lo agradezco a mi almirante.

—¡Sal, he dicho!

Cuando Delp se hubo marchado, T'heonax se volvió hacia su favorito.

—No tengas el aire tan preocupado —dijo— sé lo que estás pensando. Ese tipo ganará su campaña, y cada vez llegará a ser más popular, y poco a poco irá cogiendo ínfulas para apoderarse del Almirantazgo.

—Sólo me estaba preguntando cómo se las arreglará, mi señor para prevenirse contra esto —dijo el cortesano.

—Bastante fácil —dijo T'heonax— conozco a ese tipo. Mientras la guerra continúe, no hay ningún peligro de rebelión por parte de él, asi, pues, déjale que se las entienda con los lannaconay como él desea. El perseguirá a esas gentes, hasta estar seguro de que ha terminado el trabajo. Y en esa persecución,..

CAPITULO XV

La atmósfera llevaba consigo partículas compactas que eran los núcleos de agua de condensación a una altura superior y al mismo tiempo más iría. Así, pues, Diomedes tenía más nubes y precipitaciones más frecuentes de todas las clases que la Tierra. En una noche clara se veían pocas estrellas; en una noche con niebla no se veía ninguna en absoluto. El musgo se extendía a través de las piedras hasta que el joven Alto Verano llegaba para secarlos con su luz. Las hordas que yacían alrededor de Salmenbrok murmuraban de su hambre y desesperación; hasta el mismo sol se retiraba de ellos.

Ningún fuego de campamento se veía, la madera de esta región la habían quemado. Y

todas las tierras limítrofes que se extendían alrededor de la, ciudad habían sido arrasados los granos que en otros tiempos habían sido muy fecundos, y hasta los mismos gusanos e insectos se los habían comido lo guerreros. Ahora en una estrecha área oscura sólo el viento y las aguas glaciares tenían existencia. Trolwen y Tolk continuaron con el cansancio y la desesperación que les había traído la lucha y se encaminaron por los estrechos lugares en donde la niebla hacía su aparición; las altas y estrechas casas que aparecían como irreales, hacia el granero donde trabajaban los terrestres.

Aquí sólo parecía haber algo de existencia. Aún se veían fuegos encendidos, agua contenida en recipientes y que caía de ellos para hacer mover las ruedas abandonadas del viento, el movimiento de los martillos y el chisporroteo de los útiles al mismo tiempo que zumbaban todos los artefactos en el interior. De algún modo, sin saber como, Nicholas Van Rijn se las había arreglado para acallar las protestas del bando de Angrek, y toda la factoría estaba trabajando.

«¿Trabajando, para qué», pensó Trolwen con turbias reflexiones. El mismo van Rijn salió a recibirles a la puerta. Cruzó sus potentes brazos por encima de su pecho y dijo:

—¿Cómo va, amigos míos? Aquí todo va bien, pronto tendremos muchas piezas de artillería preparadas.

—Y para qué nos servirán? —dijo Trolwen—, ah, sí, tendremos bastante trabajo para hacer una cantidad infinita de agujeros en Salmenbroc. Lo que quiere decir que podremos hacer todos esos agujeros de que hablo y entretanto dejar al enemigo que nos rodee y de ese modo morir de hambre.

—No me hables de morir de hambre —dijo Van Rijn—. De pronto metió su mano en una bolsa que llevaba colgada y sacó un trozo seco de queso, y lo miró con ojos apenados— y pensar que no hace mucho tiempo esto era un rico y delicioso Suizo, Ahora no se lo ofrecería ni a las ratas. —Lo metió en su boca y lo masticó con ruido— mi problema para llenar mi estómago es peor que el vuestro. *En primer lugar* el alto punto de ebullición del agua aquí representa en este mundo un gran problema para las cuestiones de hervidos, y también para los malos cocineros que no tienen ni idea del control de las temperaturas. *En segundo lugar* me izaron y llevaron a través del aire, durante ese trayecto lleno de riesgos para mí desde Mannenach. Para dejarme morir aquí de hambre?

—Casi preferirla haberte dejado allí —dijo Trolwen.

—No —dijo Tolk—, él y sus amigos han trabajado duro, haciendo lo que podían, jefe de los Flok.

—Disculpa —dijo Trolwen con gran contrición— era solamente… se me ha dicho… que los drakska acaban de destruir Eiseldrae.

—Una ciudad vacía, ¿no?

—Una ciudad santa. Y quemaron los bosques que la rodeaban.

Trolwen se encogió de hombros.

—Esto no puede continuar así. Pronto si esto continúa en estas circunstancias aunque hayamos ganado la guerra, no importa en cómo, la Tierra estará demasiado desolada para podemos mantener.

—Creo, que aún podréis salvar unos cuantos bosques —dijo Van Rijn — esto no es una región superpoblada.

—Mira aquí —exclamó Trolwen— he nacido poco más o menos al mismo tiempo que tú. Admito que esencialmente tienes razón: El hecho de dedicar todo nuestro poder para librar una batalla decisiva contra una masa completa de enemigos es precipitar nuestra destrucción final. Pero te has asentado aquí no haciendo nada, sino unos cuantos ataques de guerrillas, en los exteriores de nuestras fortificaciones, mientras ellos destruyen nuestra nación, es tanto como el estar construyendo nuestra propia tumba.

—Necesitábamos tiempo —dijo Van Rijn— tiempo para modificar las piezas de mayor importancia, y reponer lo que perdimos en Mannenach.

—¿Por qué? No se pueden llevar, si no es arrastrándolas. Y ese desnaturalizado de Delp ha roto todos los carriles por donde las conducíamos.

—Oh, sí, se pueden llevar. Mi joven amigo Wace, ha vuelto a planear un nuevo sistema, ha hallado el medio de que con la ayuda de las mujeres y los pequeños, cada uno de ellos lleve una pieza o dos a lo sumo de las pequeñas. De este modo podremos constituir sobre el terreno una batería pesada de armas, ¡lo juro!

—Ya lo sé. Ya nos has explicado todo esto antes. Yo repito: ¿Contra qué las usaremos.

Si nosotros nos dirigimos contra cualquier parte señalada de antemano en posesión de los lannascha, ellos no necesitan más que separarse y ahuyentarse de ese lugar. Y por otra parte nosotros no podremos permanecer durante mucho tiempo en cualquier lugar, porque nuestros miembros no tienen de qué comer.

Trolwen suspiró.

—De todos modos no vine aquí a discutir, terrestre. Vine del Concilio General de Lannach para decirte que la comida en Salmenbrok se ha acabado; y también la paciencia de la armada se está acabando.

Tenemos que salir y luchar.

—¡Así lo haremos! —gritó Van Rijn—. Ven, yo iré contigo a hablar a esos descabezados consejeros.

Sin querer se dio un golpe en la cabeza con la puerta.

—Wace, muchacho, más vale que empieces a empaquetar todo cuanto tenemos.

Pronto vamos a transportarlo.

—Ya lo oí —dijo el hombre más joven.

—Bueno. Tú trabáis, aquí, y yo llevaré a cabo los asuntos políticos, y así todo irá bien,

¿no es así? —Van Rijn se frotó las manos y luego se quedó mirando a Trolwen y a Tolk.

Pronto los tres empezaron a salir. Wace se quedó mirándole, y viendo cómo desaparecía entre el muro de niebla.

—Sí —dijo— así es como ha sido siempre. Nosotros trabajamos y él habla, ¡Mucha igualdad!

—¿Qué quieres decir? —dijo Sandra levantando la cabeza de la mesa en la cual estaba sentada marcando unas partes del revólver con un pequeño punzón. Un gran número de mujeres estaban trabajando a su lado.

—Lo que dije. Lo que me pregunto es por qué no se lo digo en su cara. No tengo miedo de ese parásito gordinflón, y ya no aguanto mas todas sus tonterías y su presencia.

—Wace dio un vistazo general al lugar donde se hallaban y a la confusión que reinaba en él haz esto, haz aquello, dice él, y luego se pasea nuevamente. Cuando pienso que él se está comiendo la comida que le mantendría a usted viva...

—¿Pero es que usted no lo comprende?

Ella le miró durante un momento.

—No. Creo más bien que usted ha estado demasiado ocupado durante todo este tiempo aquí, para pararse a pensar. Y antes de esto, usted era un hombre de pequeños trabajos sin haber llegado a adquirir el

arte del gobierno, ¿no es así?

—¿Qué quiere decir? —fue el eco de Wace. El la miró con ojos fatigados, pero al mismo tiempo brillantes e interrogadores.

—Tal vez más tarde. Ahora debemos darnos prisa. Pronto abandonaremos esta ciudad, y todo tiene que estar presto para nuestra marcha.

Esta vez ella había encontrado un lugar para sus manos, para poder hacer algo en los diez o quince días terrestres que llevaban en Mannenach. Van Rijn había pedido que todas las cosas —incluso los materiales en exceso de guerra, que afortunadamente no hablan llevado con ellos en la primer batalla— fuesen llevados por aire. Esto requería una cierta cantidad de modificaciones de modo que los trozos grandes de madera pudieron cortarse en unidades más pequeñas para poderlas unir unas a otras si fuese necesario.

Wace era quien había arreglado todo esto. Pero todo ello terminarían en un caos final del viaje a menos que se encontrase, un sistema más tarde para poder identificar cada una de las partes. Sandra se había encargado de hacer marcas en las distintas piezas y ahora estaba pintándolas, para así poderlas reconocer más tarde en el momento del montaje durante la batalla.

Ni ella ni Wace hablan tenido mucho tiempo para dormir. Ellos no se habían detenido ni para preguntarse para qué debía servir el trabajo que estaban haciendo.

—El viejo Nich dijo ateo acerca de atacar a los mismos Flet —murmuró Van Rijn—, ¿es que se ha vuelto loco? Es que podríamos acaso aterrizar en el agua y reunir nuestras catapultas?

—Tal vez dijo Sandra. —Su voz era serena—. No me preocupo mucho de todos modos. Pronto habrá terminado todo porque solamente nos queda comida para aproximadamente cuatro semanas terrestres o tal vez menos.

—Podemos durar al menos dos meses sin comer nada en absoluto —dijo él.

—Pero nos debilitaremos mucho —entonces ella bajó los ojos—. Eric...

—¿Sí?

El dejó su sierra circular y se acercó al lado de ella. La débil luz

pasaba a través de la niebla y caía sobre su cabello, le hacía brillar como minúsculas joyas salpicado por él mismo.

—Pronto... ni importará lo que yo haga... habrá un trabajo muy duro, necesitando fuerzas y cierta maestría que yo no tengo... tal vez haga falta luchar, cuando yo no soy más que un simple arquero, pero ni siquiera un buen arquero.

Las uñas de sus dedos eran blancas y las hacía resbalar sobre uno de los cepillos.

—De modo que cuando esto ocurra, ya no comeré más. Usted y Nicholas llévenme a lo lejos.

—No diga tonterías —dijo él con rabia.

Ella se enderezó desde su postura sentada, dio media vuelta y le miró fijamente. Sus pálidas mejillas se colorearon.

—Es usted quien no tiene que ser estúpido, Eric Wace —espetó él—. Sí puedo darles a él y a usted aunque sólo sea una semana extra, cuando vosotros seáis fuertes, cuando el hambre que tenéis no os permita pensar con la claridad que tenéis que hacerlo, entonces seré a mi misma también a quien salve, quizá. Y si no, no he perdido más que una o dos semanas sin importancia. Y ahora vuelva a su máquina.

El la miró detenidamente, y su corazón se sobresaltó. Luego asintió y volvió a su trabajo.

Y más abajo los raíles que se estaban abriendo sobre lugares de fresca hierba, donde el Concilio estaba sentado sobre uno de los cantos de los arrecifes, Van Rijn se divisaba ante ellos discutiendo acaloradamente.

Los más viejos de Lannach, yacían como Phoenix, contra una piedra sin forma y le esperaron. Trolwen fue hacia la cabeza que estaba formada por una doble línea, y Tolk se quedó al lado del humano.

—En el nombre del Todo Deseo, nosotros nos hemos encontrado —dijo el comandante ritualmente— dejad que el SoI y las Lunas iluminen nuestros entendimientos. Dejad que los fantasmas de nuestras abuelas sean nuestros guías. Tal vez no me avergüence de aquellos que volaron antes que yo, ni tampoco de los que volaran tras de mí.

El dejó escapar un suspiro.

—Bueno, mis oficiales, es una cosa ya decidida que no podemos permanecer aquí. He traído al terrestre para que nos aconseje. Queréis explicarle las alternativas a él?

Un hombre de pelo blanco de los más viejos de Lannacha extendió sus alas y dijo:

—Primero, jefe de los Flok, ¿por qué ha tenido que venir aquí?

—Porque el comandante le ha Invitado —dijo Tolk calmosamente.

—Quiero decir Heraldo, no hagamos difíciles las palabras. Tú sabes lo que quiero decir. La expedición de Mannenach se emprendió porque fue él quien la sugirió. Nos ha costado mucho más que ninguna de las derrotas que hayamos podido sufrir en nuestra historia. Desde entonces, le he insistido para que nuestro cuerpo principal permanezca aquí, tontamente, mientras el enemigo se apodera de una tierra indefensa. No me explico porqué tendríamos que tomar su consejo.

Los ojos de Trolwen se inquietaron.

—¿Es que tus palabras pueden indicar que hay algún otro desafío? —preguntó en voz baja.

Un murmullo de indignación se oyó entre todos los asistentes.

—Sí... si... si... dejarle responder, si puede.

Van Rijn se puso rojo como la grana y comenzó a sudar como si la niebla resbalase sobre su rostro.

—El terrestre ha sido desafiado en el Concilio —dijo Trolwen— ¿acaso quiere él replicar?

Entonces se sentó esperando como los otros.

Van Rijn explotó:

—¡Peste y condenación! ¡Por un millón, cuatro millones de gusanos hirviendo en el infierno! ¿Hasta cuándo voy a tener que estar hundido entre estúpidos desagradecidos?

¿Con cuántos verdaderos políticos habéis tenido ocasión de tratar en este universo? —El movió su puño en el aire y gritó:

—¡Infierno, Satán y sulfuro! ¡Esto no se puede soportar! Si sois todos

tan imbéciles y de sangre tan caliente como para convertiros en suicidas por vosotros mismos, ¿por qué el pobre viejo Van Rijn tiene que entendérselas y mezclarse en vuestros propios asuntos?

¡Saltad, condenados protestantes! ¡Por Boceo, si no dejáis de insultarme, os pisaré las gargantas! —Avanzaba como una montaña gritándole a todos ellos. El consejero mas próximo a él se separó.

—¡Terrestre... señor... oficial..., por favor! —susurró Trolwen.

Cuando él los tuvo a todos lo suficientemente asustados, Van Rijn, dijo fríamente:

—Todos los derechos. ¡Yo os lo digo, condenación! Os doy unos consejos y vosotros los malgastáis maldiciéndome. Pero yo no soy más que un pobre viejo paciente, no como cuando era joven y fuerte y lleno de vigor, no. Ahora lo sufro todo con una resignación cristiana y continuo aconsejándoos.

»Ya os advertí y os volví a advertir, que no teníais que ser los primeros en atacar Mannenach. Ya os dije que las embarcaciones podían venir directamente contra vuestros muros, que estas embarcaciones eran las más fuertes de los Flet. Yo caí sobre éstas dos pobres rodillas, pidiendo e implorando con vosotros que me dejaseis ir a las ciudades de las Altas Tierras, pero no me escuchasteis. Y aún así, nosotros tenemos todavía Mannenach, pero la victoria la despreciamos. ¡Oh, si yo tuviese alas como un ángel yo os hubiese podido conducir en persona! Habéis estado en el primer plano del mástil del Almirante en aquel momento. ¡Por la mitra del santo Nicolás! ¡Por eso tomáis mis consejos, condenados! ¡No, ahora tomaréis mis órdenes. Ya no retiraréis vuestras palabras, o bien os abandonaré, y separaré mis manos de vuestros trabajos y por mi mismo me las arreglaré para volver a casa. A partir de ahora, si queréis continuar viviendo, cuando Van Rijn haga una señal, todos vosotros saltaréis. ¿Comprendido?

Hizo una pausa, podía oír su propia respiración asmática y el murmullo desgraciado de las gentes que se hallaban en los campos a lo lejos; al fin la iría humedad del agua que flotaba en el aire humedeció las rocas; era todo lo que quedaba y todo lo que se podía ver en aquel mundo.

Finalmente, Trolwen dijo con vez débil:

—Si... si el desafío es considerado como una respuesta... nosotros arreglaremos nuestros propios asuntos.

Nadie habló.

—¿Quiere tomar la palabra el terrestre? —preguntó Tolk al fin. Sólo él tenía un aspecto que aparentaba que podía controlarse a sí mismo, en aquel crítico momento en que nadie apreciaba la importancia del acto que llevaban a cabo.

—Ja. Diré que sé efectivamente que no podemos permanecer aquí durante más tiempo. Preguntáis por qué retuve la armada y por qué permití al capitán Delp que se apoderase de todo y abriese su propio camino —Van Rijn hizo restallar sus dedos unos contra otros— *primum* atacarle directamente a él es lo que quiere; él sabe que de ese modo podría deshacernos con mayor ventaja, puesto que su fuerza es mayor y al parecer no está descorazonada. *Secundus*, él no avanzará hasta Salmembroc mientras todos nosotros estemos aquí, puesto que nosotras podríamos tenderle una emboscada; además, permaneciendo aquí, la armada ha tenido oportunidad de apostar sus fuerzas dé artillería. *Tertius*, lo que deseo, perder un tanto de tiempo mientras yo mantenga la factoría que hemos establecido da armas y que nos permitirá hacernos con todos los medios de la victoria.

—¿Qué? —fue casi el ladrido que salió de la garganta de uno de los Consejeros que olvidó las formalidades.

—¡Ah! —Van Rijn extendió su dedo hacia su puntiaguda nariz y la arrugó— ya veremos. Tal vez ahora penséis que, incluso siendo un viejo, débil y cansado, que casi inspira piedad y que bien a gusto permanecería en la cama con bolsas de agua caliente y un buen cigarro, a pesar de eso es un mercader de la Liga Polexotécnica a quien no se puede discutir. ¿No es así? Bueno, entonces, propongo que abandonemos esta región y nos dirijamos hacia el norte.

Un murmullo se extendió. Esperó pacientemente hasta que se apaciguaron.

—Orden —gritó Trolwen— ¡orden! —dio un golpe con su cola en el duro suelo—

¡tranquilos! ¡quedad tranquilos, oficiales! Terrestre, has hablado de abandonar Lannach lo que significa que nuestras tribus se descorazonen más todavía, podríamos aún alcanzar Swampy Kilnu a tiempo para... salvar a nuestras hembras y a nuestros niños en el tiempo del nacimiento. Pero eso sería tanto como abandonar nuestras ciudades, nuestros campos y nuestros bosques, todo lo que tenemos, todo lo que pertenece a aquellos hombres antepasados nuestros que

trabajarán la tierra durante cientos de años para crear, para salir de las tinieblas, y para vencer la jungla, y al fin y al cabo, para convertirse en nada. Yo mismo preferiría morir en batalla antes que aceptar tal elección.

Dio un suspiro y gritó:

—Pero Kilnu está, cuando menos hacia él sur. ¡Al norte de Axan, todavía hay hielo!

—Así es —dijo Van Rijn.

—¿Quieres que muramos de hambre y helados en los glaciares de Dawrmach? No podemos aterrizar mucho más al sur de Dawrmach; los exploradores de los Flet estarían seguros de localizarnos en cualquier parte en Holmenach. ¿Al menos que quieras que hagamos la última lucha en el archipiélago...?

—No —dijo Van Rijn— tenemos que dirigirnos hacia algún lugar de Dawrmach.

Podemos empaquetar comida y tomar, al menos, el valor de diez días de comida con nosotros, así como el armamento... ¿no es así?

—Bueno... sí... pero aún así, ¿pretendes sugerirnos que deberíamos atacar a los Fleet, a las embarcaciones desde el norte? Eso sería una dirección inesperada. Pero serla una acción desesperada.

—La sorpresa es lo que necesitaremos para mi plan —dijo Van Rijn— así es. No podemos decírselo a la armada. Uno de ellos podría ser capturado en alguna escaramuza y hacerlo saber a los Draconnay. Tal vez es mejor que ni siquiera yo os lo diga a vosotros.

—¡Ya vale! —dijo Trolwen— déjame saber lo que pretendes.

Mucho más tarde...

—No saldrá bien. Oh, podría muy bien ser factible técnicamente. Pero políticamente es imposible.

—Políticas —exclamó Van Rijn— ¿qué es pues, esta vez?

—Los guerreros y las mujeres también, incluso los cachorros —puesto que será nuestra nación *completa* la que iría a Dawrmach— hay que decirles *por qué* lo hacemos.

Entonces, el esquema completo como admites, se arruinaría si una de

las personas cayera en las manes del enemigo y dijera lo que sabe, bajo la tortura.

—Pero él no tiene porqué saberlo —dijo Van Rijn— todo lo que necesita saber es, que nosotros pasaremos un pequeño tiempo recogiendo comida y madera para nuestro viaje.

Así que sólo nos queda prepararlo todo y cambiarnos de lugar, sin decir por qué, o dónde.

—Nosotros no somos Draska —dijo Trolwen con cierta amargura— somos una tribu libre. No tengo derecho a tomar una decisión tan importante y someterla a voto.

—Hum... ¿Tal vez podrías hablarles a ellos? —dijo Van Rijn tocándose sus bigotes—.

Echarles un discurso, persuadirles hablándoles del derecho que tienen de saber y del deber que tienen de ayudar. Habíales de que deben seguirte sin hacer preguntas.

—No —dijo Tolk— soy un especialista en las artes de la persuasión, terrestre, y he llegado a poder calcular los límites de las artes. Nosotros nos entendemos menos con los Flok, ahora, en estos momentos es difícil poder explicarles las cosas puesto que están fríos, hambrientos, sin esperanza, sin fe en sus líderes, prestos para abandonarlo todo, o correr directamente a una ciega batalla. Ellos no tienen en estos momentos la moral preparada para seguir a cualquiera hacia una aventura desconocida.

—Pero la moral puede hacérseles inculcar —dijo Van Rijn— ¡yo lo intentaré!

— *¿Tú?*

—No soy tan malo haciendo discursos, cuando es necesario. Déjame que yo les hable.

—Ellos... ellos... —Tolk le miró. Luego se rió con una nota sarcástica en su risa.

—Déjale que lo haga, gran jefe de los Flok. Déjanos saber qué, palabras puede encontrar el terrestre para hablarles y que puedan ser mejores que las nuestras.

Una hora más tarde, si sentaba en una mesa, con su pueblo formando

una masa de sombras bajo él, y oyó la voz baja de Van Rijn que llegaba a través de la niebla como un rayo:

—...Yo digo solamente, pensar lo que queráis aquí, y lo que se os llevarán:

»Este trono de reyes, esta isla maravillosa, esta tierra de majestad, este sillón de Marte, este otro edén, medio paradisíaco, esta fortaleza construida por la misma naturaleza contra la infección y contra la mano de la guerra, esta feliz raza...

—No llego a comprender todas estas palabras —susurró Tolk.

—Cállate —respondió Trolwen— déjame oír —habla lágrimas en sus ojos; temblaba.

»...Este lugar bendito, esta tierra, esta realeza, este Lannach.

La armada irrumpió en un batir como de alas y chillidos.

Van Rijn continuó a través de las adaptaciones del discurso funeral de Pericles, «Scots Wha'hae» y la Getysburg.

En el momento en que él hubiese terminado de discutir el día de San Crispín, podía haber pedido ser elegido comandante si así lo hubiera querido.

CAPITULO XVI

La isla llamada Dawrnach yacía mucho más allá del fin del archipiélago, a varios cientos de kilómetros al norte de Lannach. Sin embargo, dulcemente volaron los Flok, con pausas para descansar en sitios que algunos de ellos ya conocían de antemano, y era una cuestión de días terrestres el poder llegar allí, y una pesadilla física para los humanos que eran transportados. Los recuerdos que Wace pudiese tener de este viaje eran poco agradables.

Cuando al fin pudo ponerse en pie en la playa al final de su viaje, sus piernas apenas le podían sostener y no se encontraba muy bien.

El Alto Verano había llegado aquí también, y aunque esto les daba muy hacia el norte, sin embargo, el aire seguía siendo de invierno; y Tolk dijo que nunca nadie había intentado vivir aquí.

Ahora los Flok, alas, alas y alas que bajaban desde el cielo hasta que lo oscurecían, habían llegado al final de su viaje. Arenas negras, oscuras

olas que alcanzaban los glaciares y hacían inflamar la garganta de un volcán. Espesos y estrechos árboles estaban extendidos alrededor de las bajas laderas. Había algunos pájaros de mar, que iban y venían desde: da tierra hacia las aguas; por otra parte el sol escondido arrojaba una débil luz hacia la región. Sandra temblaba. Wace estaba atraído ante la vista de la espesura que se levantaba ante ellos. Y ahora que estaban aquí, en la última etapa de su viaje, ella intentaba no volver a comer.

Ella se envolvió en una manta, y la apretó estrechamente contra su cuerpo.

El viento soplaba con fuerza y su cabello flotaba en el aire, contrastando con el color de los arrecifes. A su alrededor estaban sentados, paseaban, se movían incesantemente diez mil dragones hambrientos y alados. Silbidos y sonidos guturales de discursos inhumanos, el entrechocar de alas, llenaba el aire vacío, que soplaba. Mientras cerraba sus ojos patéticamente como un niño, Wace vio que las manos de Sandra estaban sangrando.

El sintió como su corazón se retorcía. Nicholas van Rijn llegó allí primero, grueso y grasiento, quiso decirle algunas palabras para reconfortarla:

—Así pues, por todos los demonios, ahora estamos aquí, pero pronto volveremos a nuestra casa a tomar un baño caliente. ¡Bendito San Dimas, a partir de este momento ya huelo el aire de nuestras tierras como si estuviese a tres kilómetros!

Lady Sandra Tamarin, heredera del gran Ducado de Kermes, le dedicó una sonrisa fantasmal.

—Si pudiese descansar un poco... —dijo ella.

—Ja, ja, ya veremos —Van Rijn puso dos dedos en su boca e hizo un ruido espantoso.

Esto atrajo la atención de Trolwen.

—¡Tú estás ahí! Búscale una cabaña o algún sitio donde ella pueda meterse y abrigarse.

—¿Yo? —dijo Trolwen— yo tengo que velar por los Flok.

—Ya me oíste, cabeza de idiota —espetó Van Rijn— ahora hazlo. Estás presto para empezar a trabajar —dijo dirigiéndose a Wace—.

Ahora reúne á los tuyos, tantos como necesites para empezar.

—Yo —dijo Wace echándose hacia atrás— mira hace no sé cuántas horas que nos separamos por última vez y… —Van Rijn escupió— ¿y cuántas semanas hace que yo no he podido fumar y ni siquiera beber un vasito de ginebra? Tú no tienes consideración tiara los demás.

—¿Es que acaso tengo que hacerlo todo? ¿Por qué has llenado la Galaxia tú que estás allí, de cosas y ninguna de ellas buena? ¡Yo creo que ya es suficiente!

Wace vio a Trolwen que conducía a Sandra y se la llevaba hacia un lugar donde ella pudiese dormir, olvidando el frío, el dolor y el aislamiento durante unas horas. Entonces, golpeó uno de sus puños contra la palma de la otra mano y dijo:

—¡Muy bien! Pero,;qué estarás haciendo?

—Debo organizar muchas cosas, ¡condenación! Primero tengo que ver a Trolwen acerca de una banda de gentes que talen árboles y hacer mástiles y remos. Entre tanto, todos estos artefactos que hemos traído desde allá, hay que ponerlos sobre los barcos: y también tenemos que organizamos para la comida y para el abrigo que podamos buscarnos. ¡Va! Todo esto son detalles. No es eso precisamente lo que me preocupa.

Detalles, para eso alquilo a gentes como tú.

—¿Es que la vida no es nada más que detalles? —preguntó Wace.

Los pequeños ojos de Van Rijn le estudiaron durante un momento.

—Así es —dijo el mercader— ¿te dan ganas de hablar a ti también, eh? Tal vez pienses así porque yo soy viejo y débil y no soporto mucho los viajes duros como éste, como cuando era joven… tal vez te fastidia el trabajo que te encomiendo, ¿no es así?

Ahora queda muy poco tiempo para discutir y para meterte todas estas cosas en la cabeza. Tal vea lo aprendas por ti mismo —hizo restallar sus dedos— ¡y ahora, a lo tuyo!

Wace salió maldiciéndose a sí mismo por no haberle dado al viejo cerdo un puñetazo en el estómago. ¡Pero lo haría cuando llegase el momento oportuno! Ahora no…

Desafortunadamente Van Rijn, había llegado a una posición donde era

a él a quien miraban todos los lannascha, en quien confiaban… en lugar de Wace, que era quien hacía el trabajo. ¿Era esto un pensamiento paradójico?, no.

Tomando el asunto del barco, por ejemplo, Van Rijn había señalado que una isla como Dawrnach, estaba provista de hielo y de glaciales, podría dar materiales suficientes para la construcción. Piedras biseladas darían forma a bájales, a barcos tan grandes como cualquier embarcación de los Fleet en pocas horas de trabajo. La especie más primitiva de antorchas, se emplearían para todos los propósitos de trabajo, un mástil tendría que ser plantado en agujeros que se abrirían para tales propósitos: Habría que contar con el agua que, una vez helada, sería como un fuerte cemento. Los Flok, machos, hembras, viejos y jóvenes harían una enorme fuerza de labor para tales proyectos. Si un ingeniero no figuraba en tales procedimientos prácticos: ¿Hasta qué punto había que hacer un agujero de profundo para poner un mástil? ¿Las ballestas eran necesarias? ¿Cómo poder hacer un corte igual en un bloque de hielo irregular de cientos de metros de largo? ¿Cómo poder disminuir las partes bajas de la embarcación para hacerlas más ligeras? El material era, más bien, de poca consistencia; ¿se le podía fortalecer considerablemente añadiéndole una mezcla de ciertos productos desconocidos hasta entonces por los humanos y agua del mar terminando en una especie de cemento, y dejándole helar más tarde sobre la propia embarcación? Pero, ¿en qué proporciones hacer la mezcla?

Verdaderamente, no había tiempo para probar todas estas cosas. De algún modo, por Dios y otras veces adivinándolo por medio de Dios y otras veces adivinándolo, con cada uno de los elementos contra El, Eric Wace estaba esperando que todas esas cosas se produjeran.

¿Y Van Rijn? ¿En qué contribuyó Van Rijn? La idea básica según la manera de ver las cosas, de todos ellos era que Wace era el genio Aladino. Oh, tenía unos reflejos imaginativos extraordinarios que nadie podía negar. Pero la imaginación es barata.

Cualquiera podía decir: «Lo que necesitamos son armas nuevas, y nosotros podemos hacerles por tales y tales materiales imprecedentes». Es una idea de una fantasía idiota que alguien venga a mostrarles lo que Wace estaba imaginando para ellos. Así, pues, habiendo hecho un esclavo de su casi ingeniero, Van Rijn podía pasearse todo el día por los alrededores gastando bromas con unos y discutiendo con otros y cuando ya les tenía a todos trabajando, se enrollaba en una manta y, a dormir.

CAPITULO XVII

Wace se mantuvo sobre la cubierta del *Rijstaffel* y permanecía mirando cómo su enemigo llegaba desde el horizonte del cielo. Despacio, metió la mano en la bolsa que tenía a su lado. Su mano cogió un trozo de pan y otro de salchicha, era la última comida terrestre que quedaba. Durante varios días terrestres ahora, él se había mantenido con una ración mucho más abundante que antes, de modo que pudiera entrar en batalla con algo en el estómago.

De pronto, se dio cuenta de que él, después de todo no quería.

Tras él una escuadra de marineros primitivos que había construido mástiles de una pieza con madera verde, plantaban cara al viento del norte. Estos barcos de hielo eran redondos, pero considerablemente menos que las embarcaciones del Drako; y con un increíble talento para la tiranía, Van Rijn había conseguido que los lannascha trabajasen bajo las aguas del mar heladas, cortando el fondo de los hielos, y construyendo barcos de forma puntiaguda por la base. Ahora, dado el poder de la raza diomedana, la guerra de los lannascha se desarrollaría sobre las olas del Arenan.

A pesar de todo, el momento más difícil, reflexionaba Wace, no había sido mientras ellos trabajaban descorazonadoramente para terminar la embarcación; el momento más difícil había venido después, cuando estaban casi prestos para abandonar, a consecuencia de los vientos contrarios. Durante un periodo medido en días terrestres, miles de lannascha se habían desmoralizado bajo las lluvias heladas, buscando pescado y pájaros para alimentar a sus crías que se morían de hambre.

Los Consejeros y el clan de los Líderes decían que esta era la guerra más importante de toda su historia: No había otra elección si no era abandonar inmediatamente el Kilnu.

No obstante, gritando, discutiendo, incluso castigando, rogando, prometiendo —y en pocos casos, suplicando con cuál había ganado la mayor parte de las veces—, Van Rijn había mantenido a aquellos seres en Dwarnach.

¡Bueno, todo estaba a punto!

El mercader salió de una pequeña cabaña de piedra, caminó hacia la cubierta, pasó por delante de algunas máquinas de guerra, y de algunas armas arrojadizas, hasta que alcanzó los arcos donde se mantenía Wace.

—Más vale que comas —dijo— pronto no tendrás oportunidad.

—No tengo hambre —dijo Wace.

—¿No? —Van Rijn cogió el sándwich de entre los dedos de Wace— entonces,

¡condenación, yo sí que tengo! —Y comenzó a comérselo con grandes mordiscos.

Una vez más vestía una doble armadura, pero había elegido un arma solamente para esta ocasión, un hacha de piedra de grandes dimensiones con el mango de un metro de largo. Wace llevaba un tomahawk más pequeño y una armadura. Alrededor de los humanos se extendía la armada Lannascha.

—Ellos se están preparando para recibirnos —dijo Wace. Sus ojos miraron la extensión de las canoas enemigas que se debatían contra el viento.

—¿Esperas acaso que extiendan una alfombra inmensa como hacen en América? Te juego cuanto quieras que ellos nos vieron hace ya muchas horas. Ahora envían mensajeros rápidos hacia su armada en Lannach —Van Rijn cogió el último trozo de carne, lo besó reverentemente y se lo comió.

Pero al fin y al cabo los lannascha eran luchadores, tigres alados en este momento, pensó Wace. El viaje que habían hecho hacia el sur les había descansado, y la configuración del terreno les había provisto de los medios suficientes para poderse alimentar; y el deseo que tenían de batalla les había impuesto un nuevo valor. También aunque tenían un navío más pequeño, probablemente tenían más guerreros, aún contando con la ausencia probable de la armada de Delp.

Por otra parte, se podían permitir el lujo de hacer pequeñas guerrillas. Sus hembras y las jóvenes crías estaban aún en Dawrnach (con Sandra que había tomado un color más blanco y se había tranquilizado). No tenían tesoros por los cuales poderse preocupar.

Como único impedimento llevaban las armas y el odio.

Desde las nubes, Tolk, el Heraldo, bajó. Lo hizo con las alas extendidas, pero sin moverlas, planeando, alcanzando suavemente el terreno, y curvando su cuello como si de un cisne se tratase, para mirar a los humanos.

—¿Va todo bien aquí? —preguntó.

—Tan bien como se pudiera desear —dijo Van Rijn— ¿no hay señales de la armada en Lannach?

—Ninguna, todavía. Os haría decir cuál es el nombre del nuevo Almirante que oímos hablar a estos prisioneros, él tiene mensajeros recorriendo las montañas. Pero esta tierra es muy grande por aquí. No habría tiempo para localizarle.

—Sin embargo —dijo Van Rijn—, debemos esperarles pronto.

—¿Está usted seguro de que podremos...?

—No estoy seguro de nada, y, ahora, vuelve con Trolwen.

Tolk asintió y batió de nuevo el aire con sus alas.

—Bueno —dijo Van Rijn— ahora empieza lo nuestro, ¡que San Dimas me proteja!

—San Jorge sería un poco más apropiado, ¿no cree? —preguntó Wace.

—Tal vez tú opinas así. Pero yo soy demasiada viejo, grueso y cobarde para llamar a San Miguel, o Jorge o Olaf o a cualquier otro de los guerreros de que hablan. Yo me encuentro mucho mejor en casa con ningún santo que me recuerde hechos enérgicos, uno como Dimas, o mi propio nombre de pila que es nombre de viajeros.

—Y también es el patrón de los salteadores de caminos —remarcó Wace. Hubiese deseado que su lengua no se hubiera hecho de pronto tan espesa y tan seca. Se sentía inquieto... no verdaderamente asustado... pero sus rodillas le temblaban tanto y «El Padre Nuestro» le parecía terriblemente poco familiar.

—¡Ja! —explotó Van Rijn— bien pegado ese golpe, muchacho.

El artillero de la parte de popa sobre el *Rijstaffel*.

Un grito y el pulgar había metido media tonelada de piedra en la canoa más cercana.

La embarcación tembló; su tripulación gritaba y sobre ella cayó una parte de los guerreros de Trolwen; hubo un momento de una confusión mortal y, entonces, los draconnay de aquella embarcación habían dejado de existir. Van Rijn cogió al asombrado capitán artillero por las manos y lo balanceó sobre cubierta cantando:

—Du bist mein sonenscheln, mein einzij. Soneneech ein, du machst mir freulich…

Otra canoa se acercó con un vaivén continuo hacia ellos. Wace vio sus arrojadores de llamas y la tripulación que se inclinaba sobre sus armas y él se tumbó bajo el pequeño muro que rodeaba la cubierta de hielo.

Las aguas golpeaban el costado de la embarcación y la arrojaban hacia un lado y luego se volvía a extender sobre el mar. El agua estaba completamente, helada. Escondidos al abrigo de los costados leí barco, cientos de lannascha enviaban flechas hacia arriba, describiendo una curva sobre el cielo caían encima de la canoa.

Wace se tendió al lado del muro de cubierta. El encargado de una de las armas de fuego, parecía muerto. De pronto, sobre una de las partes de la canoa, se extendió la desolación y el pánico. Se oyó una voz que gritaba:

—Muerte al frente, ¡hacia allí!

El barco de los lannascha se hundía. Las canoas de los Drako formaban un círculo como si estuviesen cercando un búfalo herido usando toda la velocidad y toda la maestría que tenían en estas operaciones. Convergiendo sobre un simple barco, trataron de abordar. No eran, de ningún modo, inferiores en número, y estaban prestas al asalto.

Entre tanto, Trolwen con una absoluta destreza en el aire, se dirigía de una parte a otra disparando y usando el hacha.

Las canoas del Drako apenas se lanzaban al ataque. Las pequeñas embarcaciones eran destruidas, incendiadas y apartadas a un lado como si fueran inservibles por su poderoso enemigo.

Por la virtud de ser el primero, en atacar en la primera línea, el *Rijstafel* hizo poca oposición. Todo lo que había allí era mordido por las catapultas, por las flechas de fuego y todas las armas. Detrás, el mismo mar ardía y formaba nubes de humo. Enfrente, estaban las grandes embarcaciones.

Cuando estos marineros y guerreros estuvieron a la vista de los dragones de Wace, éstos comenzaron a cantar el himno de la victoria de los Flook.

—Son un poco prematuros, ¿no? —gritó desde el lugar donde se encontraba.

—Ah —dijo Van Rijn, desde donde estaba, tranquilamente— déjales que rían por el momento. Muchos de ellos caerán pronto, y se ahogarán entre los peces, ¿no es asi?

—Eso creo —apresuradamente como si tuviese miedo de lo que había hecho para salvar su propia vida, Wace dijo—: me gusta este canto, ¿a usted no? Se parece mucho a algún viejo canto popular americano, *John Hart*, por ejemplo.

—Los cantos de los Flook están muy bien si tú mismo fueses un Flook —espetó Van Rijn— yo prefiero Mozart, por ejemplo.

—Siempre deseé llegar un día a comprender a Bach, antes de morir, y al viejo Johann Sebastián que hablaba con Dios en matemáticas. No tengo cerebro, sin embargo, en esta condenada cabeza mía. De todos modos, tal vez pida una oportunidad más para escuchar el *Eine Kline Nachtmusik*.

Hubo un gran movimiento en los Fleet, Despacio y con mucho cuidado, las embarcaciones estaban abandonando el intento de evasión. Estaban organizándose en formación de batalla.

Van Rijn hizo un gesto lleno de coraje y de rabia hacia un Silbador.

—¡Rápido! Sube rápidamente y dile a Trolwen que no se preocupe en cubrirnos desde el cielo contra las canoas. El tiene que atacar las embarcaciones. Que les mantenga ocupados, ¡por todos los demonios! No dejad que haya mensajeros que vayan de una parte a otra hasta el punto de que puedan llegar a organizarse!

Mientras el joven lannascha se marchaba, el mercader gritó de modo que todo el mundo pudiera oírle:

—¡Por todos los demonios! ¿Hasta cuándo tendré que ocuparme yo de pensar en todo? ¡Por el bueno de San Nicolás, traedme un oficial, con cerebro entre las dos orejas, en lugar de estúpidos, y os construiré una catedral en Marte! ¿Me habéis oído?

—Trolwen está luchando allá arriba —protestó Wace— usted no puede esperar que él pueda pensar en todo.

—Tal vez no —concedió Van Rijn de mala gana— tal vez, yo soy el único en toda la Galaxia que no comete errores.

Muy cerca, la masa global de las embarcaciones se convirtió en una tormenta cuando Trolwen dio su opinión. Un batir de alas hizo que

todo aquello fuese un caos rojizo. Wace pensó que su embarcación podría pasar muy cerca de todo aquello, pero evitando la destrucción.

—No están luchando de una forma integral —dijo golpeando con su puño sobre el muro— ¡por todos los demonios, no lo están haciendo!

Un Silbador aterrizó llevando sobre su cuerpo sangre helada; había una herida terrible sobre uno de sus lados.

—Allí… Tolk, el Heraldo, dice… un lugar vacío… un lugar… donde pueden atacar Fleet

—entonces, el cuerpo cayó sobre la cubierta. Wace se detuvo cogiendo al joven inhumano en sus brazos. Oía como la sangre se arremolinaba en sus pulmones hasta ahogarle.

Al fin, murió.

Van Rijn rectificó la posición del bajel en que se encontraban, unos cuantos grados solamente; no podía hacer otra cosa. Pero mientras las otras embarcaciones empezaban a acercarse a la cubierta de hielo, se podía ver que había una amplia grieta en su línea. Si asalto de Trolwen había impedido que se les acercase. El agua estaba teñida de rojo, y en ella flotaban flechas y arcos, que señalaban como una mano hacia el castillo flotante del Almirante.

—Allí —gritó Van Rijn— ¡acabad con ellos! Coméoslos para desayuno.

Una catapulta silbó cerca de ellos y fue a dar contra el muro, rozando su manga, y haciendo saltar trozos de hielo consecuencia del golpe. De pronto cayó una flecha encendida, uno de los lannascha gritó al mismo tiempo. El fuego empezaba a extenderse.

No servía para nada arrojar agua esta vez, el aceite y los mástiles se habían convertido en una gran antorcha.

De repente, Van Rijn vio que la embarcación Iba a hundirse y se mezcló con todos los guerreros que había sobre ella y dentro de la gran confusión que cundía, fue hacia adelante y apoyándose contra el muro, con el hacha de piedra y comenzó a dar órdenes con ella en la mano.

—Aquí —gritaba— ¡rápido! ¡Ayudadme, banda de estúpidos! ¡Rápido! ¿Es que tenéis pelos en el cerebro? ¡Rápido antes de que nos hundamos!

Wace, dirigiendo la tripulación de artilleros, que estaba combatiendo contra una embarcación cercana, no se dio cuenta de lo que ocurría, más que de una forma muy vaga. Otros estuvieron prestos mucho antes que él. La confusión que reinaba en el navío era enorme.

Llegaron a un momento en que las embarcaciones estaban unas frente a otras en una contienda terrible; las unas corrían de un lado a otro echando hacia atrás a la tripula clon dé Drako que no sabía hacia qué lado acudir. Los troncos que formaban la embarcación crujían. Mientras el *Rijstafel* se alejaba, el bajel enemigo se convertía en una enorme pira de llamas.

Ahora, el barco de hielo era casi incontrolable, conducido en ciertos momentos por las corrientes más profundas y también por los movimientos debidos a la lucha que se estaba desarrollando. Pero, a través del agujero que había ampliado con todo ardor Van Rijn, el resto de los lannascha se metían en él para protegerse. Las llamas de la guerra formaban una especie de monstruos flotantes, pero la madera se quemaría, mientras que el hielo no.

A través de una humareda enorme y cada vez más creciente, entre los dardos y las flechas que iban de una parte a otro, de arriba abajo, sobre una cubierta llena de muerte y heridas, pero todavía llena de odio hacia el enemigo, Wace se acercó hacia la bomba de tripulación más próxima. Estaban preparándose para incendiar otra embarcación tan pronto como el barco enemigo se acercase a ella.

—No —dijo.

—¿Qué? —el capitán se volvió hacia Wace mostrando en su rostro la extrañeza al mismo tiempo que erizaba su cresta en muestra de estupor— pero señor, ellos nos arrojarán fuego a nosotros.

—Eso nosotros lo podemos soportar —dijo Wace— estamos muy bien protegidos por nuestros muros. Sin embargo, no quiero quemar esa embarcación. Quiero capturarla.

Van Rijn pasaba por allí en aquel momento alzando su hacha. No podía haber oído lo que Wace había dicho, pero, sin embrago, murmuró:

—Ja. Estaba a punto de ordenar esto yo también. Podemos usar esta embarcación para transportar nuestra impedimenta.

La orden corrió a lo largo de todo el barco. Su, cubierta resbaladiza se oscurecía con sombras armadas que esperaban una nueva contienda.

Acercándose más y más el navío de hielo flotante se, Acercaba a la otra embarcación que al mismo tiempo adquiría una forma más alta y más grande debida a la proximidad. Fuego, piedras, y peleas cundió por todos los rincones. La contienda fue dura, los lannascha la soportaron con bastante entereza. Wace envió a un Silbador hacia Trolwen para pedir ayuda; un destacamento volante enviado por la artillería del Draco con flechas.

Trolwen tenía una superioridad grande numérica. Podía cubrir el cielo con sus guerreros, haciendo esperar a los draconnay para un asalto sobre el mar. Hasta entonces, pensó Wace, los dioses de Diomedes habían estado sonrientes. No podrían soportarlo mucho más.

Siguió a la primera ola de los lannascha. De pronto, Wace pensó alcanzar uno de los mástiles superiores de la embarcación y para ello se abrió paso entre la muchedumbre y empezó a escalar. Cuando alcanzó la cima y cuando había alzado su tomahawk y preparado su coraza, sin darse cuenta se encontró en la línea frontal de los guerreros. El humo de los barcos quemados por todas partes, hería sus ojos; sólo indistintamente vio a los defensores drakonay, que avanzaban en filas enfrente de él y hacia la cubierta más alta. ¿Acaso se habían redoblado los gritos y el tumulto repentinamente?

Un dedo forzudo le dio unos golpes en la espalda. Se volvió y se encontró con la mirada de Van Rijn.

—¡Diantres y demonios! ¡qué clase de escalador era éste! Mejor hubiera sido que me hubiese quedado abajo, ¿no? Bueno, muchacho, ahora estamos en lo nuestro, en nuestro propio ambiente. Tolk me acaba de enviar un mensaje, la fuerza expedicionaria del Drako completa, está a la vista y se acerca hacia aquí, rápidamente.

CAPITULO XVIII

El asió su arma con fuerza. A su alrededor los cuerpos alados gritaban, se movían y avanzaban en todas direcciones con rapidez.

Estos eran principalmente tropas de la guarnición de Mannenach; cada uno de los barcos de hielo llevaba un número bastante elevado de guerreros, a los cuales, se les había enseñado los conocimientos más elementales de la lucha de tierra. Y durante todo el viaje hacia el sur hasta llegar al encuentro de los Fleet, Van Rijn y los capitanes de Lannascha, les habían exhortado:

—Nunca, en ningún momento, os mezcléis con las fuerzas aéreas. Permaneced sobre la cubierta cuando nosotros abordemos una

embarcación. El éxito de nuestro plan consiste en la cantidad de embarcaciones que podamos atrapar o destruir. Trolwen y sus escuadrones del aire irán por encima de nosotros para *ayudaros*.

Estas ideas no entraban perfectamente bien en la cabeza de todos los diomedanos.

Wace no estaba completamente seguro de si este plan no morirla al cabo de una hora de haberlo dicho, dejándole a él y a Van Rijn solos sobre la cubierta mientras los guerreros se lanzaban sin una dirección determinada hacia una batalla en el cielo Pero no tenía otra elección, más que confiar en ellos por el momento.

De pronto echó a correr. El ruido que hacían sus seguidores le destrozaba su cerebro como si fuese el vacío de unos tambores. Alas se movían delante de él, instintivamente las líneas desentrenadas del Drako estaban abriéndose en dos líneas.

A través de las eras geológicas la única cosa buena que podía hacer un diomedano había sido coger por arriba a un atacante. Wace irrumpió en el lugar donde ellos habían estado.

Los navegantes enemigos se decidieron ante estos curiosos adversarios que no volaban. Un lannascha se olvidó de su deber, quiso volar pero de pronto se vio golpeado por tres cuerpos enemigos. Cayó como un guiñapo en el mar; Los draconnay se lanzaron hacia abajo.

De pronto, se acercaban a una velocidad endemoniada hacia ellos. Las tropas ocasionales de tierra de los lannascha, habían cogido sus corazas fabricadas por ellos mismos y que conservaban de la última retirada y rápidamente se transformaron en tortugas artificiales. El resto esperó el asalto aéreo. Y los arqueros se aprestaron.

Wace oyó el sinistro silbido que se levantaba tras él, y vio a cincuenta draconnay.

Después, un dragón pasó cerca de su rostro, llevando consigo un cuchillo. Wace paró el golpe sobre la coraza. Este golpe cayó sobre su brazo izquierdo magullándole los músculos. El lanzó al mismo tiempo un patadón que atrapó de lleno el duro vientre del enemigo y vio como éste perdía el equilibrio. Su tomahawk se levantó y cayó con todas sus fuerzas sobre él, oyéndose un sonido terrible. El diomedano cayó como si estuviese asaltado por una enfermedad epiléptica a consecuencia de su ala rota que le había producido el golpe.

Wace se apresuró, el draconiano estaba esperando disparar su arco. El

objeto era capturar la artillería de la embarcación. Alguien desde arriba debía haber visto lo que intentaba.

Desde una parte a otra de la embarcación se podía ver a los guerreros con flechas de los lannascha; pero de pronto una línea bien organizada de la masa de los draconnay se acercaba a un gran velocidad hacia la cubierta y cuando llegó a ella, les plantó ante la batería principal de los arrojadores de llamas y de los balistas.

—¡Así! —murmuró Van Rijn— de todos modos, éstos hacen cosas que no están mal del todo. Pero ahora veremos.

De pronto él se acercó con un trote un tanto elefantino, llevando consigo su hacha por encima de la cabeza; un trozo de piedra desprendida da algún hacha le golpeó en el abdomen, una flecha pasó rozándole la mejilla, y algunos dardos rebotaban sobre su doble coraza. Se acercó de un salto hacia dos guardas alados para darles ánimos y al mismo tiempo golpeaba con su hacha al aire como si viese enemigos imaginarios. En aquel momento se encontró entre los defensores.

—¡ *Je maintiendrai*!—gritaba, y acercaba su cabeza hacia el más próximo de los Draco— que Dios envíe la razón —gritó dando un golpe con su hacha a uno que se acercaba a él— ¡ *Fram, Fram, Kristmen, Krossmjnn, Kongsmenn*! —seguía gritando y desafiando a tres guerreros que se acercaban a él— *Heineken Bier* —decía volviéndose a pelear hacia una sombra alada que se le acercaba por detrás, cogiéndola por el cuello.

Wace y el lannascha se acercaron a él. Hubo un intervalo de lucha, y un ruido de huesos rotos, de alas y de colas. Los draconnay irrumpieron allí.

Van Rijn se acercó hacia un arrojador de llamas y fue a ponerlo en movimiento.

—Apuntad hacia allí —gritaba— veamos si podemos barrerlos a todos, cabezas infectas.

Uno de los lannascha se acercó al arma que estaba hecha de cerámica, apretó con fuerza el botón de madera de ignición, y arrojó aceite hirviendo. Abajo, sobre la cubierta, inferior, los balistas empezaban a zumbar, las catapultas cantaban su canción de guerra, y los arrojadores de llamas no cesaban un momento. Una parte de los hombres que estaban en el barco de hielo se reunieron junto a una de las máquinas de madera, y arrojaban dardos a los últimos de los

atacantes Draco.

Una hembra corrió hacia la parte superior de la embarcación:

—¡Es a nuestros maridos a quienes están matando! —chillaba— ¡destruidlos!

Van Rijn saltó de la cubierta superior, y cayó a unos tres metros. Había enemigos que se aprestaba a atacarle. Gritando, moviendo sus brazos se acercó hacia los seres monstruosos:

—¡Retroceded! —gritaba en su propio lenguaje— ¡Id hacia atrás! Si, es lo creéis y vosotros. ¿Es que queréis dejar a vuestros niños sin protección? Yo me como a los jóvenes draconnay.

Abandonó aquel lugar y retrocedió hacia un sitio donde se pudiera proteger. Wace dejó un hueco. Su cuerpo estaba inundado de sudor. No había estado en mucho peligro. Tal vez, en teoría, una hembra podía llegar a ser descuartizada ante los ojos de sus retoños, pero, ¿quien podría llegar a esto? En todo caso, Eric Wace, no.

Era mejor abandonar y dedicarse a la contienda como un caballero. De pronto, se dio cuenta de que la embarcación era suya. El humo era aún muy denso en el aire para que él pudiera ver bien, ¿como iba por los otros sitios? Aquí y allá, a través de una brecha, aparecía alguna visión: Una embarcación estaba en llamas, abandonada; un bajel de hielo, destruido, sin mástiles, lleno de flechas que habían caído sobre él, iba a la deriva; otro barco lannascha que yacía junto a otra embarcación, y otro más abordando a uno que aún llevaba sobre el guerreros. Wace no tenía idea de cómo podía ir la lucha sobre el mar, cuantas pequeñas embarcaciones de hielo se hablan destruido o cuántos guerreros habían desertado, o bien, atrapados por el ataque instantáneo de los Draco, dejando inservibles las embarcaciones y algunos enemigos.

Estaba perfectamente claro, —pensó— Van Rijn se lo había dicho con bastante claridad a Trolwen en el Consejo, que la mas pequeña, la peor equipada, virtualmente desentrenada navegación lannacha, no tendría oportunidad de vencer a los Fleet. La fase crucial de esta batalla no iba a reducirse a piedras o llamas.

Miró hacia arriba. Allá a lo lejos, donde su mirada no podía alcanzar, el cielo aparentaba increíblemente tranquilo. Las formaciones de guerra balanceándose de un lado al otro, estaban tan lejos de el que parecían como si fuesen dardos muriéndose. Solo al cabo de unos minutos su ojo inexperto se dio cuenta de la verdadera situación.

Teniendo a la mayor de su faena en las embarcaciones, Trolwen era ridículamente inferior en número en el aire tan pronto como llegase Delp.

Por otra parte, los elementos de Delp habían estado volando durante horas paro llegar aquí; no tenía comparación individualmente lo bien descansados que estaban los lannascha.

Dándose cuenta de esto cada uno de loe miembros de las divisiones, tenía su ventaja particular; Delp ordenaba masas impenetrables de hombres que iban a la carga; Trolwen usaba escuadrones más pequeños que se movían en la lucha, golpeaban con toda su fuerza y volvían hacia los barcos. Los lannascha retrocedían al mismo tiempo, excepto cuando Delp intentó enviar un gran número de guerreros para relevar en las embarcaciones. Entonces, la fuerza completa soberbiamente integrada en el aire a la disposición de Trolwen iría a irrumpir contra esta fuerza del enemigo. Esto se dispersaría cuando Delp trajese los refuerzos, pero ya hablan logrado su propósito: Romper la formación y no permitir los libres movimientos en el mar.

Así continuaron las cosas durante algún tiempo ilimitado bajo el sol del Alto Verano.

Wace se perdió a sí mismo contemplando la terrible belleza de la muerte alada y disciplinada. La voz de Van Rijn le volvió a la realidad hacia la desgraciada falta de alas de los humanos.

—¡Despierta, tal vez estés soñando, tal como permaneces ahí con la boca abierta y respirando con ansiedad! ¡Rayos y Lucifer! Si queremos continuar conservando esta embarcación, tenemos que hacer sigo con ella, ¡por todos los demonios! Tú diriges la batería aquí y yo voy a decir a aquellos hombres lo que deben hacer. ¡Así! —Dio una voz que mas bien recordaba el sonido de una locomotora por la profundidad y por el ruido que produjo.

Habían conseguido liberarse de todos los atentados para volver a capturar la embarcación y hasta que los tripulantes arrojados de ella fueron a reunirse con las legiones de Delp. Ahora, y, de pronto, Van Rijn tomó la embarcación y se acercó y la puso en movimiento. Iba acercándose despacio por encima de las aguas humeantes hasta llegar a una embarcación Draco que estaba ante él. Entonces, como si hubiese sido un movimiento espontáneo, las flechas formaban una cortina, y la tripulación tenía un Aspecto tanto en un bando como en el otro, como de hallarse en un mal momento.

Wace continuó en su sitio en la parte superior de cubierta, dirigiendo el fuego de sus armas. Piedras, peleas, bombas, aceite, todo se arrojaba en una extensión de unos cuantos metros como si fuese una avalancha total. En un momento determinado, organizó una brigada especial para apagar el fuego que había lanzado el enemigo. Mas tarde vio a uno de sus nuevas catapultas aplastada por una piedra de. dos toneladas, y forzó a los sobrevivientes a levantar esta piedra y arrojarla al mar y volver a la lucha. Vio como en ciertos momentos, la tripulación, adquiría un aspecto extraño, como si estuviesen completamente borrachos y los cuerpos entrechocaban unos contra otros sobre los dos bajeles detrás de cada uno de los golpes terribles que se lanzaban. Y al mismo tiempo y con todo el furor de la lucha se preguntaba en un rinconcito de su cerebro por qué la lucha no tenía más sentido, en ningún lugar del universo, que estar siempre luchando los unos contra los otros.

Van Rijn no tenía la calidad de tripulación que necesitaba para ganar aquella batalla como un Nelson neolítico. Ni tampoco su especialidad le permitía intentar un abordaje contra otra embarcación; era solamente toda su pequeña fuerza lo que le permitía su pequeña fuerza de guerra, era atacar a este hombre y luchar contra este Otro. Pero, sin embargo, se mantenía con firmeza allí, conteniendo a los hombres de la tripulación en la guerra en que se estaban empeñando, yendo de una parte a otra para mantener en la más completa exahustación a los remeros lannascha. Y su embarcación iba de una parte a otra a través de la tormenta de fuego, un tormenta de cuerpos vivientes, hasta que estuvo casi sobre el bajel del enemigo. Los cuernos se alzaron al aire entre los draconnay, sus guerreros se lanzaron con todas sus fuerzas e irrumpieron desde BUS

lugares para desengajar la formación de los Fleet.

Van Rijn les dejó hacer, mirando a su alrededor los mástiles y las cuerdas que se extendían a algunos kilómetros a su alrededor. De pronto se acercó hacia la escotilla más próxima, bajó a través de la cubierta de popa, y así llegó a la cubierta principal. Se frotaba las manos y decía:

—Aja, les dimos una pequeña paliza, ¿no es así? ¡No volverán a acercarse a ninguno de nuestros botes muy pronto!

—No comprendo, Canciller —dijo Angrek con un inmenso respeto— tenemos una tripulación más pequeña y con menos inteligencia. Tenía que haberse acercado allí o, al menos, acercarse a nosotros. ¡Podría habernos barrido si nosotros no hubiésemos abandonado el barco!

—Ah —dijo Van Rijn. Extendió su dedo que recordaba una salchicha — pero ves, jovencito él se está llevando a las mujeres y a los niños al mismo tiempo que mucho útiles que nos pueden ser de gran valor y otros bienes. Su familia completa, está en la embarcación. No se atreve a arriesgar su destrucción; podríamos quemarles fácilmente, sin remisión, en el caso de que no podamos capturarles. ¡Ja! Será una mañana de mucho placer para todos los que estén en el infierno cuando llegue allí Nicholas van Rijn, ¡vive Dios!

—Las hembras... —los ojos de Angrek se elevaron hacia la parte superior de la cubierta. Sus ojos mostraron un brillo extraño.

—Después de todo —murmuró— *no es como si fuesen nuestras hembras...*

Una gran, parte de Lannascha se dirigía en aquella dirección, al parecer con una intención determinada, pero sus alas estaban desplegadas rígidamente y sus colas abiertas. Era una cosa muy sabida que la mayor parte de los guerreros más recientes estaban en este grupo, más que en otras clases.

Wace llegó corriendo hacia el borde de la cubierta superior. Se inclinó por la barandilla, puso sus manos a modo de bocina en su boca y gritó:

—¡Freeman van Rijn! ¡Mire hacia aquella parte, hacia arriba!

—De acuerdo.

El mercader puso su mano sobre la frente para mirar, cerró un poco los ojos, pestañeó, respiró con fuerza y luego hizo un sonido a modo de ronquido con su nariz. Uno por uno, los lannascha descansaban sobre las cubiertas sangrientas elevando su mirada hacia el cielo. Y una rigidez se manifestó en ellos. Allá arriba, la batalla estaba terminando.

Delp había finalizado la reunión de todas sus fuerzas en una masa única pero irresistible y les había llevado hacia abajo a todos al mismos tiempo hacia el nivel del mar.

Allí se reunieron con la tripulación de las embarcaciones que estaban en batalla, embarcación por embarcación, una tras otra. Un partido de lannaschas que había sido tan de repente y hasta tal punto inferior en número, no tenía elección para poder volar y abandonar su barco de hielo, y fueron hacia Trolwen.

Los draconnay hicieron solamente un intento de por volver a capturar la embarcación que estaba completamente en posesión de los lannascha. Les costó mucho. Se mantuvieron de momento las instrucciones que se habían dado con anterioridad; estas fuerzas puramente aéreas, eran relativamente impotentes contra una unidad bien defendida de los Fleet.

Habiendo determinado de una manera decisiva y con toda exactitud quién debería atacar y en qué momento a cada una de las embarcaciones, Delp reorganizó sus fuerzas y condujo una porción de sus tropas de nuevo, para atacar a los escuadrones aéreos, que ya se habían aumentado, de Trolwen. Si lograba hacerles huir, entonces, dado lo que quedaba de las embarcaciones del Draco mas el total de la dominación que en aquellos momentos tenían en el cielo, Delp podría reconquistar los bajeles perdidos.

Pero Trolwen no huyó tan fácilmente. Y mientras la lucha naval, tal como Van Rijn había estado dictando, continuaba allá abajo, un combate feroz se entabló en las nubes.

Por ambas partes, tanto en lo naval como en el aire, la batalla era indecisa.

Tal era, de una manera aproximada,!a situación de los acontecimientos, así como Tolk lo relataba a los humanos una hora poco más o menos mas tarde. Todo lo que se podía ver desde el agua era que las armadas, en guerra del cielo estaban separadas. Tan pronto bajaban como volaban de una parte a otra zigzagueando hacia puntos inconcretos, tan pronto eran dos masas unidas de una forma confusa como dos puntos negros que se apretaban contra un banco de nubes. Indudablemente, amenazas, gritos, e insultos se arrojaban los unos a los otros al viento, pero ya no había flechas.

—¿Qué es eso? —exclamó Angrek—. ¿Qué es lo que está ocurriendo allí?

—Si duda, una lucha —dijo Van Rijn. Se hurgó los dientes con la uña, y se golpeó el abdomen complacientemente.

—Estaban aprestándose a la lucha, pero al final Tolk envió alguien a Delp y le hizo saber que podrían entretenerse en parlamentar, y, entonces, Delp accedió.

—Pero... nosotros no podemos... ¡usted ni puede comerciar con los Draco! El no es un... es un *extranjero.*

Un murmullo de voces que reforzaba el sentimiento de Angrek corrió a lo largo de todos los grupos Lannascha.

—No se puede parlamentar con un animal salvaje, puerco como éste —dijo Angrek—

todo lo que se puede hacer es matarle. O bien él le matará.

Van Rijn hizo un gesto significativo a Wace que estaba en la cubierta superior a la que él se encontraba, y dijo en inglés:

—Pensé que tal vez podríamos decirles ahora que esta tregua es el único objetivo de toda nuestra lucha, peto tal vez sea mejor no decírseles ahora, ¿no crees?

—Me pregunto si nunca llegarán a admitir o aceptar este punto —dijo el más joven de los humanos.

—Nosotros tendremos que admitirlo, hoy, y espero que no nos entierren vivos por lo que hemos dicho. Después de todo, nosotros hicimos que Trolwen y el Consejo accedieran. Pero entonces si es así son unos cabezas de huevo duro. —Van Rijn se encogió de hombros— hablemos ahora. Ahora que se nos presenta la oportunidad con más brillantez. Este es el momento en que se ponen las cartas sobre la mesa,¡Ja! Tienes los nervios lo suficientemente templados para ver lo que puede suceder.

CAPITULO XIX

Aproximadamente una décima parte de las embarcaciones se separaron de la confusión general y se reunieron lejos a unos cuantos kilómetros. A ellas se acercaron algunas embarcaciones de hielo que estaban todavía en uso. Las cubiertas de todas ellas estaban inundadas de guerreros que esperaban impacientemente. Estos eran los bajeles de los lannach.

Otra décima parte aproximadamente estaba ardiendo, o había sido deshecha y derrotada por el fuego, las piedras hasta que se hundieron bajo las aguas del Achan.

Estas eran las embarcaciones de las que ya nadie tenía cuenta, abandonadas por ambos bandos, ambas naciones. Entre ellas había pequeñas embarcaciones abiertas en dos, rotas, en los que no había mas que grandes despojos, o donde toda la tripulación estaba compuesta por Dacconnay muertos. Los que quedaban se dirigieron formando una gran masa alrededor del castillo del almirante. Desde

luego no era un grupo de embarcaciones bien constituidas, y mejor acondicionadas o formadas por canoas bien equipadas.

Ninguna tripulación había escapado de tener sus pérdidas, y un buen número de bajeles se podía decir que eran ya inservibles. Si los Fleet pudiesen volver a la mitad de su fuerza de lucha normal ponerla otra vez en acción tendrían mucha suerte.

Sin embargo, esto era casi tres veces mayor que las unidades que los lannascha tenían en este momento. El número de machos por cada lado era aproximadamente igual; pero con un espacio superior de carga, los draconnay tenían Además munición. Cada uno de sus bajeles, era también superior individualmente, mejor construido que los barcos de hielo, y mejor acondicionados que los barcos capturados.

Breve, los drako aun tenían la balanza del poderío.

Mientras ayudaban a Van Rijn a meterse en una canoa capturada, Tolk dijo con cierto malhumor:

—Yo en su lugar guardaría mi armadura puesta, terrestre. Así ni tendría mas que atármela cuando a tregua termine.

—¡Ah!

El mercader extendió sus brazos de una manera monstruosa, se dio unos golpes en el estómago y se dejó caer sobre un asiento.

—Supongamos, sin embargo, que el armisticio no se rompe. Entonces habré estado vistiendo este maldito corsé sin ningún motivo. Lo que sería peor que un dardo en mi trasero, pongo por testigo a San Dimas.

—Me doy cuenta —añadió Wace— que ni usted ni Trolwen llevan corazas.

El comandante se alisó su piel con mano nerviosa.

—Eso es a causa de la dignidad de los Flok —murmuró—, estos estúpidos no van a pensar que tengo miedo de ellos. La canoa empezó a moverse, su tripulación se inclinaba sobre los remos. Resbalaba dulcemente hacia un lugar de aguas oscuras Por encima de ellos vigilaba el resto de la guardia lannascha, poniendo cuanto entusiasmo podían en la demostración del desfile volante para que les viese el enemigo. Había aproximadamente un centenar. No serviría para nada mezclarse entre las iracundos Fleet.

—No espero que podamos alcanzar ningún acuerdo —dijo Trolwen— nadie puede...

con una inteligencia tan extraña como la que ellos tienen.

Las gentes del Fleet son exactamente igual que vosotros —dijo Van Rijn—, lo que necesitáis es más comprensión entre vosotros mismos, ¡condenación! Me parece muy bien que os matéis, pero no tengáis prejuicios raciales.

—¿Dices que son *como nosotros*? —exclamó Trolwen. Sus ojos se agrandaron enormemente y se pusieron de un color amarillo— mira terrestre...

—No importa —dijo Van Rijn— estoy de acuerdo en que ellos no tienen una estación en el año para emigrar. Y vosotros pensáis que esto es una cosa muy grande, de mucha importancia. De acuerdo. Pero ahora tengo cosas en que pensar por mí mismo. ¡Cierra el pico!

El viento levantaba olas enormes y se arremolinaba con gran fuerza. El aire era frío, húmedo, oliendo un poco a vida salada. No era un momento muy fácil para morir, pensó Wace, duro de todos, sin embargo, para salvar a Sandra, mientras ella estaba tendida bajo los arrecifes de hielo de Dawrnach. *Ruega por mi alma, amada, mientras tú esperas seguirme. Ruega por mi alma.*

—Deja los sentimientos personales de una parte —dijo Tolk— hay mucho que discutir sobre nuestros asuntos. Por ejemplo, una tribu con vida, tan ajena a nosotros como los drascha, tendrá un espíritu igualmente extraño. Yo no pretendo, no intento seguir tus pensamientos, terrestre. Yo e considero mi amigo, pero admitámoslo, tenemos muy poco en común. Yo sólo confío en ti porque tu motivo inmediato —sobrevivir— ha sido fácilmente comprensible para mí. Cuando yo no consigo seguir perfectamente tus razonamientos, puedo fácilmente creer que cuando menos lo haces con buena intención.

—Pero los draska ahora, ¿cómo podemos confiar en ellos? Digamos que se llega a un acuerdo de paz. ¿Cómo podremos saber que ellos lo respetarán? Ellos no pueden tener concepto del honor en absoluto, así como no tienen ningún concepto de la decencia sexual. O incluso aunque ellos intenten llevar a cabo sus júrame tos, es que podremos estar seguros de que las palabras del tratado significarán lo mismo para ellos que para nosotros. En mi capacidad de Heraldo, he visto muchas incomprensiones semánticas, entre tribus con diferentes lenguas. Así pues, ¿que será de las tribus con diferentes instintos?

—O bien me pregunto… ¿Es que acaso podremos incluso contar *nosotros mismos* en respetar tal tratado? Nosotros no odiamos a nadie por el simple hecho de haber luchado contra nosotros, Pero nosotros odiamos el deshonor, la perversión, la suciedad. ¿Cómo podemos vivir con nosotros mismos, si establecemos la paz con criaturas a quienes los dioses deben despreciar?

Suspiró y miró con gran agitación hacia las embarcaciones más próximas.

Wace hizo una mueca:

—Se te ha ocurrido pensar, que ellos están pensando de la misma forma, las mismas cosas en cuanto a vosotros? —le replicó.

—Claro que lo están haciendo —dijo Tolk— éste es otro punto importantísimo en la senda de las negociaciones.

Personalmente, pensó Wace, *estaré muy satisfecho con un tratado temporal.*

Nada más hay que dejarles que arreglen sus diferencias lo suficientemente como para que nos permita enviar un mensaje que alcance a Thursday Landing. Por mi parte después de que el mensaje haya llegado, ellos se pueden matar y aniquilarse los unos a los otros sin que a mí me importe, en absoluto.

Miró a las formas aladas y delgadas que había a su alrededor, y pensó en el trabajo y en la guerra, en el tormento y en el triunfo; sí y de cuando en cuando en alguna risa o en el fragmento de una canción. Pensó en el buen corazón de Trolwen, en el filosófico Tolk, en el joven impulsivo Angrek; pensó en el bravo y amable Delp y en su esposa Radonix, que era mucho más señora que muchas hembras humanas que él había conocido. Y los pequeños jovencitos recubiertos de pieles, que se revolcaban entre las basuras o bien subían entre sus piernas. *No*, se dijo a sí mismo , *estoy equivocado. Esto significa mucho para mi, después de toda, que esta guerra debería terminar para siempre.*

La canoa se deslizó entre otras embarcaciones. Algunas caras dracco miraban imperturbables hacia abajo, hacia ellos. De vez en cuando alguno escupía el agua.

Estaban todos muy tranquilos. Había un montón de guerreros extendidos por todas partes y una guardia especial formaba un anillo cercando la cubierta principal. Delante del castillete de madera, rodeado de pieles y cojines, el almirante T'heonax y su consejero

esperaban. A un lado estaba el capitán Delp con unos pocos de sus guardias personales, revestido de los hábitos de guerra, llenos todavía de sudor y sucios.

Un silencio total se extendía por encima de ellos a medida que la canoa llegaba y hasta que esta se detuvo ante la embarcación. Trolwen, Tolk y la mayor parte de las tropas lannascha volaban por encima de la cubierta. Fue unos minutos más tarde después de muchos sufrimientos y juramentos que los humanos pudieron llegar al tope de la cubierta donde se encontraban los jefes de ambos ejército!

Van Rijn miró a su alrededor.

—¡Qué hospitalidad! —exclamó en lenguaje dracco— tan sólo una pequeña cuerda que le tienden a uno desde abaje, y que está, izando a mis pobres huesos cansados hacia una tumba que no... tendría que ser más que para vosotros. Pongo a los cielos por testigo, que esto es muy duro. ¡Muy duro! Algunas veces pienso en abandonar y retirarme. ¿Entonces qué será de la Galaxia? En aquel momento todos os sentiríais muy apenados, cuando ya fuera demasiado tarde.

T'heonax le dirigió una mirada satírica.

—Usted no fue el invitado que mejor se condujo de todos cuantos tuvieron los Fleet Terrestre —respondió— tengo muchas deudas con usted. Sí. No lo he olvidado.

Van Rijn se dirigió hacia Delp, extendiendo su mano:

—Así, pues, era yo quien tenía razón, y era usted el que estaba haciendo todo el trabajo —replicó— tenía que habérmelo supuesto. Nadie más que usted entre los Fleet tiene tanto cerebro. Yo, Nicholas Van Rijn le manifestó todos mis respetos.

T'heonax se irguió y sus consejeros rígidos, miraron un tanto sorprendidos hacia el almirante a quien no se prestaba atención. Delp se encogió por un momento. Pero más tarde accedió a dar la mano a Rijn y la apretó con fuerza al modo terrestre.

—Que el Lodestar me ayude, me satisface ver su grueso y vil rostro por aquí de nuevo

—dijo— sabe usted lo a punto que estuvo de costarme mi... ¿bueno todo lo que soy? Si no hubiese sido por mi esposa...

—Nosotros no mezclamos los negocios y las amistades —dijo Van Rijn

con cierta soltura— ¡ah, si!, su buena esposa Rodonix. ¿Cómo se encuentra ahora y todos los pequeños? Todavía recuerdan al viejo tío Nicholas y los cuentos que él les narraba cuando se iban a dormir como por ejemplo el...

—Si me hace el favor —dijo T'heonax con una. voz que revelaba su nerviosismo—

querríamos si usted nos lo consiente, continuar. ¿Quién hará de intérprete? Si ahora le acuerdo, heraldo. —Una mirada llena de rencor — entonces preste atención. Diga a su líder que este parlamento fue consentido por. mi comandante de campo, Delp her Orikan, sin enviar si quiera un mensajero aquí para consultarme. Me hubiese opuesto a ello de haberlo sabido. Uno fue prudente ni necesario. Tendré que hacer barrer estas cubiertas donde hayan pisado los bárbaros. Sin embargo, puesto que el honor de los Fleet está empeñado, ustedes también tienen una palabra de honor en su lenguaje, ¿no es así?

Entonces oiré lo que vuestro líder tiene que decir.

Tolk asintió cortésmente y lo tradujo al lenguaje lannascha. Trolwen se sentó, manifestando en, sus ojos toda la atención concentrada. Sus guardias se retiraron un poco, y sus manos se estrecharon sobre sus armas. Delp movía sus pies inquieto, y alguno de los capitanes de T'heonax miraba a lo lejos de una forma embarazosa.

—Dile —dijo Trolwen tras un momento, con una precisión amarga— que permitiremos que los Fleet se vayan inmediatamente. Naturalmente necesitaremos rehenes.

Tolk tradujo, T'heonax retiró sus labios de entre mis dientes y se rió.

Están sentados aquí con su pequeño puñado de embarcaciones deshechas, ¿y se atreven a decirnos esto?

Pero sus consejeros, que capitaneaban sus flotillas, permanecieron graves. Fue Delp quien dijo:

—El almirante sabe que he tomado parte en esta guerra. Con estas manos, estas alas, esta cola, he matado machos enemigos; con estos dientes he mordido la sangre del enemigo. Sin embargo, digo ahora que sería mucho mejor que les escuchásemos.

—¿Qué? —T’heonax abrió desmesuradamente sus ojos— espero que estarás bromeando.

Van Rijn se adelantó también.

—No tengo tiempo para estupideces —espetó— escúcheme, y pondré las cosas y las palabras tan claras que un retoño de dos años podría explicárselo. Hemos tomado los lugares más esenciales de esta guerra y los puntos principales de los Fleet, y si usted no se porta como es debido y razona debidamente, les aplastaremos. ¡Mire allí! —su brazo se extendió ampliamente hacia el mar— tenemos embarcaciones. No tantas, tal vez, pero bastantes. Tendrá que conversar con nosotros o continuaremos luchando. Si no es asi, pronto será usted quien no tendrá embarcaciones suficientes. Así que métase eso en la pipa y chupe con fuerza.

Wace asintió. Bueno. Bastante bueno. Estaba demostrando que deseaba bastante vivamente intercambiar disparos y más disparos entre ellos o bien hacer que los guerreros luchasen los unos contra los otros en el aire.

Pero lo que no deseaba era arriesgarse a ser abordado, desechar sus embarcaciones o que se apoderasen de ellas los lannach. Porque esto era su casa, el único camino en que la cultura de estas gentes concebía el vivir. Si se deshacían las embarcaciones, no habría bastantes para poder ir a la pesca o bien para poder albergar lo pescado, ni tampoco lugares donde pudiesen habitar los grupos de guerreros que saliesen vivos de esta contienda. No era más que esto.

—Os hundiremos —chilló T'heonax. Se levantó, batiendo sus alas, izando la cresta, y estirando la cola con tanta fuerza que parecía una barra de hierro.

—Ahogaremos a cada uno de los que queden de vosotros.

—Es posible —dijo Van Rijn— ¿pero crees que eso va a asustarnos? Si abandonamos ahora, habremos terminado para siempre también. Así que primero te llevaremos al infierno con nosotros, para que nos abrillanten nuestros zapatos y para tomar bebidas frías, ¿no es eso?

Delp, dijo con cierto embarazo en sus palabras:

—Nosotros no vinimos a Achan por el mero hecho de amar la destrucción, sino porque el hambre nos condujo. Fuisteis vosotros quienes nos negasteis el derecho de pescar, derecho que nadie nunca os otorgó. Oh, sí, nosotros también tomamos parte de vuestras tierras, pero es el agua lo que nosotros necesitamos. No podemos abandonar en este momento.

Van Rijn se movió inquieto.

—Hay otros mares. O tal vez os permitamos que pesquéis unos peces más antes de que os vayáis.

Un capitán de los Fleet dijo muy despacio:

—Mi señor, Delp ha dicho lo más crucial de nuestro asunto. Esto merece una solución.

Después de todo, el mar de Achan tiene poco valor o ninguno para vosotros los lannascha. Nosotros, es verdad nos apoderamos de vuestras costas, y ocupamos algunas islas que son la fuente de la madera y de otras cosas que necesitáis. Y naturalmente queríamos un puerto para nosotros solos en Sajna Bay para momentos de emergencia y reparaciones. Estos con asuntos de defensa y de la suficiencia de cada uno de nosotros, pero no una cosa tan necesaria para vivir como el agua. Así, pues, tal vez...

—No —gritó T'heonax.

Fue casi un chillido. Les hizo permanecer en silencio a todos ellos. El almirante se encogió, dando pequeños saltos durante un momento, y entonces se dirigió a Tolk:

—Dile a tu Líder... que yo, la autoridad suprema... rehúso. Yo digo que podemos burlarnos de vosotros y de vuestros navíos de juguete con pequeñas pérdidas por nuestra parte. No tenemos motivos para daros más explicaciones. Lo único que os concedemos es que guardéis las Tierras Altas de Lannach. Es la más alta concesión que podéis esperar de nosotros.

—Imposible —espetó el heraldo. Entonces dijo con toda prisa lo que había oído a Trolwen, que se encogió de hombros y miró hacia el aire.

—Las montañas no nos soportan —explicó Tolk con más calma— nos hemos comido de ellas todo cuanto tenían, y eso no es un secreto para nadie. Tenemos que tener las Tierras Bajas también. Y estamos seguros de que no permitiremos que os apoderéis de esas tierras como quiera que sea, para que nos ataquéis un año más tarde.

—Si piensas que podemos barreros del mar ahora, sin una pérdida que os haga hundiros a vosotros también, inténtalo ahora mismo —añadió Wace.

—¡Dije que podemos! —dijo encolerizado T'heonax y así lo desecó.

—Mi señor —dijo Delp dubitativamente. Sus ojos se cerraron durante un segundo.

Entonces dijo con bastante desconfianza— mi señor almirante, una lucha en estos momentos sería seguramente el final de nuestra nación. Las pocas embarcaciones que han sobrevivido serían la proa de los primeros bárbaros que están en las islas.

—Y una retirada hacia el océano acabaría también con nosotros —dijo T'heonax. Su dedo índice se extendió— a menos que puedas sacar los frutos y la madera que necesitamos del mar de Achan o de aguas que todavía nos son desconocidas.

—Eso es verdad naturalmente, mi señor —dijo Delp. Se volvió y miró a los ojos de Trolwen. Se miraron el uno al otro altivamente, pero con respeto.

—Heraldo —dijo Delp— dile esto a tu Jefe. No vamos a abandonar el mar de Achan.

No podemos. Si insistís en que lo hagamos, lo echaremos y espero que seáis destruidos sin muchas pérdidas por nuestra parte. No tenemos otra elección.

—Pero pienso que tal vez podemos abandonar cualquier pensamiento de ocupación bien sea lannach o holmenach. Podemos guardar toda la tierra sólida. Podemos sacar también pescado, sal, algas, obreros, comidas, piedra, madera, vestidos y aceite. Con el tiempo sería beneficioso para todos.

—E incidentalmente —dijo Van Rijn— podríais pensar en esto también. Si los draco no tienen tierra, y Lannach no tiene barcos, sería un poco más duro para cada uno de ellos hacer la guerra con el otro. ¿No es asi?

Después de unos cuantos años, el comercio y la riqueza de cada uno los habría hecho independientes y las guerras serían imposible. Así que si estáis de acuerdo ahora vuestras rencillas habrán acabado y entonces vendrá Nicholas Van Rijn con cosas de la Tierra para todos. Como el padre Noel, mis premios también son muy razonables. ¿Qué decís?

—Cállate —gritó T'heonax.

Fue hacia el jefe de sus guardias y le dio un empujón con una de sus alas y señaló a Delp.

—¡Arresta a este traidor!

—Mi señor. —Delp se tiró hacia atrás. El guardia dudó. Los guerreros de Delp se acercaron rodeando a su capitán amenazadoramente. Desde la cubierta más baja se oían ciertos murmullos.

—¡El Lodestar me escucha! —dijo Delp—, yo sólo sugería... yo sé que el almirante tiene la última palabra...

—Y mi última palabra es no —declaró T'heonax dejando de un lado por el momento el arresto— como almirante y oráculo, lo prohíbo. No hay un acuerdo posible entre los Fleet y éstos... estos viles... puercos, asquerosos, animales... —pasó la mano por sus labios.

Sus manos se curvaron haciéndose garras, que luego pasó por su cabeza. Un murmullo pasó a través de los daconnay. El capitán estaba con las alas extendidas, manteniendo todavía su dignidad, pero había terror en sus ojos. Los lannascha, ignorantes de las palabras pero presintiendo lo que ocurría se arremolinaron juntos y cogieron sus armas todavía con más fuerza.

Tolk tradujo con rapidez en voz baja. Cuando hubo terminado, Trolwen suspiró.

—Odio tenerlo que admitir —dijo—, pero si haces saber estas palabras a ellos son verdad. Crees verdaderamente, en serio, que dos razas tan diferentes como las nuestras puedan vivir la una junto a la otra? Costaría mucho no romper el tratado. Pueden volvernos a robar nuestra tierra mientras estamos en nuestra emigración, tomar todas nuestras ciudades de nuevo... o bien nosotros podríamos venir hacia el Norte una vez más con los aliados bárbaros, y luchar con la promesa del drako. Volveríamos a hundir nuestras garras en las gargantas, de una forma o de otra en el término de cinco años.

Mejor será que lo hagamos ahora. Mejor será que terminemos de una vez. Deja que los dioses decidan quién tiene razón y, quién no tiene derecho a vivir. Casi sin darse cuenta puso en tensión sus músculos, para aprestarse a luchar de nuevo si T'heonax terminaba el armisticio en este momento.

Van Rijn levantó su mano y su voz. Sonaba como un tambor. Hizo que todo el mundo se detuviera y las flechas fueron nuevamente poniéndose ¡sobre los carcaj.

—¡Deteneos! Esperad solamente un minuto por todos los demonios. No he terminado todavía de hablar.

Se dirigió hacia Delp.

—Tú tienes buen sentido. Tal vez podamos encontrar algunos otros con cerebro aunque no serán más que los que caben en una cucharada de té de las que venden mis competidores. Ahora voy a decir algo. Me serviré del lenguaje draco. Tolk, tú puedes ir traduciendo al mismo tiempo. Tengo que deciros algo que nadie en este planeta ha oído antes. Os digo que vosotros, los draco y los lannascha no sois extranjeros, sois la misma e idéntica raza estúpida.

Wace contuvo la. respiración.

—¿Qué? —susurró en inglés—, pero los ciclos reproductores...

—Matadme a este gusano gordinflón —gritó T'heonax.

Van Rijn hizo un gesto con la mano impaciente.

—Tranquilízate. Estoy hablando. Así, pues, siéntate, sentaos las dos naciones, y escuchad a Nicholas Van Rijn.

CAPITULO XX

La evolución de la inteligencia en la vida de Diomedes permanece aún en el incógnito; no ha habido tiempo para obtener fósiles de otras eras. Pero basándonos en la base de la biología existente y en los principios generales, es posible deducir los acontecimientos milenarios.

En cierto tiempo en los trópicos del planeta, hubo un pequeño continente o isla muy grande, que era un bosque muy espeso, las regiones ecuatoriales nunca saben de los largos días y noches de las altas latitudes: En el equinoccio el sol permanece en alto durante seis horas, para cruzar el cielo y permanece oculto durante otras seis; en el solsticio hay un cierto relampagueo, el sol está bien por encima o bien por debajo del horizonte. En lo que se refiere a Diomedes, éstas son unas condiciones ideales que darán una vida permanente, abundante y buena. Entre las especies de esta época pasada hubo un pequeño carnívoro de ojos brillantes. Como algunos animales voladores de la Tierra, y desarrolló sus membranas mediante las cuales saltaba de rama en rama.

Pero un planeta de densidad baja, tiene una estructura diferente. Los continentes se levantan y se hunden debido a incidentes de velocidad, y esto ocurre en cientos o miles de años. Las corrientes del océano y del aire se corresponden; y a causa del gran movimiento axial y de las

masas fluidas más grandes envueltas, las corrientes de Diomedes tienen un calor o un frío más considerable que en la Tierra. Así, pues, hasta en el Ecuador, hubo cambios de posición climáticos radicales.

Hubo pues, un período en el cual los antiguos bosques de maderas que en otro tiempo fueron preciosos se convirtieron en grandes y secas pampas, los animales voladores de aquellos días desarrollaron verdaderas alas para ir de un lado a otra Pero siendo un bestia adaptable, comenzó también a ser proa de otros animales comedores de hierbas que se alimentaban en todas latitudes. Así pues, comiendo hierba y otros animales creció en tamaño. Pero entonces necesitando más comida para un cuerpo más grande, fue necesario una variación de los lugares que les rodeaban, el mar, las. montañas, y las llanuras; pero entonces por virtud de la movilidad permaneció en un lugar ya determinado antes que tener que andar por nuevos espacios. Un individuo por sí mismo podía de este modo hacer frente a muchos tipos de regiones en su vida, le cual fue un premio a su inteligencia.

En este periodo por alguna razón desconocida, las especies, o una parte de ellas, la parte destinada a convertirse en algo importante tuvo que marchar de la Tierra donde había permanecido hasta entonces. Posiblemente un corrimiento de tierras rompió el continente original en pequeñas islas las cuales no podían soportar una población de animales tan grande. Cualquiera que sea la causa, las familias y las tribus tuvieron que marcharse despacio hacia el Norte o hacia el Sur, a través de un período de cientos de generaciones.

Allí ellos encontraron territorios nuevos y una excelente caza, pero un invierno al cual ellos no podían sobrevivir. Cuando llegó el período de las grandes noches, ellos se vieron obligados a volver a los trópicos para esperar el verano. No fue a causa del lugar en donde podrían reproducir sus crías de acción automática de los pájaros, emigrantes terrestres. Este animal era ya demasiado inteligente para ser una. máquina instintiva; sus costumbres eran algo aprendido. La selección natural de los vuelos anuales estimulaba esta inteligencia cada vez más.

Ahora el premio a la inteligencia es un período de juventud muy largo en proporción al total de la vida. Desde entonces no es el módulo de la acción lo que cuenta, cada generación debe aprender todas las cosas nuevas, lo que lleva mucho tiempo. Así pues, ninguna especie puede llegar a ser inteligente a menos que lo que le rodea produzca algún mecanismo para guardar a los padres juntos, de modo que ellos puedan proteger a sus jóvenes hijos durante el extenso período de infancia incapaz de valerse por sí misma o el período de juventud

ignorante. El amor de la madre no es bastante; la madre tendrá bastante que hacer con atender a las inquisiciones o a los trabajos que sus hijos le proporcionen, sin tener que entendérselas con ganar el sustento o guardándolos al mismo tiempo. El padre debe ayudar de otro modo. Pero ¿que guardara al padre alrededor de la madre, una vez que su instinto sexual se haya visto satisfecho??

El instinto lo puede hacer. Algunos pájaros, por ejemplo, emplean a los dos padres para llevar consigo al joven hijo. Pero los impulsos instintivos son incompatibles con la inteligencia. El padre tiene que tener una buena razón para permanecer allí, si el padre tiene el mecanismo es simple: Sexualidad permanente. El humano nunca está satisfecho una vez al año. De este hecho se deriva la familia, y arguye la posibilidad de la prolongación, de la inmadurez.

En el caso de los diomedanos, hubo emigración.

Cada tribu tuvo un largo y peligroso camino para viajar cada año.

Era mejor ir en compañía, bajo alguna forma organizada. Al fin del viaje, en los trópicos, pronto se manifestó el abandono hacia los gustos de cada uno; pero pronto se presentó el viaje inevitable de vuelta, pues las islas ecuatoriales no soportaban a muchos visitantes durante mucho tiempo.

Sin contar este agrupamiento anual primitivo (puesto que no era una: cosa instintiva, sino el fruto de la experiencia animal) hubo pérdidas de asociaciones permanentes.

Bandas defensivas se convirtieron en bandas cooperativas. Las exigencias del viaje habían hecho que las hembras y los machos se especializaran su tipo de cuerpo, unos para luchar, y otros como porteadores de las cosas que llevaban consigo. Era pues, ventajoso que los sexos mantuviesen su compañero durante todo el año.

El animal de familia permanente (en Diomedes, por regla general, una familia mes bien grande, tiene un clan matrimonial completo) con larga gestación, de gran número de crías, el constante cambio y el desafío a los alrededores, la lucha para buscar sus alimentos durante el invierno con bandas extrañas en extraños caminos, este animal tenía una razón evolucionativa ceda vez mayor para, empezar a pensar. Sin contar con estas razones hubo también un motivo para empezar a manifestarse por medio del lenguaje, para empezar a utilizar las cosas, el fuego, a manifestarse como naciones organizadas, y estas vagas e inalcanzables situaciones son las que nosotros

llamamos «cultura».

Ahora, mientras el diomedano no tenía un módulo irrevocable de conducta de reproducción, intentó seguir ciertos medios de vida. Siempre fueron los más fáciles.

Análogamente, la clase humana, no se manifiesta por instinto para formalizar y regular las cosas matrimoniales, pero las sociedades humanas lo han hecho así casi invariablemente. Es más cómodo en lo que concierne a todo. Así los diomedanos emigraron hacia el Sur para reproducirse.

¡Pero no tenían porqué hacerlo! Cuando existe el ciclo reproductor, están controlados por alguna simple máquina. Así, pues, para muchos pájaros sobre la Tierra es la medida creciente del día del verano lo que les causa el período reproductivo: El estímulo óptico ejerce sobre el proceso hormonal que hace reaccionar a otras células durmientes. En Diomedes, esto no es así; los ciclos de luz varían mucho con la latitud. Pero una vez el proto inteligente diomedano haya adquirido hábitos emigratorios (y por tanto debe reproducirse solamente en cierto período del año, si el joven debe sobrevivir) la evolución tomará un curso obvio que haga que la emigración sea el gobernador de sí misma.

Ordinariamente un cazador, con comidas accidentales de nueces, frutas o granos salvajes, el diomedano ejercita esto con gran facilidad. La emigración pide un esfuerzo prolongado; debe tener cientos o miles de generaciones para desarrollar los músculos voladores, tiempo suficiente para desarrollar a sí mismo otras adaptaciones. Así, pues, el esfuerzo estimula ciertas glándulas, que operan a través de un complejo, hormonal para hacer despertar las células reproductoras. Una excepción fue la hembra lactante, cuyas glándulas mamarias segregaban un agente restringido. Durante el gran vuelo, se concentraban las hormonas de cada sexo; no había tiempo para desperdiciar la energía en estas disipaciones. Una vez se hallaban ya en los trópicos, descansados y alimentados los diomedanos se rehacían de las oportunidades perdidas. Y lo hacían tan incesantemente que el viaje de vuelta no tenía ningún efecto significativo en sus glándulas exhaustas.

De cuando en cuando una vez en los hogares, y debido a algún ejercicio poco usual, alguno podía sentir algún deseo hacia el sexo opuesto. El que lo sentía suprimía esto, tan rigurosamente como el humano suprime los impulsos del incesto, y debido a razones más prácticas: Un recién nacido fuera de la estación significaba muerte

durante la emigración para él y para su madre. Esto no quiere decir que una gran parte de diomedanos realizaran esto; simplemente aceptaban el tabú, fundaban religiones y sistemas éticos y se concentraban en ello, sin embargo, indudablemente la atracción constante durante todo el año hacia el otro sexo había sido una raza ir consciente para el desarrollo inicial de sectas y tribus.

Cuando los diomedanos emigrantes encontraban una tribu que no observaba esta ley que era principalmente una base moral, sentían un. horror físico.

La de los draco era una de las varias que han sido ahora descubiertas por los investigadores. Ellos pueden haber sido originados como grupos viviendo cerca del Ecuador y así pues, no necesitando practicar los viajes; pero esto es aún un trabajo qué no está totalmente verificado. El punto claro es que ellos comenzaron a vivir más lejos del mar que de la tierra. Durante muchas centurias elaboraron aparatos físicos de barcos y los manejaron hasta que estos se convirtieron en su medio de vida.

Esto les daba más seguridad que la caza. Les dio también un hogar que podía ser habitado continuamente. Les dio la posibilidad de construir y usar esos aparatos, acumulando grandes bibliotecas, sentados y pensando o debatiendo problemas; en breve, la libertad para lograr una verdadera civilización, que ningún emigrante había aceptado en el grado más pequeño de les límites. Por otra parte, esto significaba un trabajo muy duro y una dominación aristócrata.

Este trabajo estimulaba la sexualidad; pero como hijos tibios y alimentos recogidos del mar habían hecho de su nacimiento un sigo independiente de las estaciones. Así pues, las naciones marineras se manifestaron como un módulo parecido al humano en el matrimonio y en la educación de los hijos: Había todavía un concepto romántico del amor.

Verdaderamente ninguna de las culturas podía imaginarse cómo podría ser la otra de la misma especie.

¿Y cómo podrá uno confiar en el otro?

CAPITULO XXI

—Simplezas ideológicas las que hacen la verdadera y sucia guerra —dijo Van Rijn—, pero ahora dejo de un lado la ideología y podemos de una manera sensible y amistosa plantear algunos de los problemas de cada uno de nosotros, ¿no es asi?

No había explicado naturalmente algunas de sus hipótesis con todo detalle. Los filósofos Lannascha tenían una idea vaga de la evolución, pero eran débiles en astronomía; la ciencia draco estaba casi en la reserva. Van Rijn se había contentado a sí mismo con las simples y repetidas palabras, sorteando lo que debía ser la real y verdadera explicación de las diferencias reproductivas conocidas.

Se frotaba las manos y se mantuvo durante un momento en silencio.

—¡Así es! Yo no he manifestado todo esto con toda dulzura. Pero no puedo explicarlo por que necesitaría mucho tiempo. Durante los tiempos venideros, pensad en los otros y en sus defectos. Os reís de una manera sucia los unos de los otros. Contáis historias desagradables. (Conozco algunas que pueden ser adaptables a vosotros), pero sabéis cuando menos que sois de la misma raza. Cualquiera de vosotros ha podido ser un miembro sólido, de la otra nación, ¿no es así? Tal vez vengan otros tiempos, y empecéis a tener que intercambiar algunos de vuestros aspectos de vida. ¿Por qué no lo experimentáis un poco eh? No, no veo que no podéis asimilar aún esta idea, ya no diré más.

Cruzó sus brazos y esperó, lleno de rabia, de cansancio y mostrando la fatiga de las semanas. Durante un momento y bajo un sol rojo y el viento del mar, la gran cantidad de soldados alados y de capitanes mostraron en sus rostros el eco que había producido en ellos estas palabras.

Delp, al final dijo, tan bajo que apenas se podía oír y que no rompió realmente el imperturbable silencio:

—Sí. Esto tiene sentido. Lo creo. Tras otro minuto inclinando su cabeza hacia la rígida piedra que en aquellos momentos era el rostro de T'heonax dijo:

—Mi señor, esto cambia la situación. Creo. No es tanto como esperábamos, pero es mejor que lo que teníamos. Creo que podemos parlamentar: Ellos tendrán toda la Tierra y nosotros tendremos el mar de Achan. Ahora que yo sé que ellos no son... demonios...

animales, bueno, las normales garantías, juramentos y cambio de rehenes, y otras cosas por el estilo, creo que deberíamos cerrar el tratado firmemente de una vez.

Tolk había estado susurrando en el oído de Trolwen. El comandante Lannach asintió.

—Esto es también lo que yo pienso —dijo.

—Podemos persuadir al Consejo y a los Clanes, jefe de los Flok —susurró Tolk.

—Heraldo, si nosotros llegamos a una paz honorable, el Consejo votará a nuestros fantasmas después de que muramos.

La mirada de Tolk se volvió hacia T'heonax, que permanecía inmóvil entre sus cortesanos.

T'heonax se levantó. Sus alas batieron el aire, levantando ruidos como el de un hacha atravesando un hueso. De pronto exclamó:

—¡No! Ya he oído bastante. Esta farsa tiene qua acabar.

Trolwen y la escolta lannascha no necesitaron intérprete. Asieron con fuerza las armas y se pusieron en un círculo defensivo. Sus mejillas se apretaron con fuerza automáticamente.

—Mi señor —se erigió Delp.

—¡Detente! —gritó T'heonax— ya has hablado demasiado. —Su cabeza se movió de un lado a otro—. Capitanes de los Fleet, ya habéis oído cómo Delp her Orikan aboga por la paz con las criaturas más bajas de las bestias. Recordadlo.

—Pero mi señor —un viejo oficial se levantó, con las manos en señal de protesta— mi señor almirante, ya nos lo han mostrado, ellos no son bestias... no es más que son diferentes...

—Teniendo en cuenta que el terrestre dice la verdad, lo que es seguro á ciencia cierta, que hay pues de todo ello? —T'heonax miró a Van Rijn— sólo hace empeorar las cosas.

Las bestias no pueden ayudarse entre ellas. Estos lannascha son sucios. ¿Y queréis dejarles vivir? Podríais... podríais comerciar con ellos... entrar en las ciudades... dejad que vuestros jóvenes sean seducidos por ellos... no.

Los capitanes se miraron los unos a los otros. Fue como un murmullo audible. Sólo Delp parecía tener el coraje de hablar de nuevo.

—Yo pido humildemente al almirante que piense que no tenemos una verdadera elección. Si luchamos con ellos hasta el final puede ser nuestro verdadero final también.

—Ridículo, eso es ridículo —gritó T'heonax— o bien ellos te han asustado o bien te han sobornado.

Tolk había estado traduciendo sotto voce. Ahora cansado ya, Wace oyó la respuesta del comandante a su heraldo.

—Si él torna esta actitud, un tratado no se podría llevar a cabo. Si lo hiciera, él sacrificaría sus rehenes para nosotros, no hay que hablar de los nuestros para con él; sólo para vernos envueltos otra, vez en una guerra. Volvamos antes de que yo mismo viole la tregua.

«Y allí», pensó Wace «es el final del mundo. Yo moriré bajo una lluvia de piedras, y Sandra morirá en la tierra glaciar. Bueno... nosotros lo quisimos».

El almirante no podía dejar marchar esta embajada.

Delp estaba mirando alrededor uno a uno, todos los rostros.

—Capitanes de los Fleet —gritó—, yo pido vuestra opinión. Yo os imploro que persuadáis a mi señor almirante... para que...

—La próxima palabra traicionera que sea dicha por cualquiera le costará las alas —

gritó T'heonax— ¿o es que ponéis en entredicho mi autoridad?

Naturalmente, pensó Wace, T'heonax iba a salirse con la suya; ninguno en esta sociedad os haría negar su absoluto poder, ni siquiera Delp. Podrían no estar de acuerdo con él, pero los capitanes obedecerían.

El silencio se hizo mayor.

Nicholas Van Rijn lo rompió de pronto con un gran grito. El total de las gentes que había allí, miraron. T'heonax saltó hacia atrás. Durante un momento fue como el batido de un ala.

—¿Qué fue eso? —gritó.

—¿Estás sordo? —respondió Van Rijn— yo dije... —repitió con un trémolo.

—¿Qué quiere decir?

—Es un término terrestre —dijo Van Rijn— déjeme ver... bueno, quiere decir que eres un... —el resto fue la obscenidad más grande que se pueda imaginar y que Wace hubiese oído en su vida.

Los capitanes miraron, algunos cogieron sus armas. Los guardias draco sobre la cubierta superior cogieron los arcos y las flechas.

—¡Matadle! —gritó T'heonax.

—No —la voz de Van Rijn estalló en sus oídos. El estridente volumen de la misma les paralizó—. Yo soy un embajador, ¡por todos los demonios! Herid a un embajador y el Lodestar os hundirá a todos en los mares hirvientes.

Esto les detuvo. T'heonax no repitió su orden; los guardias se retiraron hacia atrás; los oficiales permanecieron quietos, sustraídos por estas palabras.

—Tengo algo que deciros —continuó Van Rijn duplicando el volumen de su voz—

hablo para todos los Fleet, y pido que os preguntéis a vosotros mismos, por qué este ser es tan estúpido. El hace que os mantengáis en una guerra donde ambos bandos perdéis; hace que arriesguéis vuestras vidas, vuestras esposas y vuestros hijos, y tal vez la sobrevivencia de vuestro propio Fleet. ¿Por qué? Porque él tiene miedo. Sabe, que dentro de unos pocos años con mi llegada aquí junto a los draconnay y comerciando conmigo en mi compañía a precios verdaderamente fantásticos por lo bajo, las cosas comenzarán a cambiar. Haréis mejor en pensar por vosotros mismos. Probad la libertad. Poco a poco su poder se desprende de él. Y él es demasiado, cobarde para vivir por sí mismo. Y si no, mirad. Tiene que tener guardias y esclavos y a todos vosotros para mandaros, para probarse a si mismo que él no es simplemente un pequeño y estúpido y sucio, un verdadero Líder. Antes arruinará a todos los Fleet incluso morirá a sí mismo que perderá el rango que se ha forjado.

T'heonax dijo conmovido:

—Salid de mi embarcación antes de que olvide que esto es un armisticio.

—Oh, ya me voy, ya me voy —dijo Van Rijn. Avanzó hacia el almirante. Su amenaza reverberó en toda la embarcación— vuelvo y haré la guerra de nuevo si insistes. Pero sólo tengo una pequeña pregunta que hacer antes. —Se detuvo ante la presencia real y señaló hacía la nariz del príncipe con su peludo dedo índice. Por qué tienes tanto odio a la vida de los lannasca? Si tanto odio les tienes, ¿por qué no pruebas a quitársela tú mismo?

Volvió su espalda y se inclinó.

Wace no vio lo que ocurrió. Había guardias y capitanes entre ellos, oyó un ruido, un ruido que procedía de Van Rijn y entonces hubo un murmullo de alas ante él.

Entonces él se entremezcló entre los cuerpos, una cola le golpeó. Apenas lo sintió, su puño saltó, solamente para golpear a uno de les guerreros y para que le dejase el camino expedito y poder ver.

Nicholas Van Rijn estaba con ambas manos en el aire mientras un grupo de guerreros le amenazaba.

—El almirante me ha apresado —gritaba— estoy aquí como embajador, y estos cerdos me han apresado. Qué clase de relaciones son éstas entre varias naciones, cuando las cabezas de estado apresan a los embajadores extranjeros? ¿Es que acaso un presidente terrestre apresa a los diplomáticos? Esto es incivilización.

T'heonax se tiró hacia atrás, escupiendo y limpiándose la sangre que corría por sus mejillas.

—Sal —chillaba con voz estrangulada— vete de aquí inmediatamente.

Van Rijn asintió:

—Vamos amigos —dijo— encontraremos otros lugares donde tengan mejores modales.

—Freeman... freeman, dónde le... —se acercaba diciendo Wace.

—No importa dónde —dijo Van Rijn de malhumor. Trolwen y Tolk se unieron a ellos. La escolta lannascha caminaba a un paso detrás. Llevaban un paso apresurado a través de la cubierta, separándose de la confusión de los draconnay bajo el muro del Castillete.

—Podías haberlo supuesto —decía Wace. Se sentía fatigado, agotado por todas las cosas excepto por la debilidad y la rabia de la locura increíble de su jefe— esta raza es carnívora. Es que acaso no les ha visto cómo se atropellan los unos a los otros cuando se encolerizan? ¡Es... un reflejo... tenía que haberlo sabido!

—Bueno —dijo Van Rijn con tono más virtuoso, cogiéndose sus manos para calmar su injuria— no tenían por qué haberme apresado. Yo no soy responsable por su falta de control o las consecuencias que se derivan de ello.

Pero nos podían haber matado a todos. Van Rijn no se preocupó en discutir esta situación.

Delp se unió a ellos en la barandilla de la cubierta.

—Siento mucho que esto tenga que terminar así —dijo— podíamos haber sido amigos.

—Tal vez no termine tan pronto como parece —dijo Van Rijn.

—¿Qué quiere decir?

Ojos cansados le miraron sin esperanza.

—Tal vez usted vea las cosas más rápidamente, Delp...

Van Rijn tendió una mano paternal sobre la espalda del draco. Usted es un buen elemento. Yo podría servirme de uno como usted, como un agente para algunos asuntos en estos territorios, en asuntos de comisiones, naturalmente. Pero por ahora, recuerde que usted es uno que todos ellos respetan y quieren. Si algo le ocurriera al almirante, habría pánico e incertidumbre, pero ellos se volverías hacia usted, para pedirle consejo. Si entonces obraran rápidamente, usted mismo podría ser el almirante. Entonces tal vez hiciésemos negocios, ¿no le parece?

Dejó a Delp mirándole ensimismado y se volvió rápidamente hacia la canoa.

—Ahora muchachos —dijo— remad con todas vuestras fuerzas.

Estaban casi ya en su embarcación cuando Wace vio alas que cubrían la embarcación real, entonces exclamó:

—¿Acaso el ataque... acaso ha comenzado ya?

Por su parte se temió que su voz hubiese reflejado un aspecto algo estúpido.

—Bueno me alegro de no estar tan cerca de ellos como hace unos minutos —Van Rijn permaneció de pie tal como había hecho durante todo el viaje, asintió complaciente—

pero pienso que esto no es la guerra. Sólo creo que ellos están revolucionados. Pronto Delp conseguirá hacerse con ellos y calmarles.

—¿Pero... Delp?

Van Rijn hizo una mueca.

—Si las proteínas diomedanas son mortíferas para nosotros —dijo— las nuestras no serán muy buenas para ellos, ¿no es así? y nuestro antiguo amigo T'heonax tomó una buena bocanada de la mía. Todo esto les mostrará que los temperamentos alocados no conducen a nada concreto. Mejor será que sigas mi ejemplo. Cuando se me ataca, vuelvo la otra mejilla. Es un buen chiste, ¿no?

Thursday Landing tenía pocas facilidades en lo que a hospital se refiere: Un autodiagnosticante, unos cuantos robots quirúrgicos y terapéuticos, unos cuantos medicamentos Standard, y un puesto xenovionologístico que hacía las veces de dispensario médico. Pero un ayuno de seis semanas no tuvo consecuencias muy serias, si se era fuerte, y aunque se hubiese estado en contacto entre manos, pies, alas y colas, entre dos naciones muy nerviosas sobre un planeta, ninguna de las dos podía infectar enfermedades. El tratamiento progresa rápidamente con la ayuda de la dioceledina, de la glucosa intravenosa y otros medicamentos. Al sexto día diomedano, Wace había obtenido una gran cantidad de grasa y ahora estaba en un período muy débil, pero que experimentaba cierta ligera mejoría en su habitación.

—¿Fuma, señor? —preguntó el joven Benegal. El había tomado parte en la exploración de rescate en el momento de la llegada; pero no tenía noticias de cómo se habían desarrollado los acontecimientos; en estos momentos estaba literalmente enterándose de todo. Ofreció los cigarrillos con un aire muy respetuoso.

Wace se detuvo, su albornoz colgando sobre las rodillas. Se acercó. Extendió su mano hacia el dudo y al fin dijo:

—En todo este tiempo sin haber tenido tabaco, creo que he perdido la costumbre. Pero la cosa es que no me costaría mucho volverme a meter en ello. ¿Acaso sería mejor que lo hiciera?

—Bueno, yo creo que no, señor...

—¡Demonios!, dámelo.

Wace se sentó en la cama y absorbió el humo con cierta cautela.

—Creo que verdaderamente voy a volver a adquirir todos mis antiguos vicios que deseé sobre la tierra, y sin duda alguna adquirir otros.

—Bueno, en... usted me iba a decir señor... como llegó a informarse esta estación de lo que les ocurría.

—Ah, sí. Así fue. Fue una cosa muy simple. Una cosa de niños. Me di cuenta en diez minutos, en cuanto tuvimos un momento de descanso. Enviar una buena dotación de diomedanos con un mensaje escrito más, naturalmente, uno de los intérpretes profesionales de los Tolk, para ayudarles a preguntar el camino que debían seguir hacia el Océano. Se construyó una gran balsa salvavidas, simplemente una balsa rudimentaria que podía llevarse fácilmente. Cada uno de ellos llevaba una de las piezas; entonces las reunían en el aire y descansaban en ella cuando lo creían necesario; y también pescaban desde allí. También llovía bastante para que ellos pudiesen beber a pequeños sorbos en el aire. Sabía que allí llovía, puesto que los draconnay se quedaban en el mar durante períodos indefinidos, y al fin y al cabo, también es un planeta donde llueve.

De todos modos, por razones que ahora no vienen al caso, esta expedición había incluido algunas hembras lannascha. Lo que quiere decir que los mensajeros de ambas nacionalidades tuvieron que abandonar algunos prejuicios. A partir de ahora, esto va a cambiar su historia más que cualquiera de las impresiones que nosotros, los terrestres, hayamos hecho por el simple hecho de que ellos hayan volado a través del Océano en un solo día. Así, pues, es una cosa segura que los seres que hayan efectuado este viaje formarán una parte integrante y da gran importancia en los elementos de ambas culturas; pero, no obstante, esto es una cosa que corresponde a la Liga el decidirlo, y no a mí.

Wace hizo un gesto inexpresivo. —Una vez vimos que ellos habían ido —terminó— lo único que pudimos hacer era meternos en la cama y esperar. Después, los primeros días ya no sentimos mucho. El apetito había desaparecido.

Se fumaba el cigarrillo con un aspecto un tanto extraño. Le estaba mareando.

—¿Cuándo podré ver a los otros? —preguntó— ya me encuentro bastante fuerte como para que me molesten. Necesito compañía, ¡condenación!

—Sin que sirva de comentario —dijo Benegal— creo que Freeman van Rijn dijo algo parecido...: un estruendoso ¡por todos los demonios del infierno! —y se lanzó hacia el pasillo— y cree que vendrá a visitarle hoy.

—Entonces, vete —dijo Wace con cierto sarcasmo— eres demasiado joven para oír estas cosas. Nos hicimos hermanos de sangre al

enfrentarnos juntos con la muerte, blandiendo nuestras armas, y muchas cosas más, así que tendremos que celebrar una reunión ahora.

Se puso de pie al mismo tiempo que el muchacho salía de la habitación. En aquel momento, Van Rijn se presentó en el ¡umbral de la habitación.

Van Rijn tenía un aspecto completamente distinto; no estaba tan grueso; se apoyaba en un bastón con cabeza de plata. Pero su pelo rizado estaba brillante, y sus bigotes y barba demostraban él arreglo a que hablan sido sometidos; su camisa estaba blanca e impecable; sus piernas, no obstante, le mantenían con toda la potencia; llevaba un diamante en cada una de sus manos y una cadena de plata alrededor del cuello, capaz de anclar un barco destructor. Tenía en su boca un cigarro puro y en una mano un gran sándwich:

—Así que ya estás de nuevo en pie. ¡Buen muchacho! El único medio de encontrarse bien es no dejarse apabullar, tal como me ha dicho el doctor de nervios que me ha visitado —extendió su dedo índice con indignación— ¿es que se ha creído ese doctor que yo voy a aguantar aquí con sus sinapismos todo el tiempo que quiera con la cantidad de dinero que me cuesta cada hora que permanezco aquí? ¿Cuántas cosas no podré hacer si llego a la Tierra y a mi compañía antes de que las noticias les lleguen de que Nicholas van Rijn permanece todavía vivo? Precisamente he estado discutiendo con el ingeniero de la estación en que nos encontramos diciéndole que lo primero que debe hacer es emplear la cabeza y al mismo tiempo que si mi nave espacial no está presta a abandonar mañana estos parajes al mediodía, se las tendrá que ver conmigo. De modo que volverás a la Tierra con nosotros, ¿no es eso?

Wace no contestó inmediatamente. Sandra había seguido al mercader a la habitación.

Ella conducía una silla de ruedas, y tenía un aspecto tan blanco y débil que el corazón de Wace se alteró. Su cabello era una nube pálida sobre el almohadón que tenía apoyada su cabeza. Daba el aspecto de que sería frío el tacto. Pero sus ojos tenían mucha vivez, inmensos, el infinito resplandor de los mares tibios de la Tierra; y ella le, sonrió.

—Mi señora —susurró él.

—Oh, aquí viene ella también —dijo Van Rijn escogiendo una manzana del frutero que estaba al lado de Wace— vamos a continuar nuestro viaje interrumpido, tal vez, sin tantas emociones en nuestro

viaje. —Puso una mirada lasciva sobre ella— estas emociones las reservaremos para más tarde sobre la Tierra, cuando hayamos vuelto a la normalidad,

¿no es eso?

—Si mi señora tiene la fuerza suficiente como para viajar —exclamó Wace. El se sentó, sus rodillas no le podían tener de pie durante mucho tiempo.

—Oh, si —murmuró ella— nada más se trata de seguir la dieta que se me ha prescrito, descansar mucho.

—Cosas peores puede hacer usted exclamó Van Rijn, terminando la manzana y cogiendo una naranja.

—No es una cosa muy conveniente —protestó Wace— perdimos muchos sirvientes cuando él crucero del aire cayó sobre las aguas de los Océanos. Ella no tendría...

—Ni una simple sirvienta para atenderme? —Sandra se irguió nerviosa, pero mantenía su genuina amabilidad— después de todas las experiencias que hemos pasado tengo que olvidar lo que hicimos y lo que llevamos a cabo, y ser tan correcta ¿y ser tan formal con usted Eric? esto sería la cosa más tonta del mundo, cuando hemos escalado juntos las colinas del Salmembrok, ¿no es así? y cuando hemos pasado tantas fatigas el uno junto al otro.

El pulso de Wace se aceleró. Van Rijn, tirando al suelo la piel de la naranja, dijo:

—Con un poco de suerte, el buen Señor, nos puede enviar mucho dinero, si es Su voluntad. Yo no puedo conocer a cada uno de los hombres de la Compañía, jóvenes tan prometedores como usted y que se entretengan en pequeños viajes del espacio como éste. Ahora quiero llevarle a la Tierra y buscar para usted un salario y un trabajo como el que le conviene.

Si ella quería recordar aquella mañana encima del monte Oborch, pensó Wace, por su propia hombría, podría recordar también cosas menos agradables y citarlas en palabras llanas. Era el momento Estaba todavía muy débil para levantarse. Se sacudió un poco, pero llegó a encontrar la mirada de Van Rijn y dijo con voz dura y llena de rabia:

—Efectivamente, ese es el camino más fácil para alcanzar la salvación de su propia responsabilidad. ¡Cómprela! Sobórneme con cualquier

cosa para olvidar como Sandra se sentó sin ninguna clase da abrigo en una habitación iría, hasta que de des. mayo exhausta y como ella últimamente nos dio los restos de comida que le quedaban... como yo mismo trabajé y forjé en mi cerebro y de pleno corazón, para poder salir de aquel lugar en que nos enfrentábamos a ganar una batalla. No, no me interrumpa. Ya sé que usted también ha tomado parte en ello. Usted luchó durante la contienda naval porque no tenía otra elección, no tenía ningún lugar donde esconderse. Usted encontró un sucio y desagradable modo de disponer de los obstáculos e, inconvenientes que se nos presentaron en las negó elaciones de la paz. Usted tiene talento para esta clase de cosas.

Y usted también dio algunas sugerencias. Lo admito todo.

»Pero, ¿para qué sirvió? Todo aquello servía para decirme: «¡Haz esto»! Ahora hay que construir esto. Yo tenía que hacerlo sin ninguna clase de ayuda humana, y con útiles de piedra, de otra edad. Yo tenía que diseñarlos, incluso En aquel momento cualquier imbécil me podía haber dicho: «Llévame a la Luna» ¡sólo hacía falta cerebro para poderlo realizar!

»Su liderato, se resumía simplemente a pasearse de una parte a otra, charlando y discutiendo, politiqueando, comiendo como un hipopótamo, mientras Sandra moría de hambre en Dawrnach, sin embargo, usted era quien se llevaba todo el crédito del asunto y ahora usted se cree que yo voy a volver a, la Tierra, sentarme detrás de un buen sillón y pasarme el resto de mi vida cruzándome de brazos y quedando tranquilo mientras usted charla con loa demás. ¿No es así?

—¡Ya vale! No puedo impedir que usted odie la sociedad, pero puedo echarle de mi lado. Usted puede tomar la parte que le convenga y entonces...

Wace vio cómo Sandra le miraba, grave, y que con los ojos le pedía se detuviese.

—Me voy —terminó.

Van Rijn se había tragado la naranja y volvió a su sándwich durante la charla de Wace.

Ahora se relamía los dedos, aspiró con fuerza su cigarro, y dijo con cierto aire bonachón:

—Si cree que yo he tomado el modo más fácil de trabajar, es que usted es muy optimista. Le estoy ofreciendo un trabajo de

importancia, no por ninguna razón sino porque creo que usted puede hacerlo mejor que cualquiera sobre la Tierra. Le pagaré lo que el trabajo vale en sí. Y le aseguro que usted trabajará para lo que yo le pague.

Wace hizo una mueca.

—Continúe y si quiere insultarme en público si lo desea —dijo Van Rijn— pero ahora yo voy a ir a la Tierra y encontrarme quién fue el que puso la bomba sobre el crucero y me cuidaré de él. Al mismo tiempo me ocuparé de que mi pequeño italiano me de sándwichs como los que yo quiero. Muerte y dinamita, esta gente quiere acabar con mis. huesos matándome de hambre. —Hizo una seña y se separó de ellos en tono más amistoso.

Sandra acercó su silla de ruedas y puso su mano sobre la de Wace. Era un tacto tibio, ligero como una hoja en octubre, pero quemaba. Como si la voz viniese de muy lejos, él oyó que le decía:

—Esperaba que llegara esto, Eric. Es mejor que lo comprendas ahora. Yo, que nací para gobernar... mi vida completa ha sido un gobierno, ¿no es asi? Sé de lo que estoy hablando. Sé que hay muchos individuos que son jefes de expediciones pero que no tienen talento ni para indicar el camino que deben hacer seguir a sus gentes. Si. Pero éste no es uno de ellos. Sin él, tú y yo dormiríamos en la muerte sobre el mar de Achan.

—Pero...

—Te quejas de que él te hizo hacer las cosas más duras y de que usó tu talento, ¿no es asi? Claro que lo hizo. No es el trabajo de los directores el hacer las cosas por sí mismos. Su trabajo consiste en ordenar, en persuadir, en dirigir, en sobornar, incluso, incluso eso, hacer que los otros hagan lo que se debe hacer, tanto si ellos piensan que debe o no debe hacerse, si es posible o no, ese es el trabajo de un líder. Dices que él se pasaba todo el tiempo discutiendo, hablando, haciendo bromas, y otras cosas para impresionar a los nativos. ¿No es eso? ¡Naturalmente! Alguien tenía que hacerlo.

Nosotros éramos monstruos, extranjeros que íbamos a suplicarles incluso. Acaso tú o yo podíamos comenzar como unos mendicantes deformados y terminar siendo como reyes?

»Dices que él sobornó, que mintió, que mató, que politiqueó, que mató a varios para abrirse camino. Sí. No digo que él tuviese razón. Pero tampoco digo que él se recrease en ello. ¿Pero acaso puedes decir que

hubo otro camino por el cual poder salvar nuestras vidas y poder volver a la Tierra? ¿O, tal vez, incluso para hacer que esas gentes pudiesen vivir en paz como la que tienen?

—Bueno, bueno... —el hombre miraba a lo lejos a través de la ventana. Pensaba que sería una cosa muy agradable poder vivir en el interior, en el maltrecho horizonte de la Tierra.

—Bueno, tal vez —dijo él al fin silabeando cada palabra— yo... creo que fui demasiado severo. Pero, de todos modos, sabes que nosotros también desempeñamos nuestro papel. Sin nosotros, él...

—Creo, que sin nosotros, él hubiese encontrado algún otro camino para volver a casa

—interrumpió ella— pero sin él, no.

El sacudió la cabeza. Su cara se puso roja de cólera y de tal modo que ni la luz del sol del exterior podía disimularlo. Pensó, en una súbita reflexión: Después de todo, ella es una mujer, y las mujeres viven más para la generación próxima que lo que podemos vivir los hombres. Además, ella lo hace de una manera más especial, puesto que la vida de un planeta puede ejercer influencia en los hijos que ella tenga, y ella es una aristócrata en lo más puro y significativo de la palabra. El que sea el padre del próximo Duque de Mermes, puede ser anciano, grueso, sin ningún atractivo, e inconsciente, incapaz de verla como cualquier cosa si no como un simple episodio. Nada importa que la mujer le vea como un hombre.

Desde luego, un día tendré mucho que agradecerle a los dos.

—Yo... —Sandra tomó un aire un tanto confuso. Su mirada parecía querer formular un ruego inesperado— creo que será mejor que me vaya y te deje descansar —tras un momento de silencio continuó—: El no es tan fuerte como dice. Tal vez me necesite.

FIN